

Pino **Narducci**

El minuto

Investigación sobre una historia napolitana
en la Buenos Aires de los militares

prefacio por
Julio **Santucho**

postfacción por
Diego **Ortolani Delfino**

traducción por
Vera **Port**

Alegre 

prólogo por
Abel **Bohoslavsky**

diseño gráfico por
Giuseppe **Klain**



A los ideales
de mis padres

- Podíamos vencer, Espartaco. Podíamos haber vencido...
- El habernos rebelado ya ha sido una victoria. Aunque uno solo dijera "No, no quiero", Roma empieza a temblar. Fuimos diez mil en decir no. Ese fue el prodigio. Haber visto a los esclavos alzar la frente del polvo, saltar con coraje, con una canción en los labios, bajar de la montaña gritando. Haberlos oído cantar abajo, por la llanura.
- Y ahora están muertos..."

De la película *Espartaco* (1960) de Stanley Kubrik

“Quien nombra, llama.

Y alguien acude, sin cita previa, sin explicaciones, al lugar donde su nombre, dicho o pensado, lo está llamando. Cuando eso ocurre, uno tiene el derecho de creer que nadie se va del todo mientras no muera la palabra que, llamando, llameando, lo trae”

Eduardo Galeano “*Palabras andantes*”

Prefacio

Una línea recta en el laberinto argentino

por Julio Santucho*

Es muy buena esta iniciativa de Pino Narducci de escribir un libro sobre la Juventud Guevarista y, en particular, sobre la participación italiana y napolitana en el Partido Revolucionario de los Trabajadores y en la Juventud Guevarista de Argentina.

Coincido con Pino en que en Italia es poco conocida la historia de los movimientos revolucionarios de los años 60 y 70 de la Argentina y esto es, en gran parte, por la complicidad de la P2 y sectores políticos y mediáticos italianos con la dictadura militar argentina. Nuestra experiencia como militantes argentinos en el exilio en Italia nos enseñó que en cada lugar en el que lográbamos comunicar con los ciudadanos y con las organizaciones de base de los partidos y sindicatos, incluso de la democracia cristiana, obteníamos una respuesta de fuerte solidaridad con la lucha antidictatorial del pueblo argentino. Pero los argentinos en Italia contábamos con muy pocos espacios institucionales para denunciar los crímenes de la dictadura. Nunca logramos constituir un comité Italia-Argentina como sí se logró en el caso chileno. Incluso en los festivales de la Unitá teníamos dificultades para llevar nuestro mensaje porque el Stand de Argentina estaba hegemonizado por el Partido Comunista Argentino que, en cierto modo, apoyaba a la dictadura con el discurso de que existía, en el ejército, un ala pinochetista más fascista que Videla.

Hoy se sabe perfectamente que la cúpula de las Fuerzas Armadas Argentinas convocó a todos los oficiales a una deliberación acerca de la conveniencia de adoptar un método de represión clandestina. Había dos argumentos centrales.

El primero es que en 1973 el parlamento elegido democráticamente había decretado una amnistía general que puso en libertad a todos los guerrilleros detenidos en las cárceles del país. Eso no podía volver a suceder.

El segundo argumento era que el gobierno de Pinochet en Chile había quedado completamente aislado a nivel mundial, incluso por parte de los gobiernos democráticos occidentales, a causa de la clausura de todos los partidos políticos, del encarcelamiento en lugares públicos como el estadio nacional y la expulsión de los opositores.

Por informes de inteligencia, el PRT tuvo conocimiento ya en octubre de 1975 de que la junta Militar encabezada por Videla había decidido dar un golpe de estado en Marzo de 1976 basado, en primer lugar, en el respeto de la legalidad de todos los partidos tradicionales, incluso el Partido Comunista (el periodista de Rai 3 Italo Moretti pudo

entrevistar a los dirigentes del PCA en la sede del Partido de Avenida Callao en plena dictadura); en segundo lugar, la represión habría de basarse en el método del secuestro, desaparición forzada y campos de concentración para torturar y asesinar a los subversivos en forma clandestina.

El pacto de silencio entre los oficiales de las fuerzas armadas, la jerarquía eclesiástica y los principales grupos empresarios del país para ocultar toda información relativa al destino de los desaparecidos, más de 40 años después sigue todavía en pie.

A nivel internacional, durante su existencia, la dictadura militar gozó de importantes apoyos no sólo por parte del gobierno de los Estados Unidos, a partir de la presidencia de Ronald Reagan, sino también de varios gobiernos europeos e incluso de la Unión Soviética que bloqueaban las sanciones a la dictadura militar argentina por violación de los derechos humanos en los organismos de las Naciones Unidas.

Los gobiernos europeos, y en particular el italiano, tenían pleno conocimiento de que en la Argentina se estaba llevando a cabo una represión ilegal. Además, se produjeron muchas denuncias de ciudadanos italianos, franceses y de otros países acerca de la desaparición de sus familiares en la Argentina.

En el caso de los militantes de la Juventud Guevarista que describe este libro, el padre de María Rosario Grillo movió cielo y tierra para denunciar la desaparición de su hija, sin mayores resultados. Está documentado también, entre otros, el caso de Yves Domergue, desaparecido a fines de 1976 en Rosario, cuyos padres ya instalados en Francia regresaron a la Argentina y chocaron contra un muro de silencio y complicidad por parte de las autoridades y de la embajada francesa.

Puede decirse que, a partir de 1996, el pueblo argentino dio vuelta la página, se sacudió de encima el terror impuesto por la dictadura e inició un camino signado por la lucha contra la impunidad, la condena del genocidio ejecutado por el terrorismo de Estado, el compromiso con la memoria, la verdad y la justicia y la reivindicación de la generación de los años 60 y 70.

Esta victoria del pueblo argentino ha sido compartida por el compromiso y la acción solidaria de muchos ciudadanos extranjeros, en particular de muchos italianos. Hemos vivido en carne propia la solidaridad militante de los ciudadanos de Sarzana, Farigliano, Ivrea y Palazzolo del Garda que acogieron con entusiasmo las escuelas políticas del PRT en el exilio. Para no dejar afuera injustamente a nadie, no voy a dar nombres de los centenares y miles de compañeros y amigos, periodistas, magistrados, sindicalistas, personalidades de la cultura que hicieron propia la lucha del pueblo argentino por la justicia. Hago la excepción de mencionar al Presidente Sandro Pertini quien fue el primer

representante del gobierno italiano que pidió explicaciones a la dictadura militar por la desaparición de ciudadanos italianos y luego recibió a los familiares de los desaparecidos, entre ellos a mis padres Francisco Santucho y Manuela Juárez.

Este libro de Pino Narducci se inscribe entre esos gestos de solidaridad militante con la lucha de los organismos de derechos humanos de Argentina. En particular, hace un aporte significativo a la investigación de los responsables de la desaparición de siete militantes de la juventud guevarista que tuvo lugar en la noche entre el 13 y el 14 de septiembre 1976 en dos operativos realizados, en forma coordinada, en sendos barrios de la ciudad de Buenos Aires.

La lucha por la verdad, la memoria y la justicia, si bien en forma tardía, ha conseguido importantes éxitos en nuestro país. Según datos de la Superintendencia para delitos de Lesa Humanidad dependiente de la Corte Suprema de Justicia de La Nación, en enero de 2017 se habían dictado más de 150 sentencias, con un saldo de 921 condenas, la mayoría de las cuales recayeron sobre personal de las fuerzas de seguridad. Hay un pequeño número de cómplices civiles que también han sido condenados o que se encuentran bajo proceso, entre los cuales se encuentran empresarios, jueces y miembros de la iglesia.

Esta victoria se debe también, en parte, a la solidaridad activa de los centenares de italianos a los que hemos hecho referencia y auspiciamos que la investigación encabezada por Pino Narducci pueda contribuir al esclarecimiento de los hechos que aquí se denuncian.

En cuanto a la valoración histórica de los hechos que relata este libro, la conclusión es clara. En el transcurso del siglo XX, entre Italia y Argentina hubo vasos comunicantes entre dos sectores de la sociedad y de la política: la Italia antifascista y la Argentina democrática y revolucionaria, por un lado, y la dictadura cívico militar argentina y la Italia corrupta, mafiosa, la de Licio Gelli y las tramas secretas que en los años 70 condicionaban fuertemente el sistema político.

Esto nos lleva a evaluar el significado que tuvo la rebelión de los años 60 y 70 en América Latina y, en particular, en Argentina, en términos de fascismo y democracia, capitalismo salvaje y revolución socialista: la ética siempre triunfa en la historia, aunque el camino está hecho de marchas y contra marchas.

Históricamente, la victoria de las ideas avanzadas fueron seguidas de grandes retrocesos, como sucedió con las revoluciones francesa y bolchevique. Y muchas veces las derrotas de los revolucionarios sirvieron de semillas para hacer germinar grandes movimientos emancipatorios.

Como dijo Osvaldo Bayer, Mario Roberto Santucho ha sido una línea recta en el laberinto argentino. Maria Rosaria Grillo y los militantes de la Juventud Guevarista, como parte de esa abnegada generación latinoamericana a la que pertenecieron, proyectan su rebelión y su entusiasmo, en línea recta, hacia un futuro de libertad.

Buenos Aires, 15 de marzo 2017

*Julio Santucho, hermano del Secretario General del PRT Mario Roberto Santucho, en los '70 fue director de la escuela política de cuadros, miembro del Comité Central y responsable de la política internacional del Partido Revolucionario de los Trabajadores. Después del exilio de 1976, vivió por largo tiempo en Italia, participando en las actividades del Comité Antifascista contra la represión en Argentina-CAFRA. Enseñó literatura hispanoamericana en la Universidad de Calabria. Hoy día vive en Buenos Aires y es el Presidente del Instituto Multimedial de Derechos Humanos en América latina y del Festival Internacional de Derechos Humanos que, cada año, se desarrolla en la capital argentina. Es el autor del libro "*Los últimos guevaristas. La guerrilla marxista en la Argentina*", aún inédito en Italia.

Introducción a la edición en italiano

La investigación narrada en este libro ha empezado hace algunos años, durante una velada romana pasada con el periodista Pablo Llonto, defensor de los familiares de desaparecidos en los juicios por delitos de lesa humanidad, y con exiliados argentinos llegados a nuestro país alrededor de cuarenta años atrás.

Me preguntaron si conocía la historia de una chica napolitana desaparecida desde 1976. Respondí que ningún napolitano jamás ha oído hablar de esta historia.

Así comenzó a tomar cuerpo una investigación histórica sobre los hechos ocurridos en 1976, en Buenos Aires, e iniciados muchísimo tiempo antes, también en Italia.

Los acontecimientos que conciernen a los años de terrorismo de estado argentino, por definición, son impenetrables, secretos, cubiertos por un pacto de silencio entre militares y cómplices civiles que resiste desde aquella época y dificulta descubrir aunque solo sea fragmentos de verdad.

Muchos protagonistas o testigos de aquellos acontecimientos han desaparecido por razones biológicas, como los padres de los chicos secuestrados en septiembre de 1976. Muchos otros, aún con vida, resultan muy difíciles de ubicar.

No todos quieren recordar y hablar. Algunos rechazaron relatar sus propias experiencias. En la Argentina del Presidente Macri vuelven las sombras del pasado y avanza, nuevamente, la petición de impunidad para los genocidas, procesados y condenados en estos años.

Quieren cancelar el largo periodo durante el cual fue irreprimible la lucha por los derechos humanos.

Tal vez, como teme un amigo mío de Buenos Aires, militante de la Juventud Guevarista en los años 70, aguarden que en Argentina vuelva a abrirse *el huevo de la serpiente*.

Sin embargo, de vez en cuando, una luz de esperanza vuelve a encenderse. La representan, sobre todo, chicas y mujeres argentinas.

Fueron ellos, en los años 70, los adversarios más inflexibles del fascismo.

Aún siguen siendo, después de 40 años, los combatientes más tenaces en la lucha para impedir el olvido y lograr, a cualquier precio, la verdad y la justicia.

Nosotros también hemos conocido a algunas de estas mujeres, como a las hermanas o las sobrinas de algunos chicos protagonistas de nuestra investigación.

La investigación ha sido dirigida desde Italia y el libro es fruto de un trabajo colectivo de un grupo de personas que ha indagado en el campo, en Argentina y en nuestro país, para hallar documentos, testimonios y rastros de aquellos acontecimientos.

Al autor le ha tocado la tarea de ilustrar los resultados del trabajo de todos.

A decir verdad, como en todas las historias de desaparición, la investigación no está realmente concluida y, en un futuro, probablemente, otros pedazos se añadirán a los ya descritos en las páginas siguientes.

Quizás, los magistrados de ese país también escribirán una página de verdad judicial.

Advertía, sin embargo, que, aunque pasados cuarenta años, ya estaba maduro el tiempo de que conocieran, en Italia antes que nada, y también los argentinos, una extraordinaria página de historia, personal y colectiva, compuesta en la irrepetible y dramática década del '70 en América latina

Aquella época histórica se había abierto, a principios de los años '60, con el fuego de la liberación que ardía, en todo el continente, después de la victoria de la revolución cubana y que no se había apagado ni siquiera con la muerte de Ernesto Guevara en el '67, en la sierra boliviana.

Los años '70 empezaron, aún, con el sueño de una transformación radical de los países, los latinoamericanos, marcados por las más inaceptables desigualdades sociales y por el arbitrio absoluto de las oligarquías económicas, políticas y de las elites militares, todas expresiones de una única clase social.

Esa aspiración no se desvaneció ni siquiera después del violento derrocamiento del gobierno chileno de Unidad Popular en septiembre del '73 y la toma del poder por parte de las fuerzas armadas, en el mismo año, también en Uruguay.

Finalmente, el sueño cesó, a finales de los años '70, cuando los militares y sus cómplices civiles extendieron por todo el continente (Chile, Uruguay, Paraguay, Perú, Argentina, Brasil, Bolivia) también por medio de un pacto oculto, el Operativo Cóndor, ideado en Santiago de Chile, Asunción del Paraguay y Buenos Aires y apoyado activamente por la CIA.

Para todos aquellos que confrontaban las oligarquías económicas y el poder militar, no se trató solamente de una irremediable derrota política.

Aquel resultado significó, literalmente, la destrucción de todos los movimientos de liberación surgidos en América latina a lo largo de dos décadas y, sobre todo, la destrucción física, individual, de la gran mayoría de hombres y mujeres que habían creído y luchado por una sociedad de hombres libres e iguales.

Ya estaban apresados o muertos los dirigentes y los militantes de los partidos hermanados: el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile-MIR, el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros uruguayo y el Ejército de Liberación Nacional-Partido Revolucionario de los Trabajadores de Bolivia.

En tierras argentinas resistieron y, entre marzo de 1976 y mayo de 1977, finalmente fueron diezmados hombres y mujeres del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo-Juventud Guevarista, los últimos guevaristas latinoamericanos, según la risueña definición de Julio Santucho.

Los genocidas argentinos utilizaron un verbo, sumamente eficaz, para describir el método que emplearon en la lucha antisubversiva, “*aniquilar*”, y ese objetivo, aniquilar, en tiempos de pseudo democracia constitucional, fue estampado jurídicamente por un decreto del gobierno de Isabel Perón en 1975.

Para los terroristas de estado, “aniquilar” la subversión se convierte no sólo en reprimir individuos y grupos a través de operaciones de seguridad o conducir acciones militares contra la guerrilla, sino también, más exactamente - en esa experiencia histórica, hacia los militantes populares, sindicalistas, cuadros o dirigentes políticos, población civil - destruir físicamente, inferir tormentos y sufrimientos, aniquilar, matar, exterminar al enemigo.

Y sobre todo, hacerlo desaparecer. Ni vivos ni muertos, como afirmaba Videla, sino desaparecidos.

Cuando este resultado se alcanzó, produjo, en Argentina, uno de los más gigantescos genocidios en la historia del '900, una parte del más amplio exterminio que se consumó en el continente latinoamericano. Desde este punto de vista, los militares de los '70 heredaron la ideología de la naciente oligarquía argentina y su Ejército en el siglo XIX, es decir cuando la llamada “*Campaña al desierto*” significó el exterminio de las comunidades aborígenes de las pampas y la Patagonia.

Sin embargo, esta tragedia no fue estudiada por investigadores e historiadores de nuestro país y, sobre todo, no se contó a los chicos y a los jóvenes en las escuelas y universidades italianas.

Un silencio que dura desde hace 40 años, como aquel que, aún hoy, impide, por ejemplo, a todos nosotros saber que, en '900, en Europa, antes de la segunda guerra mundial, hubo otra espantosa masacre: la cometida por franquistas españoles contra los republicanos derrotados en 1939.

Un día le pregunté a una mujer, Diana Cruces, que en los años '70 había militado en el PRT y había padecido inclusive el encierro en la cárcel, que me ayudara a buscar personas con quienes hablar de los hechos que son la cuestión de nuestra investigación.

Me respondió - sin rodeos y con palabras que me sobrecogieron - que había acontecido una masacre: “... *El PRT fue diezmado por el gobierno militar. En Montoneros quedaron muchos con vida, en el PRT quedaron muy pocos con vida...*”.

Cuando me preguntan por qué me ocupo de la historia argentina de los años '60 y '70 y frecuento los ambientes de los exiliados que viven en Italia, respondo que lo hago porque he decidido empezar a pagar, por mi parte, una vieja deuda colectiva que tenemos con esa tierra.

En aquellas dos décadas, Europa y el mundo fueron atravesados por impulsos ideales por movimientos, no sólo juveniles, que demuestran ímpetu y solidaridad internacional hacia tantos pueblos que luchaban para conquistar la independencia nacional o que estaban oprimidos por regímenes fascistas: de Cuba a Vietnam y Palestina, de la Grecia de los Coroneles a la España de Franco, que todavía usaba en 1975 el garrote contra los opositores, hasta el Chile democrático ultrajado por Pinochet.

Dimos la espalda a la Argentina que, en 1974/75, ya estaba a la merced del fascismo mientras la gobernaban Isabelita Perón y el masón López Rega y que, luego, se hundió en el horror del genocidio en los años siguientes al golpe del 24 de marzo de 1976. Es suficiente recordar, en este sentido, que, en mayo de 1974, el general Juan Perón, ya siendo presidente por tercera vez, recibió con todos los honores al dictador chileno Augusto Pinochet.

No nos contaron que en Buenos Aires como en Córdoba, en La Plata como en Tucumán cientos de chicas y chicos, también italianos o de origen italiano, fueron secuestrados, torturados de un modo salvaje, violados, asesinados a sangre fría por las calles o conducidos a un centro clandestino de detención y luego lanzados vivos de un avión, en el inmenso Río de la Plata o en el Océano Atlántico.

Esos chicos eran hijos, nietos o bisnietos de millones de italianos que escaparon de la miseria de nuestro país y emigraron a Argentina por casi un siglo, desde mediados del '800 hasta principios de los años '50 del '900.

Nuestro país no salvó las vidas de esos chicos y, aún hoy, muchos años después del fin de la dictadura, continúa sin ayudar a los familiares para que obtengan verdad y justicia.

Aquella deuda histórica colectiva todavía se tiene que saldar y, como se sabe, estas deudas jamás prescriben.

Nuestro país todavía puede honrarlo.

Los protagonistas de estas páginas son nueve chicos que, a principios de los años '70, estudiaban en la Universidad de Buenos Aires.

Todos eran militantes de la Juventud Guevarista.

Sus nombres de guerra eran Cholo, Cecilia, Cindy, Irene, Julia, Lía, Quique, Toni y Vera. Irene era napolitana. Toni era hijo de una napolitana.

Pero en las historia de los demás hallamos un nexo que los unen a Italia.

La vida de cada uno de ellos se entrecruzó con la de los otros siendo quebrada, finalmente, en el tremendo septiembre del '76. Sólo Cindy logró salvarse.

Atribuyo a sus palabras la explicación del título de este libro.

“El minuto” - ya no es una medida de tiempo, sino la unidad de medida de la militancia política en Argentina de los años '70 - resume acabadamente la experiencia de vida que estos jóvenes vivieron durante los años dramáticos previos a la dictadura cívico- militar de Videla y Martínez de Hoz y nos hace comprender cuán obtusa y superficial es una visión histórica según la cual la agonía argentina empezó sólo en marzo de 1976.

Siempre he sostenido que es importante informar que el genocidio produjo 30.000 asesinatos/desaparecidos, alrededor de 8.000 presos políticos encarcelados, unos 500 hijos robados por los militares a las madres detenidas y un incalculable número de exiliados.

Pero, sin embargo, solas, las cifras no logran transmitir el sentido real de la tragedia.

Cada número de estas cifras desmedidas, en realidad, corresponden a una persona, a un hombre o a una mujer con un nombre y una vida, carne viva, sangre y sudor en el momento del suplicio.

Por eso creo que es importante, en la investigación histórica y en la transmisión de la memoria, lograr que aflore y contar la vida de las personas, devolverles un nombre y una identidad a cada uno de esos números, que conozcan quiénes eran esos chicos y chicas, que surjan del olvido - como un día me dijo uno de los testigos encontrados en la investigación - historias por todos olvidadas.

En el fondo, creo en las palabras de Svetlana Aleksievic, extraordinaria narradora bielorusa: *“...Escribo la historia de los sentimientos...la historia del alma...No la historia de la Guerra ni del Estado ni de las Vidas de los héroes, sino la historia del pequeño ser humano arrojado, de su pequeña existencia que conducía, a los épicos abismos de un evento colosal. A la gran Historia”.*

Nápoles, noviembre de 2016

Introducción a la edición en castellano

En la introducción de la edición italiana de “El Minuto” escribí que esta investigación no se había concluido y que, en un futuro, seguramente habríamos descubierto otros fragmentos de verdad sobre la vida y desaparición de los jóvenes guevaristas secuestrados en 1976. Esta previsión se ha cumplido mucho antes de lo que podía imaginarme.

Unos días después de la publicación del libro, en abril de 2017, junto a los familiares de los chicos desaparecidos, participé, en Buenos Aires, a la colocación de una “baldosa”, en Plaza Devoto, que rinde homenaje a Susana Porta, Norberto Sant’Angelo, María Eugenia López Calvo, Ruben Morresi y Silvia Zugazti.

Tuve la ocasión de conocer a otros testigos y viejos compañeros de militancia de los chicos, ex miembros de la Juventud Guevarista que, por 40 años, habían custodiado la memoria de aquella época histórica en sus propios corazones sin compartir aquellos recuerdos con nadie.

Me enteré, entonces, de algunos nuevos hechos y, en esta edición argentina, cuento lo que descubrí después de la salida italiana del libro.

Así se enriquece la narración acerca de la vida y del secuestro de Laura Creatore y de Carlos Capitman, como también la de Norberto Sant’Angelo, Silvia Zugazti, la casa de Avenida Seguro, Domingo Menna.

Sobre todo, también surge nítidamente la intensa historia de Eduardo Raúl Merbilhaá, importantísimo dirigente del PRT, cuya desaparición está estrechamente vinculada a la de los chicos de Villa Devoto.

Las historias contadas en estas páginas confirman que, durante el terrorismo de Estado, la secuencia secuestro-tortura-desaparición produjo consecuencias devastadoras y representó el método por medio del cual los militares arrollaron toda forma de resistencia y obtuvieron cualquier tipo de información. En un cierto punto, esta secuencia se volvió casi invencible. Junto a ella funcionó la técnica de la infiltración y el clima de terror incluso impulsó a una generalizada delación. Ambos métodos produjeron consecuencias nefastas.

Escribe lúcidamente Pilar Calverio en su “Poder y desaparición”: “...recuerda Grass que los militares sostenían que el exterminio y la desaparición definitiva tenían una finalidad mayor: sus efectos expansivos, es decir, el terror generalizado...”.

Las vidas de los chicos protagonistas de esta historia fueron, en muchísimos aspectos, parecidas a las de tantos jóvenes de los años ’70, con las mismas ansias, con idénticas

inclinaciones y un igual fuerte compromiso político. Escuchaban a los Beatles y el rock, iban a bailar y, en el cine, miraban las mismas películas que se proyectaban en Roma y en Nueva York.

Muchas y muchos, combinaban eso cultivando el folclore argentino, con sus guitarras y bombos y se alegraban en peñas entre empanadas y vino.

Y los de origen italiano ni siquiera renunciaban al ritual del almuerzo de los domingos a base de ravioles, canelones o tallarines. En definitiva, sus vidas no eran heroicas ni fuera de lo común.

Sin embargo, los hechos tumultuosos que marcaron la vida de Argentina, ya a finales de 1973, es decir, la progresiva incubación de los gérmenes del terrorismo de Estado, al final rindieron sus existencias muy diferentes de las vividas por un joven europeo.

La opción de la militancia política en la más importante organización de la izquierda revolucionaria latinoamericana, el PRT, transformó radicalmente esas vidas empujándolas en la dirección de la dedicación absoluta hacia los demás y, finalmente, de la total abnegación.

La “*abnegada generación de los ‘60*”, así la ha definido Osvaldo Bayer.

Aquellos chicos fueron jóvenes revolucionarios no porque empuñaron armas, sino porque dedicaron sus vidas, absolutamente, a la causa del rescate y de la emancipación del género humano.

Eligieron esto a través de comportamientos cotidianos como, por ejemplo, participar en la actividad de alfabetización de chicos y de personas que vivían en las villas miserias de Buenos Aires o en la distribución de alimentos de primera necesidad, libros y útiles escolares, siempre en los barrios populares de Capital Federal y en muchas provincias.

Amaron la vida, jamás se echaron atrás, ni siquiera ante la posibilidad, altísima ya en ‘74/’75, de poder ser secuestrados, torturados y asesinados. En resumen, fueron coherentemente guevaristas: “*¡En una revolución, si es verdadera, se triunfa o se muere!*”

En los últimos veinticinco años, en Argentina, ha florecido una vasta producción histórica sobre el PRT-ERP y también se han producido varias películas y documentales.

La investigación histórica, no obstante, no ha hecho lo mismo en la dirección del estudio de la brevísima experiencia de vida de la Juventud Guevarista, aún más breve que la del PRT-ERP. Espero que este libro reavive el interés de los historiadores y el de todos los que quieran contar la vida de los chicos y chicas de la organización juvenil del partido de Santucho.

En la Argentina de hoy, el negacionismo histórico y el revanchismo de los cómplices de los militares cuestionan algunos principios fundamentales que se han establecido

durante la época en la que los Derechos Humanos han sido reconocidos como los cimientos en los que se ha construido la Argentina moderna.

El macrismo y una parte importante de los viejos partidos tradicionales de Argentina, persisten en negar el genocidio o tienden a redimensionarlo relatando la historia como una suerte de “guerra de aparatos”. Resurge así, peligrosamente, la “teoría de los dos demonios”, propalada durante la restauración constitucional de 1983, que pretende la equiparación entre las acciones de la guerrilla y las de los militares genocidas, ocultando la represión dirigida contra el movimiento obrero y una gran parte de la intelectualidad, con métodos de guerra civil.

Mejor dicho, en su relanzamiento en el tercer milenio, esta teoría asume aspectos aún más insidiosos: el intento de calificar como delitos de lesa humanidad, por lo tanto imprescriptibles, incluso las acciones armadas de las organizaciones revolucionarias argentinas.

En definitiva, es como equiparar a los partisanos italianos, los maquis franceses o los milicianos republicanos españoles con las tropas de Mussolini, Hitler y Franco.

Vale la pena recordar las palabras que las organizaciones por los Derechos Humanos han pronunciado para desestimar esta engañosa operación histórica y jurídica: *“Un crimen, para ser calificado de lesa humanidad, tiene que formar parte de un ataque generalizado y sistemático a la población civil y dicho crimen tiene que ser cometido por el Estado o con su apoyo o aquiescencia”*, palabras que la Corte de Casación Penal argentina ha aplicado declarando el cierre del caso judicial sobre la muerte, en 1975, del coronel Larrabure.

La perpetración de un genocidio es parte también de una guerra, como lo fue durante la acción del nazi-fascismo. En síntesis, la propaganda oficial pretende sutilmente “admitir” que hubo crímenes de lesa humanidad repartiendo “culpas” con los insurgentes, para ocultar precisamente que la acción bélica de la dictadura fue dirigida con un sentido de clase – propietaria – contra la clase trabajadora.

Sectores del poder y de la sociedad tratan de cancelar algunas categorías que han pasado a ser patrimonio común de los argentinos: terrorismo de Estado, dictadura cívico-militar-eclésiástico, genocidio, crímenes contra la Humanidad.

Conservar la memoria, continuar investigando y contar historias de militancia y de desaparición, no cesar de transmitir estas experiencias aún constituye la única forma de derrotar el revisionismo histórico y político y para proseguir el camino de la verdad y de la justicia.

Nápoles, septiembre de 2019

Prólogo

Minuto conspirativo

por Abel Bohoslavsky

Nunca hubiese imaginado que un libro escrito por un desconocido a miles de kilómetros contuviese tantas cosas que conocía. En primer lugar, la Historia. Una parte de la Historia de Argentina y una parte de lo que fue una verdadera epopeya. Cada quien accede a conocer la Historia desde algún ángulo en particular, por alguna motivación propia muy especial. El tano Pino Narducci fue sacudido cuando supo que entre las y los *desaparecidos* – ya casi un argentinismo – había unas cuantas tanas y unos cuantos tanos. Pero no fue un hallazgo casual. Por razones muy personales, ya tenía una identificación con esa generación de la que formó parte esa militancia de lo que fue la Juventud Guevarista. Y tuvo la muy buena idea de bucear en las biografías de esas y esos jóvenes, para que jóvenes de hoy puedan conocer lo que la historia oficial les ha ocultado. Muchísimas cosas de sus vidas cotidianas, de sus familias, de sus trabajos y estudios, de sus gustos por una música o una comida. Y su relato recupera ese compromiso y entrega tan difíciles de entender hoy por tanta gente, de cómo y por qué asumieron un ideal, que no tenía ni tiene nada de idealista ni de utópico. Es la Historia de una juventud revolucionaria, que aspiró a transformar de raíz una sociedad que enajena y oprime, porque está basada en la explotación. Solo así se puede entender los tramos de heroísmo que contiene este relato.

* Ese heroísmo contrasta con la criminalidad de los ejecutores del terrorismo estatal que Pino va descubriendo en una trama propia de un investigador de crímenes (nunca mejor aplicado este adjetivo calificativo a su oficio de jurista penalista). Y así nos permite conocer con nombres, apellidos y rangos militares o policiales a una tropa de cobardes encargada por el aparato estatal para perpetrar el exterminio. Pino, conocedor de la historia del fascismo en su Italia natal, redescubre las características de un régimen que reprodujo y amplió esa características en la Argentina a la que tantas familias italianas acudieron en busca de un mejor horizonte, escapando de calamidades económicas y políticas de su época.

* Una meticulosa investigación criminal, nos permite conocer la naturaleza de una dictadura terrorista, su entramado bélico, sus complicidades políticas, judiciales y diplomáticas y, al mismo tiempo, la vida de quienes dieron sus vidas para enfrentarla.

No puedo dejar de señalar dos cosas. Una es el título que le estampó a esta investigación con formato de libro novelado: *El Minuto*. Para quienes de entrada no puedan entenderlo, les comparto las mismas explicaciones que le dí al propio Pino cuando me interrogó al respecto, cuando ya estaba publicado el libro en su versión italiana.

* El **minuto** era en realidad la abreviación del “*minuto conspirativo*”, al que se le quitó en la tradición oral militante el calificativo de conspirativo, por lo “quemante” y delatante que es esa palabra. El *minuto* era sinónimo de **coartada**. Y reemplazaba esta otra palabra que también es muy “deschavante” que en nuestro lunfardo es sinónimo de “delatante”. Es probable que gran parte de la militancia ingresada después de 1973 ni siquiera conociese el origen de esto del *minuto conspirativo*. Se tomó de una tradición conspirativa revolucionaria europea, creo que de la época de la Segunda Guerra. Yo lo aprendí en 1969 y cada quien lo iba incorporando en su vida militante. De todas maneras, el aparato represivo conoció bastante tempranamente que la militancia usaba un *minuto*. Ocurrió algunas veces que al momento de capturar a militantes, los represores les preguntaran “¿cuál es el minuto?”.

* Tratándose de un grupo de la Juventud Guevarista, uno presupone que formaban un “*equipo*” (palabra que se usaba para reemplazar la “célula”, también mucho más delatante). Como cada equipo se reunía con mucha frecuencia, se armaba un **minuto general para justificar qué estábamos haciendo juntos en ese momento**. Tenía que ser **consistente**, como para ser creíble para los represores, al menos por un tiempo breve. Por ejemplo, un equipo de la JG seguramente estaba compuesto por jóvenes estudiantes secundarios o universitarios ¿Qué pueden estar haciendo juntos en una casa esas y esos jóvenes? Formando un grupo de música, para lo cual, algunos al menos, deben saber tocar un instrumento y tener una guitarra, una batería, etc. Si son de la Ciudad de Buenos Aires puede ser de rock. Si son de Córdoba u otra ciudad que los porteños llaman “el interior”, folklore. Si lo de la música no va porque son ajenos a eso, se puede poner un *minuto* deportivo: se juntan a ver o practicar algún deporte, o se conocen de la tribuna de tal o cual club de fútbol (o basket si son de Córdoba o Bahía Blanca). A ese minuto general hay que darle **una coherencia, una historia, que todos deben dominar bien**, porque hay que pensar que si son capturados, van a ser

interrogados individualmente. Y **todos deben repetir el mismo minuto**, pero sin que parezca *un minuto*. Ejemplo: se conocen desde hace tres meses, en el colegio tal, o en el club tal. Al grupo lo formaron primero tres (A, B y C) y después se sumaron otros tres (D, E y F). Hay que establecer quiénes se conocieron primero y quiénes se conocieron e integraron después. Hay que establecer **una especie de rutina** que justifique que se reúnen una vez por semana (o dos, o tres, o cada 15 días). Hay que establecer el lugar habitual de reunión (la casa de A y la casa de B). Esas reuniones tienen que tener una constatación por terceras personas: padres, hermanos, etc. que si son interrogados por los represores, puedan contestar - aún sin saber nada de lo que el equipo hace - que efectivamente se reúnen en tal lado con cierta periodicidad. Hay que coordinarse de **cómo y cuándo se conocen** A con B, o D con F. Lo mejor son vínculos del colegio o del club y en algunos casos (muy pocos) familiares.

* Pero **el minuto puede fallar**, porque los capturaron con “las manos en la masa”: volantes, periódicos, otros materiales, etc. Al equipo hay que **inventarle un “responsable”** si los represores detectan rápidamente que son un equipo de la JG. Porque los represores saben siempre que hay algún responsable que los dirige, que viene “del Partido”. A este personaje **hay que inventarlo**. Todos lo conocen por un nombre o apodo (Alberto, Negro, Cacho, Flaco, etc.). Y hay que inventarle una fisonomía que todos conozcan. Por ejemplo, la de un cantante juvenil o un actor conocido por todos. Cuando les preguntan a cada uno por separado, todos describen al mismo personaje. Por ejemplo: “Alberto es un tipo alto, más o menos 1,80 m de estatura, morocho, pelo castaño...”. Siempre con la imagen del actor, cantante o jugador de fútbol conocido por todos. Y siempre echarle la culpa de todo. **Este minuto debe ser recordado al comenzar cada reunión**. Uno o dos integrantes del equipo lo repiten en voz alta.

Pero Si te capturan en la calle, o frente a un colegio o una fábrica, **cada uno debe tener un minuto propio que justifique qué estaba haciendo allí y un recorrido previo**, porque te van a preguntar “¿de dónde venís?”, “¿a dónde ibas?”. De todo esto, hay cientos de variantes que cada grupo puede inventar.

Nada mejor que haber titulado *El Minuto* a esta historia.

* Otra cosa que me impactó cuando conocí el libro, es que Pino lo precede con una referencia al célebre personaje de Espartaco. El nombre de ese luchador líder de la sublevación de los esclavos en la Roma imperial, es una tradición revolucionaria. ¿Entonces, de dónde el impacto? En el lejano 1966, en la Córdoba que incubaba la

insurgencia, un grupo de universitarios – algunos también con experiencia sindical – formamos una agrupación con ideales y objetivos socialistas. A la hora de ponerle el nombre, se me ocurrió eludir la costumbre de ponerle siglas y propuse: Espartaco. Inmediatamente, un compañero a quien no conocía, apoyó resueltamente esa propuesta que, algunos veteranos no compartían. Ese compañero era Domingo Menna, un tano-tano, venido a la Argentina en su infancia junto a su hermanita Raquel, traídos por su madre, la costurera Irma Ferrara y su padre Pánfilo, el sastre. Venían del Abruzzo. Así nos conocimos. Mingo ya era reciente militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores, el mismo partido que años después fundará la Juventud Guevarista. El mismo que se haría mundialmente famoso, cuando estando en prisión en 1972 en la cárcel de Rawson, en plena Patagonia argentina, protagonizó una espectacular fuga con otros combatientes, llegando hasta Trelew, capturando un avión y escapando hacia Chile. El Mingo como le decían en su casa, también aparece en *El Minuto*. No dejen de leerlo.

Desde hacía muchos años vivía en ese edificio de la larguísima Avenida Olazábal, en el número 5125, junto al árbol que desde la calle cubría casi totalmente la fachada. El edificio, elegante, se ubicaba justo al lado del Instituto “Sagrada Familia”, prestigioso colegio católico para los hijos de la burguesía porteña.

Llegaron de noche. Eran tres, mejor dicho cuatro, pero otros esperaban afuera, en la calle. Estaban armados y ninguno uniformado. El portero del edificio se despertó sobresaltado y fue obligado a abrir el portón. Subieron hasta el séptimo piso.

Los golpes a la puerta fueron violentos. Apuntaron una pistola en la cabeza del hombre y lo condujeron junto a su mujer al dormitorio, poniéndoles una manta sobre la cabeza a cada uno. En el comedor, los demás se ocupaban de interrogar a dos jóvenes.

El hombre, con esfuerzo, logró percibir algunas frases. Alguien preguntaba dónde estaba “la máquina”. Luego, por un momento muy largo, solo silencio. Intuyó que alguien en la habitación de al lado seguía hablando, pero las frases se volvieron incomprensibles. Ya sabía lo que pasaba en estos casos, lo había escuchado decir muchas veces en aquellos meses. Sin embargo, en aquella fría noche de septiembre no había inquietud, nadie gritaba órdenes en voz alta, como si solamente por esa vez los que entraron en la casa hubieran decidido no usar el terror.

Oyó otros ruidos, los de los muebles que abrían y hurgaban, objetos que caían al suelo. En el edificio ya estaban todos despiertos, en silencio, inmóviles detrás de las puertas esperando que el “grupo de tareas” terminara su trabajo. Rogándole a Dios que bajando por las escaleras no se ocuparan también de ellos. ¡Esperemos que tomen el ascensor! También estaban despiertos en los edificios cercanos, expectantes detrás de las ventanas, con las luces apagadas observando la calle. Buenos Aires estaba completamente oscura a esa hora de la noche de un invierno que ya terminaba.

El hombre oyó nuevamente la voz de uno de los dos chicos, por última vez, antes de que volviera el silencio. Ni comprendió que el grupo se había alejado, dejándolo ahí en el dormitorio, sin siquiera haberlo amenazado antes de irse. En casa ya no había nadie, tampoco los dos jóvenes. Como de costumbre, se habían llevado también el “botín de guerra”.

Si llegaron hasta allí, caviló, si los habían descubierto y si les habían preguntado por “una máquina”, estaba claro que alguien había hablado. Pero el hombre no tenía tiempo para plantearse esas preguntas. Y de todas formas, no hubiera podido responder a

ninguna de ellas. Aún no sabía que la picana eléctrica hace milagros y que la tortura hace vomitar mucha información.

Había conocido a algunos compañeros de los dos jóvenes y los había ayudado en los momentos de peligro, dos años atrás. Probablemente ellos nunca lo supieron. El hombre estaba convencido de que eran de un temple especial y que nunca se habrían rendido. Sólo algunos años después supo que no llevaban consigo una píldora de cianuro, o que nunca habían seguido la regla de los montoneros – que imitaban a los combatientes del Frente de Liberación Nacional Argelino en la lucha por la independencia contra los franceses - de considerarse libres de hablar sólo después de 24 horas del inicio de la tortura.

Ahora debía apresurarse y encontrarlos enseguida. La única esperanza era en el acto, después hubiera sido demasiado tarde. Casi con seguridad, todavía estaban en una Comisaría o en un cuartel.

Le avisó a sus hijas. Luego a los padres del joven. No vivían en la capital, sino en Ramos Mejía, en el inmenso territorio del Gran Buenos Aires. Habló con los vecinos, recabó información. Poco, a decir verdad. Se quedó impresionado por un detalle: un gorro de lana que llevaban los secuestradores. Ya lo había visto, pidió confirmación. Era el gorro de los hombres de la Policía Federal.

Con ese único dato, después de una jornada extenuante, entró en las oficinas de la Comisaría 39, a pocos pasos de su casa. Se sentó delante del escritorio y pronunció más o menos estas palabras: “Soy el napolitano Luigi Grillo. Hace algunas horas, un grupo de hombres desconocidos entró a mi casa, en Avenida Olazábal, y se han llevado a mi hija Rosaria y a mi yerno Venancio Basanta. Yo no sé adónde se los han llevado. Creo que eran hombres de la Policía Federal. Han agarrado muchas cosas de mi casa, incluso de valor, y dinero...”.

El Comisario lo interrumpió: “Señor Grillo, para qué quiere denunciar que estas personas se han llevado cosas y plata de su casa... Déjelo, no creo que le convenga contar eso. ¿No le interesa encontrar a los dos jóvenes? Ahora escúcheme, olvídense de esta historia y sobre todo no vaya por ahí preguntando. Déjenos a nosotros descubrir qué pasó. Usted sabe lo que pasaba en nuestro país hasta hace poco y lo que el gobierno está haciendo. ¿Su hija y su yerno, por casualidad, frecuentan ambientes subversivos?”

“No Comisario, tienen la cabeza bien puesta, trabajan y estudian en la Universidad de Buenos Aires. Nada más”.

Regresando a casa, volvió a pensar en lo que había pasado en el último tiempo. Los chicos se habían convencido de que quedándose en sus casas corrían peligro y se fueron

a vivir a Avenida Olazábal. Pero esto no los había salvado. Se olvidaron la regla fundamental que el militante político tenía que obedecer en esos años: si querés salvar tu vida, el último lugar donde ir a parar es a la casa de tus padres.

Desde marzo todo se había precipitado y ya lo único que quedaba por hacer era huir del país. Pero él recordaba muy bien que no todo había empezado en marzo.

1975 fue un año terrible. Todo un año de angustia y miedo. Participar en las reuniones se convirtió en algo siempre más peligroso. Cuando estás reunido en un departamento, encerrados, no te das cuenta si alguien está viniendo. Un día él se propuso para ayudar. Habló con Rosaria y la convenció: “Es demasiado peligroso. Yo estaré afuera. No soy joven, no sospecharán. Si alguien se acerca, tendré tiempo para avisarles”. Luego, desde marzo, esas reuniones ya casi no se hicieron. Sólo se trataba de ponerse a salvo.

Volviendo a pensar en esa conversación en la Comisaría 39, tuvo que admitirse a sí mismo que no era cierto que los dos jóvenes no estaban en nada. Pero obviamente él no podía revelarle al Comisario que Rosaria y Venancio eran militantes de la Juventud Guevarista de Buenos Aires.

II

Luigi Grillo y Luisa Striano vivían en Nápoles, en el popular barrio de Barra. Luigi era plomero. No era políticamente activo, pero simpatizaba con el Partido Comunista Italiano. Luisa era ama de casa. En Barra también vivían los hermanos y hermanas de Luigi.

En la larguísima y dramática posguerra napolitana, iniciada con la expulsión de los nazifascistas en septiembre de 1943 (y para nada terminada junto con la ocupación angloamericana en el 46), las condiciones de miseria extrema convencieron a Luigi que había llegado el momento de buscar una vida mejor del otro lado del Atlántico.

A finales de los 40 y principios de los 50 se produce la última gran ola emigratoria italiana hacia los países latinoamericanos, el primero de todos Argentina. A diferencia de lo que había pasado antes (finales del Ochocientos, principios del siglo XX y después de la primera posguerra), esta última ola fue, casi en su totalidad, del Sur. Miles de italianos se embarcaron en los puertos de Nápoles y Génova llegando desde todas las provincias de la Campania, Abruzzo, Calabria, Puglia y otras zonas meridionales.

Cuando decide partir, Luigi Grillo no se lleva a la familia. Quiso primero encaminarse y hacer pie, acumular un poco de dinero y solo después traerse a su mujer y a sus hijas. Se va sólo en 1948 y en Buenos Aires trabaja como siempre de plomero, aunque con un socio napolitano y con perspectivas de una vida mejor que la de Nápoles. Trabaja dos años y retorna a su ciudad, para luego ya volverse a ir definitivamente.

Esperando a la familia en Buenos Aires, en agosto de 1951 nace Rosaria en Nápoles. Transcurre casi un año antes de que la familia finalmente lo alcance. Se embarcaron en uno de aquellos grandes buques mercantes que zarpaban del puerto de Génova, el "Santa Fe", que como todas las embarcaciones de aquella época tardó alrededor de quince días en llegar a la costa argentina.

Arribaron al puerto de Buenos Aires el 8 de septiembre de 1952. Luisa Striano tiene 28 años y junto a ella descenden de la nave sus cuatro hijas: Anna, la mayor, tiene 7, Giuseppina 6, Mena 4 y Rosaria apenas un año. Han dejado Nápoles tras las elecciones municipales de julio de 1952, que consagran la verdadera superación del posguerra partenopeo, con la afirmación del monárquico Achille Lauro y el principio de una época de larga duración, marcada sobre todo por el establecimiento de los negocios políticos sucios, y por decisiones administrativas que producirán un indeleble estrago urbanístico en la ciudad.

Sólo algunos meses antes, el 20 de marzo de 1952, otros emigrantes del Sur descendieron en Buenos Aires del buque “Marco Polo”, proveniente de Nápoles. Huyen de la miseria de las zonas del interior de Abruzzo, desde el pueblo de Casalanguida en la provincia de Chieti. Así, junto a su madre Irma Ferrara y su hermana Rachele, llega a Argentina un niño de cinco años, de nombre Domenico Menna. Enseguida, su nombre italiano se convierte en Domingo. Luego lo llamarán “Mingo” y también “el Gringo”, típico sobrenombre argentino sobre todo para los italianos. Un día su nombre de guerra será “Nicolás”.

La familia de Domenico alcanza al padre, Pánfilo, que ya se había establecido en el país, en Tres Arroyos, al sur de la capital, donde trabajará como sastre. Muchos años después Domenico se irá a Córdoba para estudiar en la Facultad de Medicina. En la ciudad más representativa del proletariado industrial argentino de aquellos años, se convierte en un militante revolucionario y se casa con una chica de origen italiano, Ana María Lanzillotto, “Ani”, nacida en Argentina en La Rioja, nieta del italiano Filippo Lanzillotto, emigrado de Castellana Grotte en la provincia de Bari.

Luego de casi haberse rozado en un puerto argentino en 1952, las historias de Rosaria Grillo y de Domenico Menna se entrecruzarán en forma inextricable más de veinte años después, junto a la de Ani Lanzillotto. Primero, durante la militancia en el PRT y después, sobre todo, en el infierno de Campo de Mayo.

Desde febrero de 1946, Argentina estaba gobernada por Juan Domingo Perón, que después de un primer mandato fue triunfalmente confirmado Presidente en las elecciones de noviembre de 1951. En 1955, un cruento golpe militar - la Revolución Libertadora - derribó a Perón, obligándolo a un larguísimo exilio que duró hasta 1973, reanudando el ciclo de dictaduras militares iniciado en 1930 con el derrocamiento del Presidente Hipólito Yrigoyen.

Cuando los Grillo y los Menna llegaron a Argentina, la fase de notable expansión económica que el país latinoamericano había atravesado en la época de la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo durante el primer mandato presidencial de Perón, ya se había acabado. No obstante los signos evidentes de la contracción de la economía argentina, los emigrantes del Sur de Italia aún prefieren abandonar las condiciones de vida miserable que les deparaba un país atrasado, que solamente a partir de ese momento, sobre los escombros de la guerra, encaminará su fase de transformación civil, económica y social.

Mientras Rosaria empieza la escuela secundaria, en el Instituto Comercial 15 en el barrio de Saavedra en Buenos Aires, se funda el que años más tarde será su partido. En mayo

de 1965, en Avellaneda, ciudad contigua a la capital, nace el Partido Revolucionario de los Trabajadores-PRT, de la fusión de dos organizaciones previas: el Frente Revolucionario Indoamericano Popular-Frip, de inspiración indoamericanista, fundado por Francisco René Santucho en Santiago del Estero, en el norte del país; y la troskista Palabra Obrera de Nahuel Moreno. Moreno es el principal dirigente del nuevo partido; sin embargo, Mario Roberto Santucho, el hermano de Francisco, será pronto su referente más prestigioso.

En julio de 1966, los militares retoman una vez más el poder. El golpe de Estado dirigido por el general Juan Carlos Onganía derroca al fugaz gobierno constitucional de Arturo Illia e instaura una dictadura feroz.

En febrero de 1968 se da una ruptura política insanable entre Santucho y Moreno, sobre los temas de la guerra revolucionaria y sobre el carácter continental de la revolución. Moreno se abre del partido, y el IV congreso del PRT, en base a las líneas trazadas por Santucho, define las posiciones de la organización acerca de los temas de la lucha armada, del carácter continental de la revolución socialista, y del rol de la clase obrera como vanguardia de un frente que comprende, en Argentina, a los campesinos del norte y a la pequeña burguesía urbana.

La década del Setenta, caracterizada por la progresiva intensificación del choque entre la perspectiva de la lucha revolucionaria antimperialista-socialista y la guerra contrarrevolucionaria que las oligarquías económicas confiarán a los militares, en realidad, según el enfoque del PRT, se abre el año anterior, el 1969, con el Cordobazo, en mayo, y los dos Rosariazos, en mayo y septiembre.

En mayo de 1970 los Montoneros, organización de la izquierda peronista revolucionaria, secuestra y luego ajusticia al ex dictador Pedro Eugenio Aramburu, que había dirigido el derrocamiento de Perón en 1955 y era considerado el principal responsable de la feroz represión y los fusilamientos masivos que siguieron al golpe de la Libertadora.

Desde 1930, las fuerzas armadas ejercían casi constantemente el poder y unos alzamientos militares seguían a otros. En junio de 1970 el general Onganía fue destituido y reemplazado por el agregado militar de la Embajada Argentina en Washington, General de Brigada Roberto Levingston, también Jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército durante el gobierno de Onganía.

En 1969, Rosaria termina sus estudios secundarios y se recibe con notas brillantes. El regalo de egresada fue un viaje a la tierra natal.

III

En 1970, entonces, Rosaria vuelve a Nápoles después de haber emigrado dieciocho años antes. Por tres meses, desde abril hasta junio, fue huésped de su prima Mena Zabberoni y de su tía, Rosa Grillo, la hermana de Luigi. Por primera vez conoce a su abuela paterna, Filomena Russo. Cuando sus vacaciones están por terminar, le confiesa a Mena un deseo: volver a vivir para siempre en Italia.

Apenas pasa un mes, y en los últimos días de julio de 1970 se celebra el V Congreso del PRT, en el que se funda el Ejército Revolucionario del Pueblo-ERP, organización guerrillera del partido que se propone conducir la lucha revolucionaria, con el objetivo objetivo prioritario de quebrar el poder de las Fuerzas Armadas.

El programa del ERP se resume en el lema “*A vencer o morir por la Argentina*”, que guiará toda la historia de la organización de Santucho en los años siguientes, hasta su completa desarticulación en 1976/77. En el documento de fundación, los dirigentes escriben:

“Lucharemos por la supresión del ejército burgués, de la Policía y de todos los altos organismos represivos, y por su sustitución con el ejército revolucionario del pueblo, las milicias armadas populares, es decir, el pueblo en armas...cada militar o funcionario patriota que abandone los organismos represivos tiene un lugar en la lucha de la fuerza armada revolucionaria. Invitamos, entonces, a que los argentinos asuman la responsabilidad en la guerra de la segunda independencia. El General San Martín, el Comandante Che Guevara son nuestros máximos ejemplos, de ellos tomamos nuestros símbolos. Seguir e imitar sus ideas y acciones, y las de nuestros héroes y mártires del pasado y del presente, es el deber del momento”.

Al término del V Congreso, en un Comité Ejecutivo, Mario Roberto Santucho es designado Secretario General del Partido.

Ya de vuelta a casa, después del viaje napolitano, Rosaria se inscribe en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Quiere ser Contadora Pública. En las aulas universitarias conoce a Venancio Domingo Basanta, que tiene una historia diferente a la de esta chica napolitana.

Argentino de origen español, nació en Ramos Mejía, en la Provincia de Buenos Aires, en febrero de 1954. Es el hijo de Don Venancio Joaquín Basanta y de Ángela Micaela Dagno. Su padre fue el fundador – en la zona de Loma del Millón, Partido de La Matanza – de la Escuela de Educación Media N°. 2, a la que asiste Venancio. Ha heredado de su padre la pasión por la política. El jefe de familia milita en la Unión Cívica Radical, partido político previo e históricamente rival del peronismo. Según algunos testimonios fue

amigo personal de Ricardo Balbín, el líder indiscutido de los radicales en aquellos años, quien luego, encarnando el alma derecha de su partido, asumirá posiciones de connivencia y aquiescencia con respecto al partido militar, contraponiéndose al ala progresiva de Raúl Alfonsín (que una vez retornada la democracia en 1983, será Presidente de los argentinos).

Venancio Domingo toma otro rumbo ideológico y político y decide adherirse al PRT. Cuando conoce a Rosaria ya estaba inscrito, desde 1971, en la Facultad de Económicas, para estudiar Administración. Es un militante del PRT y por medio de él, Rosaria conoce al partido de Santucho. Las fotografías de aquella época nos dan una imagen singular de la pareja. Ella rubia y de ojos claros, menuda y chiquita, muy diferente a la iconografía de una chica napolitana. Él delgado y de pelo castaño, una suerte de gigante de un metro noventa.

En marzo de 1971 se produce el enésimo cambio en la cumbre del país y el General del Ejército Alejandro Lanusse ocupa el lugar de Levingston.

Dos años después del viaje a Nápoles, casi seguro en 1972, Rosaria le escribe a su prima Mena: *“parece imposible que hasta hace pocos días hablamos por teléfono y que mientras hablábamos, estábamos todos llorando de la emoción, lástima que no se pueda hablar por más tiempo, la fotografía la recibí y la puse encima de un mueble, se la muestro a todos los que vienen a casa. En la otra carta me preguntás cómo se llama mi novio. Se llama Venancio Domingo Basanta, siempre me dice que cuando nos casemos, si tenemos dinero, haremos el viaje de luna de miel a Italia. Él también quiere ir y los quiere conocer, yo le hablo mucho de todos ustedes que ya los conoce por nombre, también está aprendiendo a hablar en napolitano y entiende bastante bien porque mamá le habla siempre en dialecto y a veces, yo también le hablo así, es muy gracioso oírlo hablar, ahora los dejo. Besos a todos, ahora les escribe mi novio que les quiere mandar saludos”*. Y Venancio añade: *“Les mando a todos un saludo y un beso fuerte, espero verlos muy pronto”*.

En ese 1972 ocurren dos hechos que marcarán la vida del país en los años siguientes.

El 15 de agosto huyen de la cárcel de máxima seguridad de Rawson, en el sur patagónico, algunos de los máximos dirigentes de las principales organizaciones de la izquierda revolucionaria argentina. Mario Roberto Santucho, Domingo Menna y Enrique Gorriarán Merlo del PRT, Marcos Osatinsky y Roberto Quieto de la Fuerzas Armadas Revolucionarias, y Fernando Vaca Narvaja de los Montoneros, alcanzan la cercana base aérea de Trelew, se apropian de un avión y escapan a Chile, encontrando amparo en el país gobernado por el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende.

Algunos días después, el 22 de agosto, diecinueve detenidos prófugos de la cárcel de Rawson, que habían sido capturados antes de llegar al aeropuerto, fueron fusilados en la base militar Almirante Zar. Entre ellos, la mujer de Santucho, Ana María Villareal, y Mario Delfino, el hermano de Liliana Marta Delfino quien, tiempo después, será la nueva pareja del secretario general del PRT.

Mario y Liliana son los hijos del italiano Angelo Delfino, piemontés de Cúneo, llegado a Argentina después de la primera guerra mundial. También la madre, Carlina Jedliezka, de origen checo, es piemontesa. La historia de Liliana Delfino se entrelazará con la de Rosaria, la de Venancio y la de otros jóvenes protagonistas de nuestra historia en septiembre de 1976, en Campo de Mayo.

La masacre de Trelew marcará de modo indeleble la historia argentina de los años setenta. Muchos años después, Luis Ortolani - dirigente del PRT, también detenido en la cárcel de Rawson en el momento de la fuga - lo definirá como *el huevo de la serpiente del terrorismo de Estado* que se desatará plenamente en 1976, una especie de incubadora del terror que luego generará un verdadero genocidio.

Más adelante, Lanusse anunciará que la Junta Militar consentirá a los civiles volver al poder y que serán convocadas elecciones presidenciales para marzo de 1973. En septiembre de 1972, la dirección política del PRT afirma que la decisión de convocar a elecciones, en realidad, no cambia el cuadro político y que la guerra revolucionaria continuará.

El 17 de noviembre de 1972, Perón vuelve fugazmente a la Argentina y en diciembre, el Frente Justicialista de Liberación (una amplia coalición que incluye el Partido Justicialista de Perón), designa los candidatos para el reto electoral, porque al viejo General le es interdicta todavía la participación directa en la vida política. Héctor Cámpora es el candidato a la Presidencia por el Frejuli, y Vicente Solano Lima su Vicepresidente. La campaña electoral del peronismo se desarrolla bajo el eslogan "*Cámpora al gobierno, Perón al poder*", porque, precisamente, el poder real será ejercido por el General proscrito.

Justo durante la fase de transición hacia la democracia, a finales de diciembre de 1972, la Junta guiada por Lanusse emite un decreto que incidirá en la historia del país, y que asimismo contiene las semillas del futuro terrorismo de Estado. Por medio de la ley 20/232 la dictadura establece que, en las operaciones contra la guerrilla, serán empleadas no sólo las Fuerzas de Policía, sino también las Fuerzas Armadas.

El 7 de febrero de 1973, el triunvirato militar que compone el Poder Ejecutivo prohíbe la vuelta a la Argentina de Perón, antes de la asunción formal de sus funciones por parte del gobierno que hubiera sido elegido en las elecciones presidenciales.

El 11 de marzo de 1973, Héctor Cámpora, el candidato peronista, gana las elecciones convirtiéndose en Presidente de la Argentina.

Dos días después de la cita electoral, en Buenos Aires, Rosaria y Venancio se casan por el civil. La madrina es una estudiante italiana de 23 años, Angela Carmela De Buono, que vive en la misma calle de los Grillo, en Avenida Olazábal. El padrino es un estudiante de 21 años, él también inscrito en la Facultad de Ciencias Económicas. Se llama Andrés Germán Feinsilber y es de origen austriaco. Según la hermana de Rosaria Grillo, Feinsilber no era sólo un amigo del novio, sino que además, en aquella época, compartía con él la misma pasión y militancia política.

A partir de los años sesenta, un militante de las organizaciones revolucionarias argentinas (las de izquierda revolucionaria de raíz marxista-leninista, como el PRT-ERP, y también las de izquierda peronista, como las FAR y Montoneros), elige siempre un “nombre de batalla” o “nombre de guerra”, que en muchos casos se agregaba al sobrenombre común, muy difundido en Argentina.

La militancia política revolucionaria conllevaba entonces, de hecho, casi la pérdida del nombre de pila, ya que por razones de seguridad personal, los militantes entre ellos usaban solamente el nombre de guerra, evitando en modo pertinaz entrar en conocimiento de información sobre las vidas personales de sus compañeros. Rosaria y Venancio eligen como nombres de guerra los de “Laura” y “Miguel”. Usan también otros, y en la fase final de sus vidas son “Irene” y “Cholo”.

Se van a vivir a una zona muy céntrica de la ciudad, en el barrio de Once, a pocos metros de la estación de subte Callao, en la calle Enrique Santos Discépolo 3931 (ex Salónica). Sus padres, incluido Luigi Grillo, hacen frente al peso económico que implica la compra del departamento por medio de una hipoteca, que aún no habían terminado de pagar cuando los chicos fueron secuestrados. Desde aquel septiembre de 1976 del secuestro, la vivienda pasa a otras manos y, después de cuarenta años, la familia Grillo seguirá sin conocer la suerte de aquel departamento.

Esa casa, sin embargo, no es solamente un lugar en la vida de pareja de los dos jóvenes. Tiene un papel importante en sus historias de militancia política y en las de otros chicos de la Juventud Guevarista de Buenos Aires, entre los años 1973 y 1976.

Como muchísimos estudiantes argentinos que no provienen de familias adineradas, Rosaria va a la universidad y al mismo tiempo trabaja como empleada, desde 1971, en el

Hospital de Clínicas en Buenos Aires. También Venancio estudia y trabaja en la empresa Saieva Patagónica Montajes Industriales, y en la Sociedad Full Time.

Néstor De Giorgi, el cuñado de Rosaria Grillo, cuenta que en aquella época el suegro trataba de protegerlo a Venancio. Su activo compromiso político y la militancia en el Ejército Revolucionario del Pueblo lo exponían a un constante peligro. Para ayudarlo a correr menos riesgos, Luigi Grillo le propone a su yerno trabajar en la pequeña empresa que dirige junto a un socio, que por aquellos meses desempeñaba trabajos para la industria de productos alimenticios Noel, en el barrio de La Boca, en la calle Patricios y California.

Sin embargo, “Cholo” no trabaja con mucha asiduidad y a Néstor, su compañero de trabajo, le recriminan por culpa del comportamiento del cuñado. Como recuerda la familia de Rosaria, “Cholo se andaba escapando”, y cuando se presentaba en Noel, trabajaba un par de horas y desaparecía, completamente absorbido por su compromiso político.

Nacen discusiones entre Luigi Grillo y su socio que está enojado porque los trabajos se cumplen con mucho atraso, a pesar de que la empresa haya empleado a dos personas, Venancio y Néstor. Luigi decide apartar a Venancio de ese empleo.

En los recuerdos de las hermanas y en los del cuñado de Rosaria, “Cholo”, en aquellos años, se desplazaba continuamente de Buenos Aires y a menudo se dirigía, por razones políticas, a Córdoba. En esta ciudad, protagonista del combativo levantamiento popular que en 1969 fue conocido como "el Cordobazo", el partido de Santucho tenía un fuerte ensalzamiento en el proletariado industrial. En Córdoba, el PRT-ERP crea también una unidad de guerrilla, la Compañía “Decididos de Córdoba”, encabezada por Juan Eliseo Ledesma, el “Comandante Pedro”.

La primera acción importante de esta unidad, en febrero de 1973, es el ataque al Batallón 141 del Ejército, en Córdoba. Es muy posible que Venancio, en sus continuos viajes a la ciudad situada al norte de Buenos Aires, haya tenido relación con la compañía dirigida por Ledesma y no se puede excluir su participación también en acciones cumplidas por los Decididos de Córdoba.

Mientras tanto en el país la victoria de Cámpora, objetivamente, abría una nueva fase política, de clara discontinuidad con respecto a la del poder dictatorial ejercido por los militares y las fuerzas de derecha durante los siete años previos. En el nuevo escenario político e institucional, el PRT decide no antagonizar con el gobierno legitimado por el voto popular, es decir, no atacar a las instituciones ni a los representantes del gobierno. Sin embargo, afirma que continuará sin conceder tregua alguna a los sectores que

considera todavía dominantes de la vida política y económica del país: a las fuerzas armadas contrarrevolucionarias y a las empresas explotadoras.

El PRT plantea el otorgamiento inmediato de la libertad de los presos políticos y la abolición de la legislación represiva. Los presos políticos encarcelados durante la dictadura fueron liberados y se promulgó una ley de amnistía. El 25 de mayo de 1973 se produce el conmovedor "Devotazo", cuando una enorme multitud acude a recibir a los presos políticos de las organizaciones revolucionarias que van saliendo liberados de la cárcel de Devoto. Pero el viento de libertad sólo dura algunos meses.

El peronismo ortodoxo, es decir, la derecha peronista política y sindical, va retomando el pleno control del partido y del gobierno. Después de la masacre ocurrida en junio de 1973 en el aeropuerto de Ezeiza de Buenos Aires - cuando los grupos fascistas de la derecha peronista disparan a las columnas de militantes de izquierda que se dirigen al aeropuerto para esperar el regreso de Perón -, el Presidente Héctor Cámpora se ve obligado a renunciar a su cargo el 13 de julio de 1973. Es reemplazado por el Presidente de la Cámara de Diputados, Raúl Alberto Lastiri, el yerno de José López Rega, masón, ya secretario personal de Perón, Ministro de Bienestar Social y fundador de la organización paramilitar Alianza Anticomunista Argentina, la tristemente célebre Triple A.

Convocadas nuevamente elecciones, el PRT trata de construir un frente electoral de izquierda para apoyar la candidatura del prestigioso dirigente del sindicalismo combativo Agustín Tosco, líder del sindicato cordobés "Luz y Fuerza". El partido de Santucho propone la candidatura de Tosco-Armando Jaime, "*una formula obrera y popular contra el imperialismo y sus lacayos*", pero Tosco declina la propuesta y el PRT, viendo el fracaso del intento, decide adoptar una posición de abstención y boicot del voto.

Perón es electo Presidente de la Argentina por tercera vez. Y justo el día en que Perón gana las elecciones, el 23 de septiembre de 1973, el gobierno de Lastiri y López Rega (obviamente con el pleno consentimiento del nuevo Presidente que, sin embargo, aún tiene que asumir formalmente sus funciones) cumple un acto político de extraordinaria relevancia.

Promulga el decreto N°1454 el cual establece que, a partir ese momento, el Ejército Revolucionario del Pueblo es una estructura ilegal, porque es responsable del delito de sedición. El decreto no cita formalmente al PRT, partido político del que el ERP era una articulación, pero de hecho, la organización completa de Santucho entra en la clandestinidad.

A lo largo de 1973 comienzan a operar los grupos de la Triple A, formados por integrantes heterogéneos: pertenecientes a las Fuerzas Armadas y a las de Policía,

hombres del fascismo peronista, incluso elementos provenientes de los ambientes de la delincuencia común. Actúan sembrando terror, matando y secuestrando dirigentes políticos democráticos y de izquierda, militantes de la izquierda revolucionaria, líderes sindicales y populares.

Según el ex Inspector Rodolfo Peregrino Fernández, la formación del primer núcleo represivo clandestino/ilegal del Estado se remonta a las iniciativas adoptadas, desde 1971, por el Comisario General de la Policía Federal Alberto Villar, que creó una logia oculta llamada "*Caras felices*". Este organismo fue el primer embrión de la formación que, a continuación, será conocida como Alianza Anticomunista Argentina. La progresión hacia la reivindicación abierta de los atentados y homicidios coincidirá con la definitiva subida al poder de Villar, nombrado por Perón Jefe de la Policía Federal.

La Triple A representa la primera manifestación significativa del terrorismo de Estado, en un momento histórico en el cual los militares y las fuerzas de seguridad aún no han decidido asumir nuevamente el control del país, y prefieren usar la máscara de una organización paramilitar clandestina.

IV

En el panorama de la izquierda argentina, el Partido Comunista - como todos los partidos comunistas, socialistas y socialdemócratas nacidos en las experiencias de la II y III Internacional - organizaba una estructura autónoma juvenil propia, la Federación Juvenil Comunista.

No ocurría lo mismo en la galaxia de la izquierda revolucionaria argentina, tampoco en las formaciones políticas que se llamaban a los principios del marxismo-leninismo. Por mucho tiempo, después de su constitución, el PRT no tuvo una estructura juvenil autónoma. La labor política del partido de Santucho estaba estructurada por la división en “Frentes”, es decir, sectores o campos de compromiso y actividad. Por ejemplo, los estudiantes universitarios que se adherían al Frente Universitario del PRT, de esta manera, se convertían en militantes del partido de Santucho.

Al principio, la naciente organización juvenil del PRT admitió en sus filas a los estudiantes de las escuelas secundarias. La creación de la Juventud Guevarista, como organismo unitario de todos los jóvenes que abrazarían los ideales del PRT, fue el resultado de un proceso laborioso, que se enfrentó inclusive con enérgicas resistencias internas. Prevaleció, al final, la presión ejercida por los sectores del partido que ya consideraban indispensable tener en cuenta las especificidades y peculiaridades de la cuestión juvenil.

En septiembre de 1973 se celebró la primera reunión nacional de la naciente juventud del PRT. Al año siguiente, en junio de 1974, Rodolfo Ortiz Escobar “El Negro”, fue asignado encargado de la juventud del partido en la organización municipal de Buenos Aires. Un mes más tarde, en julio de 1974, la estructura asumió oficialmente el nombre de Juventud Guevarista y Rodolfo Ortiz fue nombrado delegado nacional. Por consiguiente, fue lanzada la publicación de un órgano de prensa oficial, “Juventud Rebelde”

A principios de marzo de 1974 el PRT, desarrollando las líneas trazadas por Ernesto Guevara en el Mensaje a la Tricontinental de 1967 (“...¡Como no podríamos ver el futuro de luminoso y cercano, si dos, tres, muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo, con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano, con sus golpes repetidos al imperialismo, con la obligación que entraña para éste de dispersar sus fuerzas, bajo el embate del odio creciente en los pueblos del mundo!”), decidió construir un frente de guerrilla rural en la provincia de Tucumán, al noroeste del país, y creó la unidad de guerrilla “Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez”.

Al morir Perón en julio de 1974, el cargo de Presidente pasó a las manos de su viuda María Estela Martínez “Isabelita”. Junto a ella, en el rol más fuerte de gobierno, el Ministro de Bienestar Social José López Rega. En diciembre de 1974, se llevó a cabo una reunión privada entre éste último y el Teniente General y Comandante del Ejército Leandro Anaya con la finalidad de activar los preparativos del plan denominado “Operación Independencia”: las fuerzas armadas, por medio de una ley de gobierno, serían empleadas en la provincia de Tucumán para efectuar el aniquilamiento de la guerrilla desarrollada por el ERP.

Venancio Domingo Basanta participa en acciones guerrilleras en la provincia de Tucumán. No sabemos si se sumó a las filas de la unidad combatiente del ERP que opera en el norte del país pero, como cuenta Néstor De Giorgi, sabemos que “Cholo” fue herido en Tucumán durante un enfrentamiento contra los militares, y que con mucha suerte se salva de la muerte.

En su cuerpo son bien visibles las cicatrices provocadas por dos disparos de arma de fuego descargados en su contra. El hecho sucedió en la pequeña ciudad de Monteros, a unos cincuenta kilómetros de San Miguel de Tucumán, ciudad cabecera de la provincia, pero la mecánica de los hechos es confusa. Probablemente “Cholo” no fue herido durante un combate a cara descubierta entre un grupo del ERP y una unidad militar. Fue cercado por los militares y se genera un enfrentamiento armado. Fue alcanzado por dos balazos, pero logra romper el cerco y huye para advertir a los compañeros que, de esta forma, evitan el ataque del ejército y se ponen a salvo.

La clandestinidad o la semi-clandestinidad de los militantes del PRT, efectivamente iniciada a finales de 1973, y la actitud de obedecer reglas severas de comportamiento para salvaguardar la propia seguridad y la de los compañeros, a veces, provoca singulares repercusiones, incluso en las relaciones interpersonales.

El militante perretista, obviamente, no tiene que revelarle a nadie, ni siquiera a sus propios familiares, qué actividades políticas desempeña, más bien al contrario, las tiene que mantener en secreto. Esta esencial regla de seguridad sirve para protegerse y proteger a sus compañeros y, al mismo tiempo, proteger a las personas que se relacionan con él y que, si poseyeran información reservada, correrían serio peligro de vida.

En el período más intenso de la militancia “Cholo”, para esconder el verdadero motivo de sus viajes, miente descaradamente a sus familiares. Como recuerda Mena Grillo, para justificar sus frecuentes ausencias de casa, decide un día contarle a la cuñada que tiene una relación con una chica que vive afuera de Buenos Aires. No es verdad, pero con tal

de mantener en secreto su actividad, Venancio, seguramente con el pleno consentimiento de Rosaria, prefiere decirle a la cuñada que engaña a su mujer.

En cierto punto, la familia Grillo se convence de que Rosaria y Venancio están atravesando una crisis profunda de pareja y a punto de separarse. Una tarde, Néstor De Giorgi y otro cuñado suyo, el marido de Giuseppina Grillo, se dirigen con paso decidido a la vivienda de la calle Enrique Santos Discépolo. Están convencidos de tener que enfrentar una situación de tensión familiar entre Rosaria y su marido, pero lo que encuentran ante sus ojos entrando al departamento roza lo increíble para ellos.

Solo consiguen caminar con dificultad por la pequeña vivienda, porque la casa está llena de personas descansando. Son guerrilleros del Ejército Revolucionario del Pueblo fugados de Tucumán, huéspedes de “Irene” y “Cholo” en pleno centro de Buenos Aires.

Los protagonistas de nuestra historia se adhieren, en los primeros años setenta, al Frente Universitario del PRT y, después de la disolución del Frente y su confluencia formal en la nueva organización, se convierten en miembros de la Juventud Guevarista.

Patricia Ann Erb, estadounidense de Jackson, Minnesota, es la hija del Reverendo John Delbert Erb, pastor de la Iglesia Menonita. Los menonitas, seguidores de Menno Simmons, son los herederos de los anabaptistas que en el Quinientos, propugnando posiciones teológicas radicales y de crítica al mismo Martín Lutero, incendiaron el corazón de Alemania y de Europa del Norte, para luego ser aniquilados, en 1535, en la ciudad alemana de Münster.

En 1958, a la edad de un año, Patricia se traslada con su familia a Argentina y pasa su infancia en la provincia de Buenos Aires. A los 14 años viaja a Bolivia, visitando en especial la ciudad de Santa Cruz, una de las zonas del interior de uno de los países más pobres de América Latina. Aquel viaje a Bolivia en 1972 le permite descubrir las profundas desigualdades del mundo e iniciar su camino de madurez ideológica y política. Al regresar a Argentina, después de haberse desempeñado como voluntaria, se inscribe en la Facultad de Sociología de la Universidad de Buenos Aires e ingresa a las filas de la organización más importante de la izquierda revolucionaria argentina, el partido de Santucho.

Narrando la experiencia política vivida en el Frente Universitario del PRT en Buenos Aires, en esos primeros años setenta, Patricia Erb recuerda momentos de la militancia política y de la actividad cotidiana. Escuchando hoy su testimonio es posible comprender que el ideal de Ernesto Guevara del hombre nuevo “...la realización de su naturaleza a través del trabajo libre y la expresión de su condición humana a través de la cultura y el arte...”, se había convertido, en la experiencia de vida de los jóvenes guevaristas argentinos, en algo diferente a un mero proyecto de construcción en un futuro lejano de hombres y mujeres mejores. Este ideal ya formaba parte, embrionariamente, de la vida cotidiana de quien se adhería al partido de Santucho.

También cuenta Patricia: “...había momentos en los que estudiábamos y analizábamos las ediciones de las revistas del partido, *El Combatiente* y *Estrella Roja*, y organizábamos actividades como las pintadas, es decir, grafitis políticos en las paredes. Nosotros que estábamos en el Frente Universitario, hacíamos un trabajo también en los grupos de base y actividad de propaganda. No vendíamos los periódicos del partido en la Universidad porque no era considerado seguro y, en aquella época, nos poníamos un gorrito, algo casi cómico

porque seguramente éramos más reconocibles. Sin embargo, cada uno de nosotros iba a vender a otra facultad, no en la que estudiaba. Así que me tocaba ir a la Facultad de Económicas o de Ingeniería y, a cada momento, cambiábamos de lugar en donde ofrecer nuestro material de propaganda... De esta forma había gente que se acercaba a nosotros diciendo querer entrar al partido..."

Un documento de los jóvenes del PRT de los primerísimos años setenta, que circuló en el ambiente universitario en Buenos Aires, estaba especialmente dedicado al tema de las pintadas. Escribir eslóganes y consignas en las paredes, dice, es una actividad política importante para los estudiantes y los universitarios del PRT, que no puede ser efectuada por iniciativa o espontaneidad individual. Los jóvenes, según el documento, tienen que formar grupos de apoyo del ERP y las pintadas se deben organizar según precisas modalidades.

En las paredes cercanas a comisarias o a edificios militares, hay que escribir: *"Soldado, agente, no dispare contra sus hermanos del pueblo"*. En las villas, es decir, en los barrios populares: *"Organicemos la resistencia contra las razias policiales"*. En las fábricas: *"Martins, Pujals, vamos a vengarlos con la guerra popular"*. En las paredes de toda la ciudad: *"Contra la represión y la tortura, desarrollaremos la guerra del pueblo"*.

"El carácter del militante revolucionario – narra Patricia - era algo muy importante para el partido, y se prestaba gran atención a las actividades cotidianas que hacíamos día tras día. Esto obligaba a todos los miembros del grupo a mantener una conducta ejemplar... En nuestra concepción, el obrero tenía mejores características que las que podía tener un estudiante, y existía una solicitud formal de inscripción, porque se precisaba hacerle una petición al Partido para pasar de la condición del que simplemente participa en una reunión a la de simpatizante, y finalmente a militante pleno. Existían categorías y uno no avanzaba y no llegaba a esas categorías sin estrictos pasajes internos..."

En aquellos años, el partido de Santucho le pedía a sus militantes "proletarizarse": el joven estudiante no proletario tiene que ir a trabajar a una fábrica, transformarse justamente en un obrero, para adquirir de esta forma una auténtica conciencia de clase revolucionaria. Así narra Patricia su personal experiencia como estudiante "proletarizada":

"Entonces, en el Frente Universitario no había tantos militantes y éramos casi todos simpatizantes. Debíamos "proletarizarnos" y esto significaba que cada uno de nosotros tenía que buscar una fábrica para ir a trabajar. Yo era chica, tenía casi 17 años cuando me dijeron que había llegado la hora de mi "proletarización". Empecé entonces a hojear periódicos, diarios y de este modo encontré una fábrica para ir a trabajar. Hice una cola

larga, algo parecía no convencer a los dueños de las fábricas que visitaba. Era una yankee, una ciudadana norteamericana, y me preguntaban por qué razón buscaba trabajo en una fábrica argentina. Me costó mucho trabajo pero finalmente encontré una pequeña fábrica de carteras y empecé a trabajar. La represión ya era muy fuerte y el partido, solo un mes después, me dijo que mi “proletarización” no había sido una buena idea, porque ya era recontra sabido que era una práctica específica pedida por el PRT a sus jóvenes militantes. No todos los estudiantes podían “proletarizarse”, y esto conllevaba un avance lento en las escalas del partido.

Parece curioso, casi cómico, pero creo que tenía su profundidad porque nuestro carácter, en aquellos años, era muy importante. Teníamos además un código, un pequeño manual titulado "Moral y proletarización", con reglas muy rigurosas para los jóvenes que iniciaban la propia militancia política y que incluía, por ejemplo, la recomendación de no ser infiel en la vida de pareja. Naturalmente había compañeros infieles. Pero cuando eran descubiertos, eran sancionados por el partido en diversos modos. En especial, se prestaba mucha atención a la fidelidad cuando un compañero había caído preso: en este caso el otro o la otra, fuera de la cárcel, tenía que serle fiel a quien en ese momento estaba detenido. Cambiábamos nuestros compañeros, es normal, pero había todo un esfuerzo para tratar de mantener la vida del militante dentro de ciertos estándares. Por supuesto, no había que emborracharse ni drogarse. En definitiva, había una cantidad de reglas que se tenían que respetar. También esto era para nosotros un poquito la construcción del hombre nuevo...”

Es muy interesante también el relato sobre las reuniones políticas y las actividades diarias de los jóvenes que se adhieren al Frente Universitario del PRT. Es justo en ese contexto de militancia política que Patricia conoce y frecuenta a Rosaria Grillo “Irene”:

“Bueno, al principio nos reuníamos en bares o en casas, reuniones en las que, ante todo, aprendíamos las normas de seguridad que servían para protegernos. Debíamos definir lo que llamábamos El Minuto. Nosotros no nos conocíamos por el nombre de pila, sino por el nombre de guerra, y en ese momento estábamos juntos para hacer una reunión. Si llegaba alguien, debíamos saber qué decir, cómo contestar las preguntas que nos habrían hecho. El Minuto era la fracción de tiempo que servía para establecer un acuerdo entre nosotros en caso de que hubiese hecho irrupción la Policía o los militares.

Conocí a Rosaria cuando ambas militábamos en el Frente Universitario. Entre nosotros no nos comunicábamos los diferentes frentes de militancia, pero ella estaba conmigo en algunas reuniones y era una de las encargadas dentro del Frente Universitario. Lo que recuerdo de ella es que era muy cariñosa, con aire maternal. Las reuniones las hacíamos en su casa, y ella nos prestaba mucha más atención que los otros compañeros, era muy

solidaria con los demás, además de ser una compañera muy linda. Para nosotros era “Irene”. Los nombres de guerra cambiaban...hoy me he olvidado de muchos de esos nombres.

Todos teníamos que cambiar de vez en cuando el nombre de guerra por una cuestión de seguridad. Pero yo a Rosaria la conocí como “Irene” durante el tiempo que la frecuenté. En cambio, no conocí bien a Venancio, no estaba en una célula con él y nunca tuvimos reuniones juntos. Pero lo vi y sé que lo llamaban “Cholo”. Ocurría que a veces hacíamos reuniones en los bares, pero era peligroso porque la reunión debía ser vigilada. Por eso nuestro esfuerzo, todo el tiempo, era el de encontrar casas, departamentos, e “Irene” fue una de aquellas personas que ofreció su casa para las reuniones.

Nosotros no sabíamos dónde vivía “Irene” y por razones de seguridad había todo un mecanismo para llegar a su vivienda... a veces aguardábamos incluso media hora a la espera de un compañero en una parada de colectivo. Luego, el compañero que tenía que participar en la reunión era llevado al lugar preestablecido. Él no debía observar los lugares por donde pasaba para llegar a una determinada casa, aunque obviamente no podíamos vendarnos los ojos. Pero había una disciplina para estas cosas y exigía que el militante que iba a las reuniones no tenía que mirar los lugares por los que estaba pasando.

Si alguien se daba cuenta, por cualquier motivo, que se encontraba en un determinado lugar estaba obligado a revelarlo. Participar en una reunión era por lo tanto un procedimiento muy complejo. Yo, en aquella época, llegué a la casa de “Irene” exactamente siguiendo este protocolo. Hubo otras casas donde fui, pero recuerdo cosas como que Irene siempre se preocupaba de que cada uno de nosotros comiera. Tenía un espíritu maternal para con nosotros, nos preparaba fideos...se detenía a conversar ...”

Al cabo de 40 años de aquellas cuestiones políticas y personales, Mena Zabberoni, la prima de Rosaria, revela pormenores inéditos que Luigi Grillo le confió durante los años en los que, muchas veces, viajó a Italia para obtener justicia de la magistratura de nuestro país. Sólo el padre, entre todos los familiares de Rosaria, conoció algunos aspectos de la vida de la hija como militante política. Supo que a veces las reuniones del Frente Universitario y de la Juventud Guevarista se efectúan en el departamento de Enrique Santos Discépolo, y que estos encuentros son muy peligrosos porque en cualquier momento la policía, los militares o los hombres de la Triple A pueden irrumpir en la vivienda.

El método de la desaparición ya era ampliamente practicado tanto por los aparatos del Estado como por los grupos de la derecha fascista. El primer dirigente del PRT en ser desaparecido, Luis Enrique Pujals, fue secuestrado en Rosario por las fuerzas de

seguridad en septiembre de 1971. Luego, sobre todo en el bienio 1974/75, fueron centenares los sindicalistas, los obreros, los militantes populares y políticos asesinados o desaparecidos.

Luigi Grillo decide ayudar a su hija y protegerla, salvaguardando de este modo también a sus compañeros. Después de haber hablado con Rosaria, Luigi se hace cargo de vigilar las reuniones de la Juventud Guevarista: mientras los jóvenes guevaristas están en casa reunidos, él afuera observa y controla la calle y la entrada del edificio. En el caso de que entrara alguien estaba listo para dar la alarma. Así es cómo un napolitano de 50 años se transforma en un “militante secreto” de la Juventud Guevarista, pero ni “El Negro” Ortiz, encargado de la organización, ni los otros lo supieron jamás.

En noviembre de 1975, el Comité Ejecutivo del PRT adopta la decisión de desprender al “Frente Universitario” del partido y hacerlo confluir en la Juventud Guevarista, de la que “El Negro” es confirmado Secretario General.

Gabriel Bari, cuyo nombre de guerra era “Julián”, en 1975 tiene 19 años y está en el primer año de la Facultad de Ciencias Económicas. Ha entrado a la Juventud Guevarista un tiempo atrás, cuando aún iba a la escuela secundaria, al Colegio Nacional Carlos Pellegrini de Buenos Aires. En su testimonio recuerda que aquel crucial pasaje político encuentra resistencia dentro del frente universitario, que inicialmente se opone a la fusión con los estudiantes de la escuela secundaria y a la unificación del aparato dirigente. Aquella resistencia, según Gabriel, es en buena medida el fruto de la idea de que converger en la Juventud Guevarista significa pertenecer a una organización que no tiene la misma relevancia política del PRT de Santucho. Casi como formar parte, desde aquel momento, de una historia colectiva menos importante.

Las resistencias a la unificación son sin embargo superadas, y prevalece la idea de desarrollar un fuerte frente juvenil compuesto, en forma unitaria, por jóvenes de la escuela secundaria, de la Universidad y de los barrios.

Pero los vientos del golpe militar ya empiezan a soplar y el PRT comienza a prepararse. A lo mejor en aquella decisión, sostiene “Julián”, tuvo un peso además la voluntad de separar la estructura juvenil de la general del partido, para encarar lo mejor posible los problemas de seguridad (los de la organización y los de los individuos), y preservar a los jóvenes de la ola represiva que golpeará al país

La edición del miércoles 28 de enero de 1976 de El Combatiente, órgano oficial del PRT, anuncia la celebración del Primer Congreso Nacional de la Juventud Guevarista. El documento aprobado por las plenarias nacionales afirma que la JG tiene “*la misión histórica de guiar a la juventud por el camino de la guerra revolucionaria*” y confirma que

su nombre ha sido elegido *“en homenaje al Comandante Ernesto Che Guevara y a su ideal revolucionario. La JG tiene que organizar a los jóvenes obreros, campesinos, estudiantes y, en general, paralelamente al desarrollo de la revolución, construir un “hombre nuevo”.*

Los jóvenes guevaristas se tendrían que caracterizar *“por una moral revolucionaria y proletaria y por el profundo amor por el pueblo”* porque la JG *“inspira su propia acción en los militantes revolucionarios Ernesto Guevara y Antonio del Carmen Fernández”.*

VI

Patricia Erb recuerda los nombres de los estudiantes universitarios de Buenos Aires que participan en las reuniones clandestinas del Frente Universitario, inclusive en las efectuadas en la casa de Rosaria. Cada uno de ellos, lógicamente, tiene un nombre de guerra.

“La Gringa” es la italiana Elena Cristina Barberis, nacida el 17 de febrero de 1953, estudiante de la Facultad de Medicina. “Kung Fu” o “El Cordobés” es su marido, Aníbal Carlos Testa, nacido en Bellville el 8 de junio de 1953, estudiante de la Facultad de Derecho.

“Quique” es Ruben Osvaldo Morresi, nacido en la capital argentina en febrero de 1954, estudiante de Arquitectura. Es hijo del italiano Elio Morresi, nacido en las Marcas, en Macerata, y de la argentina Elsa Marta Madeo. Su hermana se llama Elba Marta. Los Morresi viven en el barrio de Villa Pueyrredón. Ruben estudia en la Escuela Primaria N° 4 del distrito 16 “Coronel Mayor Ignacio Álvarez Thomas”. A continuación, va a la Escuela Técnica “Ingeniero Huergo” donde se recibe como Maestro Mayor de Obras. Al término del ciclo de la escuela secundaria piensa inscribirse en la Facultad de Filosofía, pero luego elige Arquitectura.

El joven Morresi tiene un extraordinario talento artístico. Victoria Cincotta, la hija de su hermana, cuenta que su tío tocaba con maestría tanto la guitarra como el piano. Es capaz de seguir las piezas después de haberlas escuchado una sola vez, sin necesidad de estudiar la partitura. Es talentoso incluso en el dibujo y pinta cuadros con notables resultados artísticos. Ruben trabaja con el padre en la empresa de construcción de Elio Morresi y, como recuerdan tanto las hermanas de Rosaria como su sobrina, es amigo de María Rosaria Grillo. La amistad entre los dos nace mucho tiempo antes de los hechos que sucederán después del golpe de Estado e incluso, en 1976, Ruben y Rosaria son también compañeros de trabajo en la misma empresa en Buenos Aires.

“Cecilia” en cambio, es el nombre de guerra elegido por María Eugenia López Calvo, también nacida en la Capital Federal en mayo de 1957. Es la hija del Comisario Enrique López Calvo y de la maestra Jorgelina Edelmira Domínguez, tiene tres hermanos, más grandes que ella: Amalia, Jorge y Horacio. Estudia en la Escuela Estatal Remedios de Escalada en el barrio de San Martín, luego en el año 1976 se inscribe al primer año de la Facultad de Psicología y, una vez muerto el padre, vive con su madre en un departamento en la calle Gral. Pico 2354 en el barrio de Villa de Mayo.

“Lía” es Susana Beatriz Porta, nacida en Ramos Mejía, la misma localidad de Venancio, el 8 de marzo de 1951. En 1976 está cursando el cuarto año de la Facultad de Arquitectura. Es la hija de Florencio Porta y de la ciudadana española Carmen Argentina Alonso, y tiene una hermana más grande, Alicia.

Silvia Mabel Zugazti es “Vera”. Nacida en Buenos Aires en octubre de 1956, es la hija de Abelardo Ángel Zugazti y Elsa Mabel Boninsegna. Con sus padres y hermana Marisa Beatriz, vive en la zona de Villa Urquiza, en la calle Manuela Pedraza 5161. Su abuelo materno, el italiano Casimiro Boninsegna, es un emigrado del municipio de Predazzo, en la provincia de Trento, a finales de la primera guerra mundial. Su abuela, María Luisa Cerruti, argentina, también es de origen italiano. Silvia es una de las mejores alumnas del Instituto Comercial N°15 del barrio de Saavedra y se recibe en 1973. La pasión por la política ya la contagia en aquellos años. Desde chiquita tiene una amiga del corazón, Alicia Arriaga, con la que pasa toda la etapa de la escuela secundaria. Ella, como cuenta su hermana Marisa, «*es carismática, inteligente, creativa*» y Alicia tiende a imitarla en todo, inclusive en la política. No por casualidad los padres de Alicia la culpan de encaminar a su hija por la peligrosa vía de la militancia política, llegando nada menos que a amenazar con denunciar a Silvia. En 1974, entra en la Facultad de Ciencias Económicas y empieza a participar a las reuniones y las actividades del Frente Universitario del PRT.

“Toni” es Norberto Daniel Sant’Angelo, nacido en Buenos Aires en julio de 1953, Es el hijo de Alberto Clemente Sant’Angelo y de María Garofalo. Su padre, argentino, descende de una familia italiana que se estableció en Argentina. Su ancestro, Francesco Sant’Angelo, había llegado al país latinoamericano a finales del Ochocientos y se había casado con Josefa Rodríguez, de origen español. Casi seguro, Francesco era napolitano. Con el pasar de las décadas, la familia había crecido y muchos Sant’Angelo se radicaron en la ciudad de Rosario. Alberto, en enero de 1952, se casó en Buenos Aires con la napolitana María Garofalo. María había nacido en el barrio popular de Secondigliano y el 3 de febrero de 1931, a los dos años, con su madre Giovanna, de 27 años, y su hermano Alfonso llegó a Argentina después de un larguísimo viaje en el buque “Principessa Giovanna” que zarpó de Nápoles. En Argentina los esperaba Salvatore Garofalo, el marido de Giovannina, emigrado mucho tiempo antes. A principios de los años setenta, los Sant’Angelo viven en la calle Cuenca 3729, en el barrio de Villa del Parque, una zona ubicada justo al lado de Villa Devoto. La hermana de Norberto se llama Claudia.

Él estudia en un instituto secundario privado, el Colegio Católico San José de Calasanz. Luego, en 1971, entra en la Facultad de Ciencias Económicas y, por dos años, cumple el

servicio militar en la Marina. Hace tres cosas simultáneamente: el servicio militar, estudia en la universidad y trabaja como empleado en el Centro Editor de América Latina. Más bien cuatro, porque también es un militante político. Bueno, generoso, humilde, dispuesto para con los demás y para ayudar a los más débiles, en las villas de Buenos Aires y en cualquier otro lugar, así lo recuerda quienes lo han conocido. Para la hermana, en cambio, es un “bocho”. Fumador de pipa, toca la batería en un pequeño grupo musical y lleva el pelo largo. Cuando comienza el servicio militar se lo cortan. Para él fue un golpe tremendo, que lo hizo llorar.

En 1971, en la facultad en que estudia, Norberto conoce a Laura Noemí Creatore. Nacida en agosto de 1952, es hija de Francisco Creatore - cuyos padres son emigrantes del municipio italiano de Rutigliano, en la provincia de Bari - y de Olga Esmeralda Toribio, hija de un madrileño y de una argentina. Francisco posee una empresa inmobiliaria mientras que Olga es vendedora en un centro comercial. Después de la muerte repentina de su madre en 1960, Laura y Adriana, la hermana más chica, se van a vivir a la casa de los abuelos maternos y, desde 1970, a la de la tía materna. Laura va al Instituto Santa María en el barrio de Caballito hasta completar la escuela secundaria.

Laura se convierte en el gran amor de Norberto y juntos comienzan a militar en las filas de “Franja Morada”, organización juvenil de la Unión Cívica Radical. Luego, como muchos, sobre todo después de la caída de Campora y la progresiva “fascistización” del peronismo en el poder, se adhieren al Frente Universitario del PRT y, a partir de ese momento, adoptan los nombres de guerra “Toni” y “Julia”.

La casa de la familia Creatore, en la calle Curapaligüe 149 del barrio de Flores, es frecuentada todos los días por Norberto y se transforma en el lugar donde los demás chicos van a estudiar, pero también donde se encuentran para hablar de política y militancia. Entre muchos, Adriana Creatore recuerda los rostros y los nombres de “Vera” Zugazti, “Quique” Morresi, “Lía” Porta, “Laura” Grillo y “Miguel” Basanta.

Un domingo, quizás en 1974, vio regresar a casa a Laura y a Norberto. Están tristes porque recién habían despedido en la estación de ferrocarriles de Constitución a Miguel, Venancio Domingo Basanta, que se marchaba a Tucumán. Le piden que no hablen con nadie de esto. Días más tarde, en su casa, Adriana ve a “Laura”, María Rosaria Grillo, y la recuerda triste por la ausencia del esposo.

La vio de nuevo algunos meses después, durante una de las reuniones (camufladas como encuentros de estudio) en las que participan siempre los mismos chicos, y en las que Norberto a menudo usa una máquina de escribir.

Un día Norberto sale de casa para ir a buscar a “Miguel” que vuelve a Buenos Aires de Tucumán. Adriana recuerda que “Miguel” está herido en una pierna, que se le ha infectado y que camina con muletas. Cuando le pregunta a la hermana si realmente la mujer de “Miguel” se llama Laura, ella le contesta que sí, pero le ruega que no pregunte más nada.

Hoy, durante esta investigación, Adriana revela que un par de veces por lo menos ve en su casa también a Rafael de Jesús Ranier, “El Oso”, pero que ella lo conoce como “Cacho”. Está segura de esta circunstancia, pero en aquella época no sabe absolutamente nada de esta persona, que es solo un poco más grande que los jóvenes que frecuentan su casa. Se da cuenta de la verdadera identidad de “El Oso” solamente muchos años después, cuando ve algunas fotos de Ranier.

Su presencia en la casa de Creatore, en 1975, puede parecer un hecho desconcertante o inexplicable, pero Adriana aporta una probable clave de interpretación. El novio de Laura no sólo es un dirigente de la Juventud Guevarista, sino que también colabora con el aparato de logística del PRT-ERP. Adriana revela que, justo en su casa, usando una pequeña máquina de escribir “Lettera 22”, Norberto prepara documentos sobre la planificación del ataque que el ERP lanzará, en la noche que va del 23 al 24 de diciembre de 1975, al Batallón de Arsenales “Coronel Domingo Viejo Bueno”, para apropiarse de un gran depósito de armas del Ejército: la famosa batalla de Monte Chingolo.

Casi seguro es por esta razón que “El Oso” Ranier conoce a Norberto y al grupo de jóvenes de la Juventud Guevarista. La historia de Ranier es notoria. Infiltrado en el PRT-ERP desde 1974, mantenía constante relación con el Coronel Carlos Antonio Españadero, jefe de la División Situación General del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército. Cobrando dinero por su actividad de delación, entregará a los militares decenas de militantes y simpatizantes del ERP y, sobre todo, como chofer del encargado de la logística del ERP, fue el responsable del fracaso de la operación de Monte Chingolo. Detectado como traidor, cayó preso el 28 de diciembre de 1975. Proporcionó una amplia confesión, y el 13 de enero de 1976, un Tribunal Revolucionario lo condena a muerte por *“traición a la revolución y delación al enemigo”*. Al día siguiente, su cadáver apareció en el barrio de Flores en Buenos Aires.

El 20 de noviembre de 1975, el mismo día en que en Madrid moría el dictador Francisco Franco, Norberto y sus compañeros organizan una peña en el Centro Gallego de Buenos Aires. La fiesta se desenvuelve en una amplia sala de baile y sirve para recaudar fondos para la Asociación de Familiares de Presos Políticos. Están invitados también los familiares y amigos, como recuerdan Claudia Sant’Angelo y Adriana Creatore. Por última

vez los chicos se presentan a los demás como jóvenes guevaristas, cantan “Comandante Che Guevara” y, entre ellos, solo usan los nombres de guerra. También Silvia Zugazti, Ruben Morresi, Susana Porta, Maria Rosaria Grillo y Venancio Basanta participan de la peña.

Al mes siguiente, las familias Sant’Angelo y Creatore pasan juntas la noche de Navidad de 1975. Durante la cena, a María Garofalo se le escapan algunas palabras acerca de la necesidad de que los militares vuelvan a poner orden en el país. Norberto la para: “*¿Pero te das cuenta que si vienen tu hijo acabará como Jesucristo?*”

Cuando llega el golpe, Norberto y Laura ya habían decidido casarse ni bien se recibieran. En marzo de 1976 deben rendir todavía solamente tres o cuatro materias, y ambos creen poder terminar la universidad en junio.

Se apuran en destruir todos los documentos que tienen guardados en casa, incluso los libros de texto universitarios que, de repente, se convierten en libros prohibidos. En los hogares de Adriana Creatore, Alberto Sant’Angelo y en el de una tía de Norberto se enciende fuego, para quemar papeles que desde aquel momento ponen en peligro la vida de las personas que los conservan.

A lo mejor, la convicción de los chicos es que, como ocurrió varias veces en el pasado del país, será posible sobrevivir también a este nuevo régimen militar. Pero, al cabo de pocos días, todo se derrumba y el escenario cambia para siempre.

VII

En 1975, las fuerzas armadas están activamente empeñadas en preparar, una vez más, la fase de asunción directa al poder.

En el estudio de los nuevos métodos de “guerra contrarrevolucionaria”, los argentinos fueron alumnos brillantes de los franceses, continuando luego su aprendizaje con los estadounidenses. Los franceses habían ideado y utilizado esos nuevos métodos durante la guerra en Indochina, y después sobre todo en Argelia, en su lucha contra el Frente de Liberación Nacional argelino, como se puede ver en la famosa película de Gillo Pontecorvo "La batalla de Argel". Oficiales franceses fueron a enseñarle a los militares argentinos las técnicas más refinadas de tortura y los métodos de “infiltración” en las organizaciones revolucionarias, y oficiales argentinos viajaron a París a recibir estos cursos en la célebre Ecole Militaire, como muestra Marie-Monique Robin en su imprescindible documental "Escuadrones de la muerte. La escuela francesa".

El “credo” del Partido Militar era detectar y aniquilar las organizaciones subversivas.

En febrero de 1975, María Estela Martínez de Perón emitió el primero de los decretos presidenciales que los historiadores recuerdan como “decretos de aniquilamiento”. La medida preveía que el Comando General del Ejército desempeñe las operaciones necesarias con la finalidad de neutralizar y aniquilar la acción de los subversivos en la provincia de Tucumán. Entonces, los hombres y los medios de la Policía Federal fueron puestos bajo control del Ejército, e igualmente ocurrió en Tucumán con los hombres y medios de otras fuerzas policiales.

Entre septiembre y octubre de 1975, por razones de salud de Isabelita Perón, las funciones presidenciales fueron provisoriamente ejercidas por el peronista Ítalo Lúder, Presidente de la Cámara de Senadores. Es Lúder quien extiende la lógica del Operativo Independencia a todo el país, a través de tres fundamentales decretos, emitidos el 6 de octubre de 1975.

Se constituye el Consejo de Seguridad Interior formado por el Presidente de la Nación, ministros del Poder Ejecutivo y comandantes generales de las Fuerzas Armadas. Su tarea fundamental era la de conducir la lucha contra todos los aspectos y las acciones de la subversión en cada lugar de la nación, ya no solo en Tucumán. Además, la Policía Federal y el Servicio Penitenciario Federal se convierten en subordinados formales del Consejo de Defensa de la Nación.

En aplicación de los decretos presidenciales, una directiva anunciada en octubre de 1975 por el Comandante en Jefe del Ejército de aquel entonces, el Teniente Jorge Rafael

Videla, estableció que la Policía Federal y otros organismos de seguridad formaban parte del plan de lucha contra la subversión, y actuarían bajo el control operativo del Ejército. Según Videla, las operaciones tenían que lograr “el objetivo de conseguir un efecto de inestabilidad permanente y la desintegración de las organizaciones subversivas”.

Por medio de otras directivas dispuestas en relación a las operaciones contra «los delincuentes subversivos», los militares no tenían reparos en anunciar abiertamente que los combates contra la subversión tenían que ser efectuados con la máxima violencia para exterminar al enemigo, y que durante los operativos, de vez en cuando, serían enunciadas otras órdenes para establecer, por ejemplo en caso de resistencia pasiva, si al subversivo se «lo aniquila o se lo detiene».

El mecanismo que se volverá regla generalizada de vida en los campos de concentración clandestinos de los terroristas de Estado, se había definido a través de directivas del Ejército que, en 1975, recomendaban a las unidades operativas: que siempre usen, para el traslado de prisioneros, palas, cuerdas, capuchas y vendas; la persona capturada tenía que ser vendada o encapuchada, y no tenía que ver a los otros prisioneros ni los lugares por los que es conducida.

Tener siempre los ojos vendados, desde el momento de la captura, significaba para el prisionero perder completamente la noción del espacio y del tiempo y estar sometido, de esta forma, a un modo de tortura previo al de sufrir la violencia en el cuerpo. Para los genocidas este trato se llamaba “tabicamiento”, o sea ponerle al prisionero un tabique, para impedirle cualquier tipo de contacto con la realidad exterior.

Según el periodista investigador Ricardo Ragendorfer, justo en ese momento, en octubre de 1975, los militares toman el control efectivo del país y el poder real pasa a sus manos. Ragendorfer sostiene que el golpe de Estado empieza, en efecto, en octubre de 1975 para luego ser cumplido en marzo de 1976.

Durante la Presidencia de Isabelita Perón, en los años 1974 y 1975, fueron asesinados o se convirtieron en desaparecidos más de un millar de personas. La cifra, absolutamente clamorosa, demuestra que el terrorismo institucional - el practicado por los militares, por las fuerzas policiales y por los grupos de ultraderecha - ya operaba mucho antes del golpe de Estado, en una época histórica durante la cual aún existía, si bien solo formalmente, un régimen constitucional.

Durante los meses previos al golpe militar, las enormes dificultades causadas por la violentísima acción represiva emprendida en Tucumán, indujeron al ERP a pedir el soporte de toda la estructura del partido, también el de la Juventud Guevarista.

En su testimonio para esta investigación “Julián”, nombre de batalla de Gabriel Bari, militante de la JG, relata haber participado en una reunión en Buenos Aires en la que está presente Daniel Bacchetti, miembro de la Dirección Nacional de la JG. La “Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez”, ya fuertemente golpeada, necesita refuerzos y el PRT-ERP pide detectar a estudiantes secundarios y universitarios que quieran participar en la guerrilla.

La discusión es áspera y combativa. No todos comparten esta línea porque algunos consideran que los jóvenes, carentes de experiencia y adiestramiento, no están listos para empuñar armas e ir a Tucumán. Finalmente prevalece la línea de compromiso de los jóvenes incluso con el frente de la guerrilla.

Tiempo después, el 13 de mayo de 1977, Daniel Bacchetti, que presidía aquellas reuniones, y su pareja Graciela Vitale, fueron secuestrados en Buenos Aires y desde entonces están desaparecidos.

Carlos Gabetta, nombre de guerra “Marcelo”, y su pareja María Elena Amadio, nombre de guerra “Lucrecia”, trabajaban en la redacción de una revista de aparición quincenal “Discusión”, vinculada a la corriente política que hacía referencia a Arturo Frondizi, ex Presidente de la República Argentina, que había asumido posiciones cada vez más condescendientes con respecto al golpe militar.

Ambos originarios de familias italianas (el bisabuelo de María Elena, Vittorio Amadio, era un emigrante de Casale sul Sile en la provincia de Treviso mientras que los abuelos, paternos y maternos, de Carlos provenían, respectivamente, de los municipios de Verra Po, provincia de Pavía, y Pietragalla, provincia de Potenza) eran miembros del servicio de “Inteligencia” del PRT y trabajaban en estrecha colaboración con Juan Mangini “Comandante Pepe”, jefe de la estructura.

Sus funciones eran las de infiltración y las de reunir información en los ambientes políticos, sindicales, institucionales y militares. Obviamente, nadie estaba al corriente de su militancia, más bien, como recuerda Carlos: “...*la gente del partido me odiaba porque me consideraban un periodista del régimen por las ediciones que publicaba invocando el golpe de Estado e imitando el estilo de Mariano Grondona...mis contactos con el partido se limitaban a los compañeros de célula y a Mangini...el “tabicamiento” era absoluto...*”.

Y, sobre la estructura creada por el PRT, añade: “...*el nivel de infiltración era bastante importante... yo me movía sobre todo entre los dirigentes políticos (Balbín, Frondizi, Ghioldi, etc.) y sindicalistas, María Elena - que en la revista se ocupaba del rubro internacional - obtenía información en el ambiente diplomático (Ministerio del Exterior, embajadas, etc.) pero otros compañeros encontraban a militares de alto rango, incluso al mismo Videla...*”.

La célula estaba formada por “Pepe” Mangini, Carlos Gabetta, María Elena Amadio, el economista Héctor Fernández Baños (el “Teniente Gustavo” fue secuestrado el 8 de mayo de 1976, después de una huida audaz de los milicos que lo habían agarrado en un bar de Belgrano el 6 de mayo, sigue desaparecido), y un periodista, fallecido hace algunos años. Gracias al trabajo de esa célula, el PRT, con suficiente antelación, se enteró de que el golpe de Estado crítico hubiera sucedido el 19 de marzo. Continúa contando Carlos: *“...mi célula también obtuvo, por informantes que formaban parte de los ambientes militares, una lista de dirigentes sindicalistas que habrían sido eliminados después de la toma de poder por parte de las Fuerzas Armadas, pero, cuando “El Combatiente” la publicó, en febrero ’76, me vi obligado a pasar a la clandestinidad junto a María Elena...”*.

La información de altísimo nivel era veraz, si bien el golpe de Estado no ocurrió el 19 de marzo, sino algunos días después, el 24 de marzo de 1976, poniendo fin a la agonizante presidencia de Isabelita.

La Junta, formada por los jefes de las tres Fuerzas Armadas, Jorge Rafael Videla Comandante del Ejército, Emilio Eduardo Massera Comandante de la Marina y Orlando Ramón Agosti Comandante de la Aeronáutica, asumió el poder declarando todo el territorio nacional objetivo militar. El 29 de marzo, Videla asume las funciones de Presidente de la Junta Militar.

En los primeros días del golpe militar, el partido de Santucho lanzaba un llamamiento a la resistencia. En él proclama “Argentinos a las armas”, publicado en “El Combatiente”, el secretario general del PRT proporcionaba una primera lectura política de la situación originada en aquellos días.

Según Santucho, el golpe de Estado había sido llevado a la práctica por las Fuerzas Armadas, convertidas ya hacia tiempo en Partido Militar, representante de los más importantes capitales extranjeros y nacionales, con el propósito de librar una guerra total y de implantar una demostración de fuerza definitiva.

Su análisis era extraordinariamente visionario. En contraste con apresuradas y superficiales interpretaciones que circulan por aquellos días, Santucho consideraba que el régimen instaurado por las Fuerzas Armadas y por sus cómplices no será para nada provisorio, y que no cederá el poder a los civiles en breve tiempo. Los hechos históricos le darán la razón a ese análisis porque el Partido Militar gobernará hasta diciembre de 1983 y, de no haber mediado la derrota de la dictadura en la guerra de Malvinas, hubiera durado más tiempo.

“Bautista” es el nombre de guerra de un estudiante que está en el último año de la Escuela Nacional de Bellas Artes Manuel Belgrano. Desde 1973 milita en la ASDE

(Agrupación Socialista de Estudiantes), organización juvenil del Partido Socialista Democrático, y luego en la fracción argentina del Partito Socialista Italiano “Giacomo Matteotti”.

La tarde del 24 de marzo habla con una dirigente de los Grupos de Base organizados por la Juventud Guevarista y le comunica su decisión de querer militar en las filas juveniles del PRT, porque después de la toma del poder por los militares no queda otra cosa por hacer que resistir a la represión.

En los meses siguientes, cambia el nombre de guerra y se llama “Marcos”. Su vida, solo por pocos meses, se cruza con la de los chicos de Avenida Seguro.

VIII

La construcción de los campos clandestinos de concentración y exterminio para los opositores empezó mucho antes del 24 de marzo de 1976. Las investigaciones históricas demuestran que el primer campo clandestino de detención comenzó a operar a partir de febrero de 1975, en la provincia de Tucumán. Fue instalado en una pequeña escuela rural en el pueblito de Famaillá, muy cerca de San Miguel de Tucumán, y por esta razón asume el nombre de “Escuelita de Famaillá”.

En este territorio la represión contra la guerrilla fue especialmente despiadada y los terroristas de Estado practicaron, de un modo difuso, el fusilamiento sumario de los prisioneros, la tortura y la desaparición.

También en la ciudad de Córdoba, en 1975, la cárcel militar conocida como La Ribera, en el barrio de San Vicente, funcionaba ya como un lugar de detención de secuestrados.

Durante los primeros meses después del golpe, los militares y las fuerzas de seguridad crean centenares de campos de detención provisorios que, en pocos meses, dejan de operar. Pero funcionaron de un modo estable durante gran parte del período histórico 1976/83, hubo más de 300 campos clandestinos de detención desparramados por todo el territorio del país.

El reparto de tareas dentro de las Fuerzas Armadas, según un diseño ya establecido permanentemente durante la lucha antisubversiva en los años anteriores al golpe de Estado, contemplaba que el Ejército de Videla se dedicara al exterminio de los militantes del PRT-ERP y de las demás formaciones de la izquierda revolucionaria marxista-leninista, mientras que la Armada, es decir la Marina comandada por Massera, tenía que reprimir a los Montoneros y a la izquierda peronista.

Los *Grupos de Tareas*, unidades especiales compuestas por miembros de las Fuerzas Armadas auxiliados por los integrantes de otras fuerzas de seguridad como los de la Policía Federal, buscaban y secuestraban a los militantes, los *blancos*, según la terminología de los represores.

Un oficial de policía que trabajaba en la provincia de Buenos Aires, contó en 1984 cuán eficaz era el método de trabajo de los *grupos de tareas*, que tenía un sistema de funcionamiento comparable al de una cadena de montaje industrial.

El *blanco*, la persona capturada, tenía que ser torturado con la *máquina*, la picana eléctrica, para obligarlo a dar información sobre otros militantes que, a su vez, eran capturados y torturados y que permitirían localizar a otras personas, conforme a un esquema que podía durar infinitamente. Si algunas veces el sistema se trababa, esto

pasaba solamente porque el prisionero moría antes de haber confesado lo que sabía. La información conseguida por los torturadores convergía luego en documentos confidenciales administrados por los comandos militares y los de Policía.

Los miembros de los *grupos de tareas*, a lo largo de los operativos ilegales, estaban armados pero intervenían vestidos de civil y sin reconocerse como componentes de las fuerzas de seguridad. Usaban seudónimos o nombres de guerra y no eran identificables, o por lo menos no fácilmente. Cuando irrumpían en una vivienda, secuestraban a las personas y se llevaban el “botín de guerra”, apoderándose de objetos, dinero y pertenencias de familia o de las personas encontradas en ese lugar.

Una mínima parte del botín de guerra era destinado al autofinanciamiento de las actividades de represión o a los campos clandestinos de detención. Por lo general, acababa enriqueciendo a los componentes de los *grupos de tareas* y a sus superiores directos. El alzamiento con el *botín de guerra* se realizaba con los métodos criminales más disparatados. A veces, inclusive después de ya haber secuestrado a la persona, el *grupo de tareas* volvía al lugar del operativo y secuestraba a otros familiares con el único propósito de tener campo libre para llevar a cabo otro saqueo de bienes.

En otras situaciones, los militares secuestradores realizaban una real extorsión en perjuicio de los familiares a quienes les pedían sumas considerables de dinero a cambio de la libertad de la víctima de secuestro. Liberación que, como es lógico, nunca ocurriría. Están documentados y comprobados también los episodios en los que los prisioneros, dentro de los campos clandestinos de detención, fueron forzados a firmar contratos de compra-venta de sus propios bienes a favor de testaferros de los represores.

El Partido Militar actuó en su plan de operaciones con una metodología de guerra civil que no solo alcanzaba a los miembros y simpatizantes de las organizaciones insurgentes, sino que se extendió ampliamente hacia todo el activismo social, sobre todo en el terreno sindical, con la plena participación de gerentes y ejecutivos de empresas y la colaboración activa de las burocracias sindicales. Hasta se llegó a instalar campos de concentración dentro de fábricas, como en la empresa Ford de General Pacheco, o dentro de instituciones estatales como el Hospital Posadas, en Haedo, ambos en la provincia de Buenos Aires.

Por eso aplicaba las normas criminales que desde siempre fueron ejecutadas por las fuerzas victoriosas en los campos de batalla, como por ejemplo, la de la *razzia* de bienes pertenecientes al derrotado.

Sin embargo, aplicando para sí la categoría de fuerza beligerante, los militares argentinos rechazaban la idea de que los militantes que combatían pudieran ser considerados

fuerza militar enemiga, aplicando entonces a los mismos las debidas normas de la Convención de Ginebra, y todas las que exigen el respeto a la vida de los que caen prisioneros en combate. La misma metodología se aplicó contra la población no combatiente.

En los primeros meses que siguieron al golpe de Estado, la represión fue incesante e inmensa, y al final alcanzó dimensiones devastadoras para la organización PRT-ERP.

Antes del asesinato de Santucho, el 19 de julio de 1976, y de los hechos que tendrán lugar en septiembre de aquel año, en la Capital Federal y en el Gran Buenos Aires se registraron decenas y decenas de secuestros de militantes de la Juventud Guevarista.

IX

El domingo 28 de marzo de 1976, apenas cuatro días después del golpe, Laura Noemí Creatore “Julia” (había elegido este nombre de batalla porque la madre de Carlitos Capitman se llamaba Julia) es secuestrada junto a tres estudiantes de la Facultad de Económicas: Carlos Hugo Capitman, Alicia Amelia Arriaga, la amiga de Silvia Zugazti, y Carlos Spadavecchia.

Todos han sido miembros de “Franja Morada”, agrupación universitaria ligada a las posiciones encarnadas por Raúl Alfonsín dentro de la Unión Cívica Radical, aunque desde hacía ya un tiempo, como relata Adriana Creatore, Capitman, Arriaga y Spadavecchia eran militantes de la Juventud Guevarista, como muchos otros chicos que provenían de la corriente política universitaria del radicalismo argentino.

La radicalización del enfrentamiento abierto en el país y la imparable desorientación que conduce hacia la asunción del poder por parte de los militares, ha convencido a muchísimos jóvenes que la única organización capaz de establecer la resistencia revolucionaria es el partido de Santucho.

Algunos de ellos, sin embargo, en la familia continúan diciendo que militan en la Franja Morada, para no preocupar a sus padres convencidos que esta decisión política es más “tranquilizante” y que los exponen a peligros menores con respecto a la militancia en las organizaciones revolucionarias.

El caso de la desaparición de Laura y sus tres compañeros se cruza con la historia contada en estas páginas, lo demuestran algunas narraciones inéditas recopiladas durante nuestra investigación. De hecho, aquella tarde del 28 de marzo, los cuatro chicos llegan a la calle Sarmiento 1426, en la zona de San Nicolás cerca de Congreso, porque deben participar, junto a otros jóvenes, en una reunión política en el edificio donde el padre de Capitman, Francisco, tiene su estudio laboral.

Aquel domingo – como recuerda Claudia Sant’Angelo – su hermano almuerza en casa con la familia. Con él también está Laura. Conversan de sus proyectos de vida y del futuro casamiento. Su padre Alberto lo pone en guardia:

- *“Tené cuidado, ahora está este gobierno militar, tengan cuidado...”*, pero el hijo lo tranquiliza:

- *“No pasará nada papá, nada...”*.

Luego, por la tarde, Norberto y Laura salen porque dicen que tienen que ir a ver un departamento donde ir a vivir después de que se casen. En realidad, se dirigen a la calle Sarmiento, pero cuando aparecen afuera los militares y la Policía, Norberto no está con

Laura. Llega sólo unos instantes después, con Silvia Zugazti “Vera” y, casi seguro, con otros chicos.

Adriana Creatore, sin saberlo en absoluto en ese momento, es una testigo directa del secuestro. Así lo cuenta una tarde durante el primer juicio a la Junta Militar, en julio de 1985: *“...yo salía del cine Los Ángeles con mi tía, Haydée Toribio de Fernandez, y sus hijos pequeños y, antes de tomar el colectivo que me llevaría a casa en el barrio de Flores, vi dos patrulleros de la policía y un celular que pasó delante mío por la Avenida Corrientes...los patrulleros tenían un triángulo pegado en la puerta, donde tiene que estar el número de comisaría, cosa que nos llamó la atención a mi tía y a mí, porque tenían un triángulo que era la insignia de las tres fuerzas conjuntas...cuando llegué a casa supe que el novio de Laura, Norberto Sant’Angelo, había llamado por teléfono a mi tío para avisarle que, en el momento que estaba por llegar al estudio del Dr. Capitman para encontrarse con sus compañeros, había visto que secuestraban a Laura y la metían dentro de un patrullero mientras alrededor habían personas armadas...según Norberto el operativo era llevado a cabo por personal de la Policía Federal y de las Fuerzas Armadas... dijo que pasaría más tarde por mi casa y que debíamos ubicar enseguida a la familia Capitman...”*

Los patrulleros de la policía llevan siempre un número bien visible que indica la Comisaría a la que pertenecen. Aquel día, sin embargo, el número está tapado por un triángulo, símbolo de las Fuerzas Armadas Conjuntas.

El tío de Adriana Creatore, Roberto, se encuentra con Norberto y “Vera” en un bar. Norberto le da el número de teléfono de la familia Spadavecchia, pero no sabe cómo reaccionar ante la imprevista y dramática situación. Roberto (que ha sido militante radical con Balbín y ha sido encargado de su escolta durante el período de la persecución peronista), le aconseja a los chicos que no vayan a ninguna vivienda conocida. La mejor solución, a su parecer, es fingir ser una pareja y conseguir refugio en un albergue transitorio.

Norberto acepta el consejo de Roberto. Lo cuenta él mismo algunos días después a sus padres, a quienes sin embargo no les menciona la presencia de Silvia o de los demás compañeros de militancia en fuga junto a él.

La clandestinidad ha comenzado hace pocas horas y Alberto Sant’Angelo sale de su casa para encontrarse con su hijo en la zona de Flores. Luego, regresa a casa muy tarde. Hacia la una de la madrugada del 29 de marzo, como recuerda la hermana de Norberto, hombres del Ejército y de la Policía irrumpen en la calle Cuenca 3729. Son muchísimos y rodean la casa, en la planta baja, entrando incluso desde la terraza. Alberto recién ha

salido de la ducha. Su mujer María Garofalo observa por la mirilla de la puerta y le dice al marido: *“Allá afuera está todo el Ejército argentino”*.

Luego corre donde está Claudia diciéndole que se encierre en su habitación y que no se mueva. Los militares derriban la puerta y entran con la ametralladora preparada. Apuntan las armas, quieren saber si se encuentra Norberto. Alberto les responde que no está en casa y que desde hace unos días está con una mujer en el sur del país. Tan pronto como preguntan dónde está la hermana de Norberto, la madre interviene:

“La hermana es menor de edad, déjenla. No sabe nada y no tiene nada que ver con estas cosas”.

No la tocan a Claudia, pero allanan la vivienda por completo. Del cuarto de “Toni” se llevan casi todas las fotografías del chico, muchos textos universitarios, periódicos y revistas. Antes de alejarse, uno de los jefes del grupo armado le dice estas palabras a la madre de Norberto:

“...Laura ha hablado, su hijo está en una situación complicada. Tiene que entregarse porque de lo contrario ustedes están en peligro, todos ustedes. Su hijo es un extremista, señora...”.

Transcurrida la noche, sobre las diez u once de la mañana, Norberto, ajeno a lo que había pasado, llega a Cuenca 3729 y, mientras se dispone a entrar en casa, lo para Amalia Traversa, una vecina, y le dice:

“Andate, anoche registraron tu casa”

“¿Qué pasó, cómo está mi familia?”

“Ellos están bien, pero andate, acá alrededor está todo vigilado”.

Amalia toca el timbre de la familia Sant’Angelo y le avisa a María que Norberto está ahí. La madre, sin salir de casa, le dice a Amalia que lo haga ir enseguida al hijo porque si no lo agarrarán. Pero él insiste, quiere ver a su madre.

Se encuentran por la calle, manteniendo cierta distancia uno del otro. María le comunica al hijo que los militares quieren que él se entregue. Norberto le dice que se quede tranquila, que inmediatamente hablará con sus compañeros.

En las semanas siguientes se ve nuevamente con sus padres, pero les comunica que no se entregará y que, a partir de ese momento, sus vidas se separarán. Según Norberto, de esta manera ellos – sus padres y su hermana – no correrán peligro y en todo caso, si a él le pasara algo, habrá alguien que se los comunicará inmediatamente.

A principios del mes de abril, el clandestino encuentra hospitalidad en la casa de una amiga y compañera de la Juventud Guevarista, su nombre de guerra es “Gabriela”, estudiante de la Facultad de Ciencias Económicas. Como revela “Gabriela” durante esta investigación, su familia, de religión judía, se hace cargo de Norberto durante casi todo el

período de clandestinidad, hasta finales de agosto de 1976. Es ella la que, a veces, se ocupa de traerle su ropa y otros objetos a Norberto. María Garofalo se los entrega a Claudia y “Gabriela” los recibe encontrándola en su escuela.

El otoño de 1976 en Buenos Aires es bastante frío y Norberto, obligado a escapar de casa repentinamente, precisa ropa abrigada. Sigue llamando por teléfono a sus padres y a su hermana, aunque adoptando algunas precauciones.

Siempre llama antes a algunos amigos que viven cerca de su casa para avisarles que, a una hora determinada, llamará al padre o a la madre. La última vez que Claudia escucha la voz de su hermano por teléfono Norberto le dice:

“Soy “Toni”, ¿me das con tu papá?”

Fugitiva desde finales del mes de marzo, solo algunas veces, al principio de la clandestinidad, Silvia Zugazti “Vera” corre el riesgo de ver a su familia regresando a casa. La Policía Federal llega al domicilio de la calle Manuela Pedraza 5161 en el mes de mayo. A partir de ese momento, la chica se vuelve aún más prudente y, por supuesto, jamás se acerca a su casa.

Al principio mantiene las relaciones por medio de un tío materno, yendo incluso a su casa o bien telefoneándole para ponerse en contacto con la madre. En aquella época, el ahijado del tío es un soldado conscripto. Un día, el tío recibe una amenaza anónima por teléfono. Le dicen que, si sigue ayudando a la sobrina, harán desaparecer al “colimba”.

Silvia se ve obligada a interrumpir todo tipo relación con el tío, pero conserva el vínculo con la madre y la hermana gracias a otro pariente, no fácilmente localizable para los represores.

También Norberto encuentra a sus padres en lugares públicos. En mayo o junio, sufre un fuerte dolor de muelas, pero no logra encontrar un dentista dispuesto a curarlo.

Durante aquellas semanas, “Marcos” conoce a “Cecilia” en un bar en el barrio de Flores. Cecilia, en la Juventud Guevarista, es la encargada de Bellas Artes y a ella le corresponde la tarea de evaluar, desde el punto de vista político, a las personas que quieren adherirse al Frente de Artes de la organización.

“Marcos” participa en las reuniones junto a su encargada, Alejandra, y a León, otro amigo que va a una Escuela de Bellas Artes diferente a la suya y que quiere militar en la Juventud Guevarista. Pero “Marcos” no quiere limitar su militancia en el Frente Estudiantil y por esta razón Alejandra le consigue una cita con un dirigente de la JG que tiene contactos directos con el PRT.

Un día feriado de junio o julio de 1976, “Marcos” va a la cita y sube al colectivo N°146, que, del centro, conduce al barrio de La Paternal. No hay mucha gente dando vueltas y,

en el fondo del colectivo, observa a un chico corpulento y de pelo corto. Lo mira por largo tiempo y le llama la atención que el chico llevara en el cuello – circunstancia rara en aquellos tiempos - una bufanda de color rojo y azul del equipo de San Lorenzo. Cuando “Marcos” baja del colectivo el chico también baja y lo sigue. La cita es fijada en una biblioteca privada y, justo en ese momento, “Marcos” descubre que el chico que ha viajado con él en el transporte público es el dirigente de la Juventud Guevarista que tiene que contactar y que, a su vez, constantemente ha observado a “Marcos” durante el trayecto. Es Norberto Sant’Angelo.

Ambos están sorprendidos por la casualidad del viaje que ha precedido la cita clandestina y deciden encontrarse, en un futuro, en un lugar más cerca de sus propios hogares y más tranquilo, Villa Devoto. Así será en las semanas sucesivas. Encuentros rápidos, de pocos minutos, con un “minuto” muy general, siempre en pleno día y en lugares públicos: paradas de colectivos, en la Plaza Devoto, en el Hospital, en la Estación de trenes de San Martín. Siempre pasando material de una mano a la otra, una breve conversación y un apretón de manos final.

Después de algunos meses de la desaparición de “Laura”, en julio, “Toni” le confiesa a su madre que considera ilusorio, a esta altura, el hecho de esperar su regreso. Más aún, sostiene que ha sabido que fue asesinada en un “fusilamiento masivo”.

En agosto se encuentra con Adriana en las cercanías de la estación Callao del Subte. Ha perdido por lo menos 20 kilos, ha adelgazado muchísimo, lleva el pelo cortísimo y de un color diferente, castaño oscuro. La cuñada casi no lo reconoce. Adriana le dice que la mejor solución para él es escaparse lo más pronto posible a Nápoles con la madre, y lo mismo, huir al exterior, lo hará ella también apenas vuelva Laura.

Norberto le responde que no se irá hasta que no aparezca de nuevo Laura, pero él está mal porque sus compañeros de “la orga” se han enterado que ha sido asesinada en la masacre de Pilar del 20 de agosto (día en que los militares sacan a treinta prisioneros recluidos en las salas de la Superintendencia de Seguridad Federal en la Capital, los cargan en un camión, los asesinan y hacen explotar los cuerpos con dinamita en la localidad de Fátima).

A finales de julio o principios de agosto, Alejandra es capturada y su desaparición le quita al Frente de Artes su guía y la conexión entre los militantes de diversas escuelas. “Marcos” sigue encontrándose con Norberto incluso para mantener junto al grupo de Bellas Artes.

Silvia, en reiteradas ocasiones, ve a su madre y a su hermana en Plaza Flores y en Plaza Devoto. Los encuentros en lugares públicos ofrecen mejores garantías de seguridad,

siendo de todos modos peligrosos. Muchas veces, de hecho, los “*blancos*” son capturados gracias al seguimiento de los familiares. Justo por eso, la norma impartida al militante es la de evitar sea como sea estas citas.

Norberto continúa reuniéndose con su padre por las calles de Buenos Aires. Sube al coche de Alberto Sant’Angelo siempre cauteloso, con los ojos fijos en el espejo retrovisor. El 5 de julio, “Vera” se dirige a la casa de “Gabriela” y habla con ella y con Norberto. “Vera” está junto a “Alfredo”, nombre de guerra de un estudiante de Económicas, más grande que ella. “Vera” está clandestina en un lugar que “Gabriela” no conoce y le confía a sus compañeros de militancia que está embarazada de cuatro/cinco meses, pero, envuelta en ropa invernal, es difícil darse cuenta de que la chica espera un hijo. Pero “Gabriela” está segura de este hecho y ella misma ve la panza de “Vera”.

Después de haber rechazado la propuesta del padre de “Gabriela” que quiere ayudarlos a ambos a huir al extranjero, el joven Sant’Angelo, hacia finales de agosto, le comunica que ha hecho una opción de vida y que, por causa de su fuerte compromiso político, se queda en Buenos Aires, pero se ve obligado a cambiar su refugio. Le recomienda a “Gabriela” que deje su casa y que se esconda en un sitio más seguro. No volverán a encontrarse nunca más.

“Gabriela” se toma en serio el consejo de Norberto y, junto a su padre, se refugian en otro departamento en la ciudad. En el hogar familiar se quedan su madre y su hermana más pequeña.

Norberto ve a su padre, por última vez, el 2 de septiembre. Aun no teniendo la seguridad, Alberto se convence de que su hijo vive justo en la zona de Villa Devoto, muy cerca de su casa.

Después de la detención de Alejandra, Norberto fija una cita entre “Marcos” y una militante de la Juventud Guevarista. No le dice su nombre y le comunica a “Marcos” sólo la hora, el lugar y el “minuto” ya definido. Lo mismo hace con la chica. Esa militante es Silvia Zugazti “Vera”.

A comienzos de septiembre, “Marcos” y “Vera” se encuentran en la zona de la Estación de trenes de Villa Devoto y deciden continuar conversando. Se desplazan a un viejo bar enfrente de la estación y donde amplían y modifican el “minuto”. Hablan de muchas cosas: de la militancia, del peligro que corren, de la violencia, de la detención de compañeros, de los estudios y de las ganas de continuar viviendo incluso en aquellos tremendos tiempos.

Deciden encontrarse nuevamente a la semana siguiente. La cita será en un barrio de la Capital, a una hora determinada, caminando a lo largo de la calle. Pero, en ese punto, el

rastros de Norberto y de “Vera” se perderá hasta volver a aparecer, de repente, el día que conduce a sus desapariciones.

Ruben Morresi, por su parte, continúa viviendo en la casa de sus padres en Villa Pueyrredón. La familia no sabe que él es un militante de la Juventud Guevarista, e ignora también que ha encontrado trabajo, como empleado, en una empresa, la Muba Asociados S.R.L., que se ubica a pocos metros de la casa de Luigi Grillo, en la zona de Villa Urquiza. En julio de 1976, le dice a su hermana que tiene novia.

En agosto, en un par de ocasiones, va a la casa de su hermana y de su cuñado y le presenta a los familiares su novia, Susana Parra. En realidad, como relata Victoria Cincotta, el apellido es falso porque la novia del tío es Susana Beatriz Porta, “Lía” en la Juventud Guevarista.

Susana está embarazada, como revela Ruben a su familia, pero, hacia finales de agosto, le confían al tío que la gravidez se ha interrumpido y que han perdido al bebé. Desde aquel momento Ruben ya no se encuentra con sus familiares y él también, como Norberto, vuelve a aparecer, de repente, en Avenida Seguro.

Eduardo Raúl Merbilhaá “Alberto”, como miembro del Buró político del PRT, es el encargado en mantener los vínculos entre el partido y su representación juvenil.

También la esposa de Merbilhaá, nombre de batalla “Alicia”, dirigente del PRT, conoce a “Toni” y a otros exponentes de la Dirección Nacional del organismo juvenil en el período que le sigue al golpe de Estado. Ella cuenta que “Toni” Sant’Angelo es el nuevo encargado nacional de la Juventud Guevarista, cargo evidentemente asumido en el período posterior a la detención y desaparición de “El Negro” Ortiz, primer secretario de la organización juvenil.

Norberto asume la dirección de la Juventud Guevarista cuando ya está en la clandestinidad y, en su nuevo rol político, mantiene relación constante con Merbilhaá.

La Mesa Nacional de la Juventud Guevarista sigue reuniéndose en la más absoluta clandestinidad en la ciudad de Buenos Aires, y Merbilhaá asiste a las reuniones y a menudo se encuentra con los jóvenes. No obstante, es necesario respetar normas de seguridad que después de marzo de 1976 son aún más estrictas.

Una vez también Alicia es conducida a la vivienda donde normalmente se reúne la Mesa Nacional, pero es “tabicada”, es decir que llega a ese lugar sin poder comprender claramente qué camino ha hecho y dónde se ubica exactamente el edificio. No es entonces capaz de reconocer esa casa, pero recuerda un detalle importante porque, en aquella circunstancia, escucha el ruido de un tren que pasa por las cercanías. Se trata de un detalle que nos acerca con fuerza al edificio de Avenida Seguro 3881.

La Mesa Nacional siempre es a las 14.30 hs, y debe reunirse el martes 14 de septiembre de 1976, en la zona de Villa Devoto.

El día anterior, el lunes 13, Alicia va a la “ante cita”, como era costumbre en aquellos años, para encontrarse con algunos compañeros y confirmar la reunión del día siguiente. Nadie se presenta a la cita y Alicia le avisa a Alberto que algo debe haber pasado. Él, aun así, dice que quiere ir de todos modos a la reunión para no dejar desprovistos de contactos y de dinero a los chicos de la Juventud Guevarista.

Ese 13 de septiembre ocurre otro hecho insólito. Norberto le ha dicho a su padre que él vive en una casa junto a una pareja y a otro chico y que esta situación puede despertar sospechas en los vecinos de casa. Es oportuno crear la apariencia de una condición de absoluta normalidad y, sobre todo, mostrar que la casa no es frecuentada únicamente por jóvenes.

Por eso decide invitar a cenar a su padre y a Adriana Creatore porque sus presencias permitirán dar la impresión de una vida familiar normal. La propuesta de Norberto contrasta las normas de seguridad, pero, evidentemente, ha hablado de la cuestión también con Merbilhaá y se ve forzado a optar por una solución arriesgada, como la de permitir que extraños, aunque lleguen al lugar “tabicados”, metan los pies en una base importante de la organización.

Alberto y Adriana aceptan con mucho gusto la propuesta y deciden ir solos, sin implicar a la madre de Norberto. Están listos para dirigirse a Avenida Segurola, pero, a último momento, en la tarde del 13 de septiembre, Norberto telefonea a su padre y le comunica que la cena no se hará.

La detención clandestina de Laura Creatore y de Carlos Capitman se prolonga por todo el período en el cual se desenvuelve la historia contada en nuestra investigación. Recluidos en un principio en las oficinas de la Comisaría N°3 de Buenos Aires, luego casi con certeza fueron trasladados a la unidad especial del Batallón de Inteligencia 601, en Viamonte y Callao. Al día siguiente son llevados a un lugar alejado del centro urbano, y por muchísimos días, siempre encapuchados, los torturan, inclusive con la picana eléctrica.

También son sometidos a tres simulacros de fusilamiento, dejados sin ropa ni alimentos, a pan y agua, como les cuenta Alicia Arriaga a Adriana Creatore y a Francisco Capitman después de haber sido liberada el 15 de abril junto a Carlos Spadavecchia.

Los militares quieren obtener de Laura información sobre su novio y los interrogadores se centran siempre en ese tema. Pero Laura - que probablemente admite formar parte de la Juventud Guevarista - siempre continúa sosteniendo de que no sabe nada de Norberto.

Héctor Ricardo Arias, militante del Frente Oeste del PRT, secuestrado el 30 de marzo de 1976, relata que después de haber sido llevado al campo clandestino Puente 12 de la Brigada de Güemes, con su compañero de militancia Jorge Navarro “el Gallego”, a partir del 24 de abril estuvo detenido junto a Laura Creatore en la Comisaría de Villa Madero, donde se quedan por unos tres días. Luego fueron trasladados a la Comisaría de Haedo, lugar en el que Arias encuentra a Carlos Capitman. Hablando con Laura y Carlos, Héctor deduce que, al principio, han sido capturados cuatro y que todos forman parte del mismo grupo de la Juventud Guevarista. Capitman, por ser judío, es tenido especialmente en la mira por los capturadores que lo asedian. Cuando Arias y muchos otros prisioneros, en torno al 20 de mayo, son llevados a la cárcel de Villa Devoto para ser “legalizados”, Laura y Carlos, en cambio, quedan presos en el campo clandestino de detención.

Los familiares de los chicos presentan recursos de *Hábeas Corpus* y, después de numerosas solicitudes, el Ministerio del Interior comunica que de acuerdo con el Decreto N°39 del 6 de abril de 1976, Laura y Carlos han sido puestos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, pero no indica los lugares de la detención. El juez Sarmiento rechaza la petición de los abogados de los familiares que piden conocer esos sitios.

Adriana Creatore y su tía Haydée Toribio buscan noticias sobre Laura yendo a miles de lugares: al Ministerio del Interior, a la cárcel de Olmos, a la Superintendencia de

Seguridad Federal, a la Comisaría de Haedo y a la Comisaría de Castelar. Intuyen que hay rastros del paso de la chica por aquellos lugares, pero la respuesta es siempre negativa: Laura no está oficialmente detenida en ninguno de estos lugares.

Mientras en la capital es secuestrada Laura Noemí Creatore, en la Provincia de Buenos Aires ocurre otro hecho muy importante. El mismo domingo 28 de marzo de 1976, se lleva a cabo una importante sesión ampliada del Comité Central del PRT en la finca “La Pastoril”, en la localidad de Moreno, provincia de Buenos Aires. En la reunión, presente Mario Roberto Santucho y todos los miembros del Buró Político, participan unos cincuenta cuadros del partido. Entre ellos, también dos invitados de afuera: Edgardo Enríquez, el hermano de Miguel Enríquez, secretario general del Movimiento de Izquierda Revolucionaria–MIR chileno, asesinado en octubre de 1974, y Osvaldo Peredo “Chato”, el hermano de Inti y de Coco Peredo, quienes habían combatido con el Che Guevara en la sierra boliviana militando en el Ejército de Liberación Nacional boliviano.

Carlos Gabetta y María Elena Amadio, junto a otra pareja con hijos, constituían la “pantalla” del encuentro para conseguir que todos pensasen que la quinta La Pastoril había sido alquilada por dos parejas burguesas de vacaciones. Pero la “pantalla” no funcionó.

Los militares, después de haber ubicado el lugar de la reunión, lanzan un ataque el lunes 29 de marzo, hacia las 14.30 hs., pero el grupo del ERP que vigila la propiedad enseguida abre fuego impidiendo que los agresores avancen rápidamente, permitiendo huir a la mayoría de los presentes, entre los cuales, además de Santucho, están Menna y Merbilhaá. Doce militantes son sin embargo asesinados en el lugar o detenidos.

María Elena Amadio, alcanzada por un proyectil en un hombro mientras huía junto a Carlos, quedó en el suelo herida y los militares la mataron, a quemarropa, con un disparo en la cabeza.

Aquel día secuestran también al “Negro” Ortiz, Secretario de la Juventud Guevarista.

Los homicidios y secuestros de los jóvenes guevaristas prosiguen con ritmo incesante por las calles de Buenos Aires.

El 2 de abril, en la zona de Boulogne, fueron asesinados los hermanos Jaime Gerardo Szerzon, de 15 años, y Lía Szerzon, de 19 años.

El 24 de abril fue secuestrado Gabriel Bari “Julián”, uno de los testigos de nuestra investigación. Durante el desarrollo del mismo operativo, también fue apresado Horacio Vennera, encargado de la Juventud Guevarista en la Facultad de Derecho, que ese día habría tenido que encontrarse con “Julián”.

Cinco días más tarde detienen a Rubén Gorbatt, que con “Julián” y con “El Negro” Ortiz, en 1974/75, había compartido muchísimos momentos de militancia política en la emergente Juventud Guevarista.

Conducidos al Departamento Central de la Policía Federal en la calle Moreno, “Julián” y Vennera, con todo, no pasaron a ser desaparecidos, porque puestos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, fueron encarcelados. “Julián” fue liberado en diciembre de 1976 y también consiguieron salvarse Vennera y Gorbatt.

El 20 de mayo, desapareció Javier Gustavo Grebel “Petete”, de 18 años.

El 7 de julio, fueron capturados Alejandro Alfredo Parodi “Palito”, también él de 18 años, Pablo Andrés Dubcovski “Lito”, de 17 años, Hugo Osvaldo Toso “Buggy”, de 17 años, y Juan Carlos Marín, de 18 años.

Al día siguiente, desaparecieron Magdalena Gallardo De Marco, de apenas 15 años, la novia de “Palito”, Julio Alfredo Navarro, de 18 años y María Del Carmen Gualdero “Elena” o “Mari”, de 21 años, estudiante de Filosofía y Letras embarazada de ocho meses.

El lunes 19 de julio de 1976, el Ejército Argentino logró perpetrar el golpe decisivo contra el grupo dirigente del PRT.

Domingo Menna salió del departamento donde vivía junto a Ana Lanzillotto y a su hijo Ramiro, en la calle Venezuela 3145, en la zona de Villa Martelli, al norte de Buenos Aires. Desde hacía poco tiempo, en la misma vivienda, vivían Mario Roberto Santucho y Liliana Delfino. El Partido había decidido que su Comandante se refugiara en el extranjero cuanto antes, y justo esa tarde Santucho y Liliana se irían para Roma, primera etapa de lo que se anuncia como un probable exilio.

La jornada era importante porque, antes de viajar, Santucho debía encontrarse con Mario Firmenich y otros dirigentes de Montoneros, para darle vida a la OLA-Organización para la Liberación de la Argentina, o sea construir un frente unitario de las organizaciones revolucionarias para contrarrestar al Partido Militar en el poder. Pero el encuentro no se concretó después de que Fernando Gertel, enlace de Santucho, comprueba que el enviado de los Montoneros no se presenta a la cita prefijada.

A su vez, Menna tenía que encontrarse con un compañero. No sabía que su amigo ya lo habría entregado a los militares, negociando la captura del dirigente del PRT a cambio de la liberación de su compañera secuestrada.

Poco después del secuestro de Menna, siempre el mismo día, una unidad del Ejército creada con la única finalidad de capturar al secretario general del PRT, al mando del Capitán Juan Carlos Leonetti, hace irrupción en el departamento de la calle Venezuela donde, en el ínterin, también había llegado Benito Urteaga “Mariano” junto a su hijo José

de apenas dos años. Después de la partida de Santucho, Urteaga, el número dos del PRT, dirigiría al partido quedándose en Argentina.

En el enfrentamiento armado ocurrido en la vivienda, Santucho y Urteaga fueron ultimados.

La pareja de Santucho, Liliana Delfino, que no fue herida en la balacera, es secuestrada por el grupo de tareas a ojos vistas del portero del edificio. La pareja de Mena, Ana Lanzillotto, no estaba en el departamento y es capturada horas más tarde al regresar al mismo.

Mientras tanto, en la localidad de San Antonio de Padua en el Gran Buenos Aires, las fuerzas de la represión apresaban también a Fernando Mario Gertel.

Aquel día, después de haberse salvado ya el 28 de marzo, consiguió escaparse del secuestro nuevamente Eduardo Raúl Merbilhaá “Alberto”, miembro del Buró Político del PRT que, con su familia, vivía en el mismo edificio de la calle Venezuela.

Menna, Lanzillotto y Delfino fueron llevados a Campo de Mayo.

Los integrantes del Buró Político que aún quedaban con vida eligieron como Secretario General a Luis Mattini. Merbilhaá continuó desempeñando su función como encargado de tres Frentes del PRT: juventud, legal e internacional.

Las caídas se sucedían sin cesar.

El 23 de julio, desaparecieron Nora Ester Hochman, de 24 años, estudiante de Derecho, y su marido, Alberto César Antebi “Tito”, de 25 años, abogado.

El 27 de julio, los militares capturaron a Clara Haydée Fernández, de 25 años, y a Leslie Ricardo Moore “Quique”, de 18 años.

El 19 de agosto, fueron secuestrados Carolina Sara Segal “Caroli”, de 20 años, y su marido Néstor Adolfo Rovegno “Mariano”. El 20 de agosto, desapareció Guillermo Daniel Binstok “Chino”, de 20 años.

Aníbal Carlos Testa “el Cordobés” y Elena Cristina Barberis “la Gringa” se convirtieron en desaparecidos el 11 de septiembre, después de la toma por asalto de su vivienda en Avenida Magariños Cervantes 3240.

Ese mismo día, los represores secuestraron a José Alberto D’Angelis, de 22 años, y a su mujer Silvia Beatriz Sánchez, de 23 años, estudiantes de la Facultad de Ciencias de la Información.

La noche del 13 de septiembre de 1976, alrededor de las 23.00 hs., la misma suerte le tocó a Noemí Josefina Jansenson, de 19 años, embarazada, y a su marido Miguel Sergio Arcuschin, de 20 años, estudiante de Económicas, llevados de su domicilio en la calle

Colombes 31 en Buenos Aires. Son amigos de “Julián”, con quien han estudiado en el Colegio Carlos Pellegrini, pero desde 1974 nunca se han vuelto a encontrar.

En los días 13 y 14 de septiembre de 1976 se desarrollan los hechos que, en rápida secuencia, involucran a los protagonistas de nuestra investigación.

El operativo que conduce al secuestro de Patricia Erb empieza alrededor de la medianoche del 13 de septiembre en el hogar de la familia Erb en Buenos Aires, en la calle Belén 649 en el barrio de Floresta. Un grupo de unas diez personas, armadas con ametralladoras y vestidos de civil, invade el departamento donde la chica está durmiendo con sus padres y sus hermanos.

Los militares buscan a una mujer que se llama “Cindy”, pero no tienen idea de quién es. Allanan la vivienda, al principio sospechan de una mujer que, aquella noche, es huésped en la casa de los Erb. Para evitar su arresto, Patricia admite ser “Cindy”. Ese es, de hecho, su nombre de guerra en la Juventud Guevarista.

Se la llevan, y mientras Patricia es conducida clandestinamente a Campo de Mayo, el reverendo Erb enseguida comienza a presionar incesantemente a las autoridades estadounidenses, con el fin de que intervengan inmediatamente frente los argentinos para obtener la liberación de su hija.

La Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires está dirigida por Raimond Hill y el Director del Departamento de Estado en Washington aún es Henry Kissinger, ya Secretario de Estado con Richard Nixon. Kissinger había mantenido el cargo incluso con la nueva presidencia de Gerald Ford, sustituto de Nixon después de su dimisión tras el escándalo Watergate.

Los funcionarios de Hill transmiten cables a Washington en los que se señala el caso de la chica norteamericana. La noticia del secuestro de Patricia Erb, claramente porque es ciudadana estadounidense, tiene una amplia repercusión más allá de Argentina y aparece incluso en los titulares latinoamericanos, en especial en los periódicos mexicanos.

La edición de *El Sol de México* del 17 de septiembre de 1976 encabeza así su artículo: “*Secuestran a la hija de un misionero norteamericano*”. El diario *Excelsior* del 16 de septiembre, cuenta con abundancia de detalles lo que ha pasado en Buenos Aires en el artículo “*Secuestran en Argentina a una joven estadounidense, tiene 19 años y es hija de un misionero menonita*”.

Según el periodista, el lunes 13 de septiembre algunos hombres armados han entrado en la casa del pastor John Delbert Erb y se han llevado a su hija. Es la primera ciudadana estadounidense capturada en Argentina desde febrero de 1975, mes en el que un

comando montonero había secuestrado y matado a un cónsul estadounidense en la ciudad de Córdoba, John Patrick Egan. Según el periodista, el pastor Erb ha escuchado llamar a su puerta y, cuando la ha abierto, han entrado tres hombres armados que lo han obligado a levantar las manos. Él, su esposa, dos de sus tres hijos y una mujer que en aquel momento era una huésped en la casa, han sido llevados a la sala comedor. Ahí han sido esposados y les han tapado los ojos con vendas. Los desconocidos buscaban a una mujer llamada “Cindy”. Han interrogado a la huésped y a los chicos y parecían haberse convencido de que la mujer no estuviera en casa. Después han interrogado a Patricia, que en aquel momento estaba en una habitación en la planta superior, que ha admitido ser ella la persona que estaban buscando.

Informaciones muy detalladas se encuentran en los documentos confidenciales que la Embajada estadounidense de Buenos Aires envía, en aquellos días, al Departamento de Estado. En un comunicado del 15 de septiembre, el redactor del informe notifica que, según lo relatado por el pastor Erb, uno de los secuestradores ha mencionado el nombre de Patricia (en realidad, el nombre de guerra “Cindy”) que ha sido proporcionado por un amigo suyo que, en aquel momento, está preso.

El pastor Erb, conforme a la nota, está convencido de que el secuestro es obra de las Fuerzas de Seguridad porque un vecino de la casa ha sido invitado por un hombre que vestía un uniforme de la Policía a quedarse en su casa mientras se desenvolvía la operación. A continuación, el mismo vecino ha telefonado a la Policía para pedir información y se ha enterado de que se está llevando a cabo un operativo de seguridad. Algunas personas, luego, le cuentan al padre de Patricia que las calle que llevan a sus casas están cerradas por hombres que parecen ser con toda evidencia policías.

En una nota confidencial de la Embajada estadounidense ha sido señalada otra circunstancia absolutamente singular, claramente relatada a los funcionarios por el pastor menonita. Efectivamente, el grupo de secuestradores – que de ninguna forma se había identificado como pertenecientes a las fuerzas policiales o militares - antes de abandonar la casa llevándose consigo a Patricia, habían escrito en las paredes algunas pintadas: “Traición = Muerte” y “Juventud Guevarista y PRT unidos”.

Como también ha acontecido en otros episodios, en algunos casos sorprendentes, de muerte o secuestro de ciudadanos de otra nacionalidad en el territorio argentino, tal comportamiento deriva de la preocupación de los represores. Dado que la víctima de la desaparición es una chica estadounidense, sabían que el secuestro de Patricia podría haber creado problemas en las relaciones diplomáticas con E.E.U.U. De ahí el torpe

intento de engañar a los familiares para tratar de convencerlos de que el secuestro no era una acción de las Fuerzas de Seguridad sino de un grupo de izquierda revolucionaria.

Sabiendo que “Cindy” era militante de la Juventud Guevarista, piensan en dejar en el “lugar del delito” la prueba tangible del hecho de que el secuestro había sido efectuado precisamente por la organización juvenil del PRT, porque “Cindy” habría traicionado al grupo y estaba por consiguiente condenada a muerte.

Pero ahora, en septiembre de 1976, siete meses después del golpe, a estas pistas falsas ya les queda poca vida y desde el primer momento ninguno cree en ese indicio, producto de un claro intento de engaño, sea para la familia como para el ambiente diplomático estadounidense.

La mañana del 20 de septiembre de 1976, el reverendo Erb concede una entrevista al corresponsal local de la importante red televisiva norteamericana *CBS* en la que acusa a las autoridades de la Policía Argentina de haber secuestrado a su hija. Estados Unidos, a través de los informes del Departamento de Estado al Ministerio de Relaciones Exteriores, y mediante numerosos encuentros personales, ejerce una fortísima presión sobre los militares para obtener la liberación de la ciudadana. Transcurridas sólo veinticuatro horas del secuestro, el 15 de septiembre empiezan a celebrarse varias reuniones entre los representantes consulares estadounidenses y las autoridades argentinas. El estadounidense Muller se encuentra con el Dr. Ruiz, director del Servicio Penitenciario de Villa Devoto ya que, desde el primer instante, se piensa que Patricia después de su secuestro ha sido llevada a una cárcel de Buenos Aires. En la misma jornada, Muller se encuentra con el Dr. Rodríguez Graham, representante del Servicio Penitenciario Federal Argentino. Luego aún, entre el 16 y el 20 de septiembre hay otros encuentros entre representantes consulares americanos y representantes de las instituciones argentinas.

El 21 de septiembre, el miembro del Consulado de Estados Unidos Withmann se encuentra con el Coronel Ruiz Palacios, Oficial de Asuntos Políticos al servicio del Ministerio del Interior Argentino y, en los días 30 de septiembre y 4 de octubre de 1976, Withmann habla del caso de Patricia con el Capitán Seisdedos, Oficial al servicio del Ministerio de Asuntos Exteriores Argentino.

XII

En tanto, Rosaria y Venancio han aceptado la sugerencia de Luigi Grillo y se han mudado a la vivienda ubicada en Avenida Olazábal 5125, con la esperanza de que el cambio de domicilio aumente la posibilidad de evitar la captura.

Sin embargo, Luigi Grillo está convencido de que los represores, después de todo, no les dejarán ninguna posibilidad de escapatoria a los dos militantes políticos. Ya se ha dirigido a las oficinas del Consulado Italiano para solicitar toda la documentación que le servirá a Rosaria para expatriarse y huir a Italia. Pero los represores llegaron antes de la fuga.

En la madrugada entre el 13 y el 14 de septiembre, sobre las 4.20 hs, tres o cuatro personas, vestidas de civil, después de haber tocado el timbre del departamento de Luigi Grillo, golpean con fuerza la puerta de entrada intimando:

“Abran, Policía”

Preparan las armas y uno de ellos le apunta una pistola en la cabeza a Luigi, que junto a su mujer Luisa son llevados y retenidos en el dormitorio. Mientras tanto, Rosaria y Venancio son interrogados en el comedor. Luigi escucha la pregunta que le han hecho a uno de los dos jóvenes:

-“No te hagás el duro y decime enseguida dónde está la “máquina”

El departamento es puesto patas arriba. Pasa casi una hora y Luigi oye a unos de los dos chicos que grita diciendo:

“Yo no me quedo, llévenme también a mí”

Vuelve otra vez el silencio y nadie contesta a los llamados de Luigi y de Luisa que, en un momento dado, se dan cuenta de que los policías se han ido llevándose consigo a los dos chicos.

Muchos objetos han desaparecido del departamento: una máquina de escribir (tal vez la *máquina* que los militares estaban buscando), varias prendas de vestir y una suma de dinero de alrededor de un millón de pesos.

Tanto Luigi Grillo como Venancio Joaquín Basanta van al domicilio anterior de sus hijos: la puerta de entrada del departamento está rota, todo tirado por el suelo, desordenado y muchas cosas han desaparecido. Los muebles, las persianas, hasta las cortinas están dañadas.

El portero del edificio de Enrique Santos Discépolo le cuenta a los familiares que en el edificio han entrado algunas personas vestidas de civil pero con armas de guerra. Se han

presentado como policías y lo han intimado a que abra la puerta del departamento de Rosaria y Venancio para proceder a una inspección.

Luigi Grillo hace su primera denuncia de secuestro al promediar aquel día, a las 23.00 hs. del 14 de septiembre de 1976, en la Comisaría 39 de Buenos Aires, en Avenida Olazábal, a pocos metros del lugar de la captura de los dos jóvenes. En el acta declara tener ciudadanía italiana y ser el hijo de Filomena Russo y Salvatore Grillo. Tiene cincuenta y cinco años y desde hace veintinueve reside en Argentina.

Denuncia que, hacia las 4.30 de la madrugada, algunas personas desconocidas lo han obligado a abrir la puerta después de que se han identificado como policías. Tres personas de sexo masculino han entrado con pistolas, las han apuntado contra los presentes y, después de haberles dicho a todos que se quedaran tranquilos, lo han llevado a él y a su mujer al dormitorio. La hija y el yerno, entretanto, eran interrogados por los policías que, finalmente, después de más o menos una hora, se han ido llevándose a los dos jóvenes.

Cuenta que una vecina ha indicado que, mientras se llevaba a cabo el operativo policial, en la calle estaban parados un automóvil de la Policía Federal y una camioneta en cuyo interior había militares uniformados.

Unos días después del secuestro, el lunes 20 de septiembre de 1976, por la tarde, Venancio Joaquín Basanta se dirige a la sede de la empresa MUBA Asociados S.R.L., que por aquel entonces se ubicaba en la calle Blanco Encalada 2466, en Villa Urquiza, a pocos pasos del hogar de la familia Grillo en Avenida Olazábal. A Basanta lo espera uno de los dueños de la compañía.

El arquitecto Mario Muguerman le dice que está asombrado por el hecho de ausentarse del trabajo María Rosaria Grillo, ausencia que ya duraba desde hacía días. Añade que Rosaria se había ido, de repente y sin justificación, a la misma vez que había desaparecido también otro empleado, Ruben Osvaldo Morresi, domiciliado en el barrio de Villa Devoto en la calle Nueva York y Segurola. Los dueños de la Muba consideran que los dos jóvenes son excelentes empleados y, justo por eso, han querido corroborar personalmente qué ha ocurrido. El viernes 17 de septiembre, el arquitecto Muguerman se había encaminado a las casas de Rosaria y de Ruben. En el domicilio de la chica no había nadie y la portera del edificio había dicho que la pareja estaba ausente de casa desde principios de semana. Luego, ya en la casa de Morresi, la portera del edificio le había dicho que el joven había muerto, junto a otras personas, durante un operativo de las fuerzas de seguridad conducido hacia las 3.00 hs. de la madrugada del 14 de septiembre.

Este episodio ha sido relatado incluso por la prensa de Buenos Aires, en especial por el diario *Clarín*, en los días posteriores. Muguerman manifiesta que María Rosaria Grillo ha sido contratada como empleada desde hacía unos seis meses, tras haber sido presentada a los dueños de la empresa precisamente por Ruben Osvaldo Morresi.

El día sucesivo de este encuentro, el martes 21 de septiembre de 1976, durante las primeras horas de la mañana, los militares irrumpen en la casa de Venancio Joaquín Basanta, en la ciudad de Ramos Mejía, en la calle Paso 1055. Son cinco, y después de haberse identificado como policías, ocupan el departamento por un par de horas. Tienen armas de guerra pero están vestidos de civil. Llevan todos un brazalete amarillo, de unos cinco o seis centímetros. Todos revuelven los muebles de la casa, tirando por el suelo todo tipo de objetos. Luego, el que se presenta como el jefe del grupo, empieza a interrogar a las personas presentes y a tomar nota de las respuestas dadas. Las preguntas se refieren a Venancio y a Rosaria, pero los policías además piden información sobre las actividades de cada miembro de la familia Basanta. Antes de marcharse del departamento, amenazan a los presentes.

Venancio Joaquín Basanta pregunta si el operativo ha terminado y a qué fuerza policial o militar pertenecen. El jefe del grupo, contestando claramente sólo a la primera pregunta, exclama:

“Lamentablemente sí, no nos llevamos lo que queríamos”

A continuación, dirigiéndose al jefe de familia, le advierte con estas palabras:

“Portate bien y divertite sanamente, porque de lo contrario sabés el riesgo que corrés”.

A esa altura el grupo se va y uno de los policías se sube a un auto de color bordó, probablemente un Peugeot.

De la casa han desaparecido muchas cosas: una calculadora, un reloj pulsera, un anillo de oro con un rubí, un par de gemelos de oro, otro anillo de mujer, una radio, un revólver calibre 32, una pistola calibre 22, una suma de dinero que ascendía a unos 600.000 pesos, varias monedas extranjeras, una cadena de oro con una medalla y un anillo de oro de mujer con piedras.

Como recuerdan las hermanas de Rosaria Grillo, en los primeros días después del secuestro, los Basanta reciben algunas llamadas telefónicas anónimas. Una persona desconocida dice saber dónde se encuentran los dos jóvenes y tranquiliza a los familiares diciendo que Rosaria y Venancio están bien y que “comen lentejas”, aludiendo de esta manera a las comidas de olla, es decir lo que es normalmente consumido en las grandes cocinas militares. Por supuesto, se trata de una puesta en escena y las llamadas, casi seguro, son obra de los mismos represores que han secuestrado a los dos jóvenes.

Según el testimonio de los sobrevivientes y de los familiares, los represores usaban a menudo métodos perversos como este con la finalidad de engañar a las familias y evitar que recurran con insistencia a las autoridades para tener noticias de los desaparecidos, telefoneaban directamente a los parientes u obligaban a los mismos secuestrados a que llamaran a casa para tranquilizar y evitar, sobre todo, que pidan noticias y denuncien los hechos.

En sus comunicados oficiales, las autoridades de la Policía y de las Fuerzas Armadas declaran ignorar los paraderos de Rosaria y Venancio, jamás oficialmente arrestados.

A ese punto, el 24 de septiembre de 1976, diez días después del secuestro, Venancio Joaquín Basanta presenta un recurso de *Hábeas Corpus* cuestionando la veracidad de la información suministrada al Juez Federal. Añade otros detalles y escribe que el secuestro del hijo y de la nuera, para él, ha sido efectuado por las mismas fuerzas que han procedido, bajo el Comando de Defensa N°4, en los operativos desplegados en la zona de Segurola y Nueva York y que existe un vínculo estrecho entre los hechos ocurridos en Avenida Olazábal con los que han involucrado a Ruben Osvaldo Morresi.

Al otro día, el periódico *La Opinión*, siguiendo una línea editorial estrenada algunos meses antes, publica la noticia de la presentación al juez, de parte de Venancio Joaquín Basanta, de los recursos de *Hábeas Corpus* a favor del hijo y de la nuera.

El diario, dirigido por Jacobo Timmerman, no sostenía al régimen militar y publicar una columna con breves noticias acerca de las denuncias de los familiares de los desaparecidos, constituía un medio para manifestar la propia disconformidad frente a la dictadura. En abril de 1977, Timmerman será secuestrado y, entre otras cosas, lo acusarán de haber publicado una columna de *Hábeas Corpus*, hecho que, según los militares, era una prueba del trabajo realizado por el diario para debilitar la guerra contra la subversión.

XIII

Los secuestros de Patricia Erb, Rosaria Grillo y de Venancio Basanta han sido vividos también por sus familiares. Ellos son quienes nos han contado la verdad, además, por supuesto, la misma Patricia.

Reconstruir el operativo de Villa Devoto es por lejos más difícil. Poseemos información suministrada por los habitantes de la zona y por las noticias publicadas en aquellos días en los periódicos de Buenos Aires y en la revista del ERP "*Estrella Roja*". Hasta hoy los militares tienen interés en ocultar la verdad.

A lo largo de nuestra indagación, hemos localizado a una mujer de nombre Elsa, que en el 1976 vivía en ese edificio y ha sido testigo ocular de lo ocurrido en la noche del 13 al 14 de septiembre.

La vivienda atacada por las fuerzas conjuntas de seguridad está situada en el segundo piso de un edificio que, incluso en la actualidad, se encuentra en Avenida Segurola número 3881, en el cruce con la calle Nueva York. La entrada principal del edificio da a la Avenida Segurola. El contrafrente mira a la calle Nueva York. Las ventanas y el balcón del departamento del segundo piso se encuentran en la parte posterior del edificio: en el año 1976, este baldío lleno de maleza es el camino más rápido para llegar a la calle.

Elio y Elsa Morresi ignoran que el hijo sea inquilino de una vivienda en Avenida Segurola y, solamente después del operativo del 14 de septiembre, como cuenta Victoria Cincotta, descubren que Ruben había alquilado ese departamento a la Inmobiliaria Cifre de Buenos Aires.

Según información suministrada por su familia a los organismos de derechos humanos, Susana Beatriz Porta vive en la misma calle, al 1400 de Avenida Segurola. No obstante, es probable que la información sea errónea y que Susana no les haya comunicado a sus familiares el número exacto del edificio en el que se ha ido a vivir.

Como recuerda Elsa, la vecina, el departamento en el segundo piso está ocupado por una pareja de jóvenes sin hijos. Él es un arquitecto, el hijo de un constructor muy conocido en el barrio de Villa Urquiza, y ella una chica rubia. La pareja descrita por la mujer es fácilmente reconocible: el arquitecto es Ruben y la chica rubia es Susana Porta.

Según el recuerdo de Elsa, a veces, por las noches, llega un chico morocho y los jóvenes se dedican, sobre todo, a transportar cajas por las escaleras del edificio.

Claudia Sant'Angelo cuenta que, cuando su padre va a Avenida Segurola, después del 14 de septiembre, un testigo lo describe a Norberto como un chico educado y amable, que

saludaba a los inquilinos y que, antes de entrar al ascensor, cedía siempre el paso a los demás.

Marisa Zugazti recuerda haber visto a su hermana, por última vez, en Plaza Flores. Su madre y ella la encuentran sobre las cinco de la tarde. Silvia está con un chico, pero Marisa no se recuerda quién es. El encuentro es breve. Los dos chicos le entregan a Marisa una tarjetita para su cumpleaños, porque el 16 de septiembre cumplía 15 años. La hermana de Silvia no se acuerda exactamente la fecha de ese encuentro. Sin embargo, no caben dudas de que ha sido entre el 13 y el 15 de septiembre de 1976. La última imagen de aquel día que le ha quedado patente a Marisa es esta:

“Los vimos tomar un colectivo y les dijimos chau...ellos detrás de la ventanilla y nosotros desde la vereda”

El relato de Claudia sobre la tarde del 13 de septiembre es emocionante porque ese día, en la zona de Villa Devoto, pocas horas antes de la desaparición, los hermanos Sant'Angelo, sin saberlo, están a pocas cuadras el uno del otro. Cuenta:

“La tarde del 13 de septiembre yo estaba en Plaza Devoto, a poca distancia de Avenida Segurola...recuerdo camiones, camiones y camiones del Ejército...era terrorífico. Era un día nublado, no me acuerdo si había llovido. Eran las seis de la tarde y yo me quedé parada mirando todo eso y después seguí...estaba yendo a estudiar química...estaba en el último año de la escuela secundaria...jamás habría podido pensar que mi hermano estuviera allí, que ese operativo tendría que ver con Norberto. Sólo mucho tiempo después, supe que aquel día estaba muy cerca de él...los camiones del Ejército eran muchísimos, muchísimos...ellos, los chicos, fueron rodeados mucho tiempo antes...el operativo comenzó en aquel momento y creo que ha terminado hacia las diez u once de la noche...”

Casi seguro, Jorgelina Domínguez ve a su hija María Eugenia López Calvo, por última vez, el 13 de septiembre. Comen en una pizzería en el barrio de la Chacarita. Cuando se despiden, Jorgelina se dirige a la escuela donde enseña y María Eugenia dice que irá a su Facultad. Algunas horas más tarde, entra en el departamento de Avenida Segurola.

Cuando se activa el operativo de las Fuerzas de Seguridad, en el departamento del segundo piso están presentes Ruben Morresi, Susana Porta, María Eugenia López Calvo y Norberto Sant'Angelo.

Por lo reconstruido en nuestra investigación, Silvia no es apresada en el domicilio de Villa Devoto. Todos los testimonios de las personas que asisten al procedimiento concuerdan sobre este decisivo aspecto: los chicos son cuatro, dos varones y dos mujeres. Hasta hoy no sabemos concretamente cuándo y dónde Silvia ha sido secuestrada.

Es muy probable, sin embargo, que ella haya sido capturada simultáneamente o, como mucho, en las 48 horas siguientes al término del operativo militar en Villa Devoto.

La historia comenzó apenas unas semanas antes, a finales de agosto y los primeros días de septiembre de 1976, cuando Ruben y Susana deciden irse a vivir a Avenida Seguro. No se trata de una elección de vida personal porque ha sido el PRT y el grupo dirigente de la Juventud Guevarista los que eligen aquel departamento como base clandestina de la organización. La presencia de la pareja servirá para no despertar sospechas entre los vecinos. Por esta razón, también el nuevo responsable nacional de la Juventud Guevarista decide abandonar la casa de “Gabriela” e irse a ese lugar.

Sin embargo, al revés de los clandestinos Norberto y Silvia, Ruben no contempla el hecho de que corra peligro inminente su vida. Más bien, está seguro de que no puede ser ubicado por los militares. Alquila el departamento con su verdadera identidad y continúa trabajando, hasta el día de su desaparición, en la empresa Muba.

Ruben, incluso, hace algo absolutamente inexplicable para un militante que tiene que obedecer las normas de seguridad que sirven para proteger la propia vida y la de sus compañeros: les hace saber a los gerentes de la Muba la dirección de su nuevo domicilio en Villa Devoto. También María Rosaria Grillo, como su compañero de trabajo Morresi, continúa manteniendo su mismo estilo de vida, si bien ya se prepara para huir a Italia.

Los operativos que, de manera coordinada, se despliegan en la noche del 13 al 14 de septiembre de 1976, derivan seguramente de información correspondiente a nombres, militancia y costumbres de vida de los chicos, facilitada por un infiltrado o por una persona torturada inmediatamente en los días anteriores.

Será Patricia Erb, después de su liberación, quien revele que los militares, en Campo de Mayo, sabían todo y que tenían organigramas exactos de los grupos que querían aniquilar. La noche del ataque en Seguro, las Fuerzas de Seguridad no se mueven de forma confusa.

En efecto, no vuelven a allanar la casa de Norberto y de Silvia (la habían “visitado” en marzo y en mayo), ni allanan la de María Eugenia López Calvo como tampoco la de la familia Morresi. Analizan lo que han encontrado en las viviendas y empiezan a hacer funcionar la picana. Esperan y vuelven al ataque.

Después de quince días, el 28 de septiembre, los militares irrumpen en la casa de “Gabriela”, donde viven solamente su madre y su hermana de cinco años, y torturan a la mujer que no cuenta nada. Por medio de alguna información obtenida de la niña, ubican el departamento secreto en Villa Crespo que “Gabriela” y su padre usan en aquellas semanas. Pero la chica, desde hacía unas horas, ya se estaba escapando a Uruguay.

Después de cuarenta años, no existe certeza de la hora del comienzo del operativo, ni del tiempo de duración del mismo. Algunas personas informan a los periodistas que todo ha empezado hacia las 23.00 hs. del 13 de septiembre. Por el contrario, la persona que el 17 de septiembre habla con el arquitecto Muguerman le dice que a Morresi lo mataron alrededor de las 3.00 hs. de la madrugada del 14 de septiembre. Sin embargo, es lo suficientemente claro que el operativo se ha desarrollado por un tiempo muy largo y que, en la zona, los vecinos oyeron el ruido intenso y prolongado de un larguísimo tiroteo.

La actuación militar concluye más allá de la medianoche, incluso quizás en las primeras horas del 14 de septiembre. El testimonio de la persona que dice que Ruben ha muerto a las tres de la madrugada nos indica el momento en el que el operativo termina, no en el que empieza.

La modalidad de los operativos que permiten el secuestro de Patricia, Rosaria y Venancio no es la misma. Como explican Claudia Sant'Angelo y Elsa, la maniobra de las Fuerzas en Villa Devoto es imponente, considerablemente superior a la que normalmente emplean para lograr la captura de personas en un departamento. El Ejército y la Policía, evidentemente, saben que en Avenida Segurola podrán capturar al grupo dirigente nacional de la Juventud Guevarista. Además, temen que los jóvenes se defiendan empuñando armas.

Elsa ve a los chicos que desde el segundo piso arrojan afuera una bomba de humo, pero hoy parece claro que los jóvenes responden al ataque a mano armada. El enfrentamiento es violento, intenso y muy largo. Por los relatos de aquel entonces, sabemos que los agresores, cercado el edificio por todas partes, intiman a las personas a que se encierren en casa y a que no salgan, y esta circunstancia hoy es confirmada por nuestro testigo.

Este modo operativo, con todo, no hubiera sido necesario si los militares se hubieran enfrentado a personas desarmadas que no se podían defender de ninguna forma. En tal caso, la acción hubiese sido instantánea y los represores enseguida habrían hecho irrupción en el departamento, atrapando a los presentes.

Como recuerda hoy la hermana de Norberto, un testigo ocular de aquellos episodios le confirma a su padre Alberto que los jóvenes se han defendido con armas.

El edificio está rodeado por un número enorme de militares y policías, y los reflectores iluminan como si fuera de día el bloque de departamentos en el que están atrincherados los chicos. Cuando las Fuerzas de Seguridad empiezan a acercarse a la vivienda, los jóvenes guevaristas no se dejan tomar desprevenidos del todo. El departamento tiene un balcón que da a la parte de atrás del edificio, donde está el terreno baldío. Los chicos piensan en el escape y preparan una cuerda anudando unas sábanas.

Un testigo le cuenta a Alberto Sant'Angelo que una persona que vive en planta baja, viendo a Norberto deslizarse del balcón con la cuerda, le dice:

“¡Ey, pibe, no lo hagás!

Y él le contesta:

“No se preocupe por mí, enciérrese adentro”

Elsa confirma que aquel hombre es un discapacitado que vive en la planta baja del edificio y que, en aquellos años, ha hecho una suerte de acceso privado, un atajo que, desde el edificio, pasando por la plazoleta posterior, le permite llegar fácilmente a la calle. También “Cecilia” usa esa cuerda, pero, cuando llega a la calle, ni ella ni “Toni” consiguen escapar. Heridos, enseguida son capturados.

No sabemos si incluso “Quique” y “Lía” tratan de huir. De todos modos, sus suertes son diferentes a las de los demás compañeros: los dos chicos son asesinados en el lugar, en Avenida Seguro, casi con certeza en el departamento.

Elsa se refugia bajo la cama, junto a su hija, ni bien empieza el fortísimo tiroteo. Consigue, en todo caso, escuchar lo que continúa pasando afuera. Oye claramente una especie de proclamación pronunciada por una chica. Es la voz de “Lía”.

Gritando desde el balcón, la joven guevarista dice:

“Vecinos de Villa Devoto, sepan que vamos a morir. Vecinos de Villa Devoto, sepan que morimos por Santucho”.

Los militares la insultan:

“¡Levantate la pollera, perra, puta...!”

Cuando cargan las armas para lanzar el ataque y entrar en el departamento subiendo por las escaleras del edificio, entonan un rezo. Para asesinar, los represores rezan el Padre Nuestro.

Lo dicho por un testigo a Alberto Sant'Angelo confirma las palabras de Elsa sobre el crimen cometido en Villa Devoto. Antes de ser asesinada, la indomable “Lía” se dirige a los represores gritando estas palabras:

«Matame, pegame al corazón, cobarde, hijo de puta... Viva Santucho...»

Norberto y María Eugenia son cargados en dos autos Ford Falcon y conducidos a Campo de Mayo. Los cuerpos de Ruben y de Susana – quizás bajados por el balcón del segundo piso - son llevados a un lugar desconocido.

Marcos recuerda así aquella noche de septiembre de 1976: *“Había acabado de estudiar y volvía del barrio de la Boca en el colectivo 108 y cerca de la una de la madrugada, en Devoto, nos topamos con un operativo enorme...veo, en ambos lados de la calle, diversos camiones del Ejército, patrulleros de la Policía Federal, autos particulares (más que nada*

Ford Falcon verdes)... creo acordarme de un camión blindado o algo por el estilo...había militares y civiles, todos con armas largas desparramados por las vías...y del otro lado de la calle, otros militares y civiles, tranquilos, casi acostados...el colectivo, prácticamente, pasaba por un operativo ya concluido. Se precisaron cinco, diez minutos para transitar, para mí una eternidad, temía que fuese una pinza...

Primero, me sentí perdido, pensé que iba a caer, aunque no tuviese nada encima, era un joven estudiante y militante político (sorprendido, preocupado, atemorizado, reflexiono y planeo instantáneamente un "minuto", pienso en lo que llevo encima, estaba en el asiento de atrás [en ese orden] y me tranquilizo, todo automáticamente y en unos instantes, no podía ni bajarme ni tirarme. El colectivo dobla a la izquierda al salir de las vías por la calle Segurola...Me enteré por información policial que hubo un "enfrentamiento" y que habían abatido a cuatro personas, un enfrentamiento extraordinario casi sin disparos, sin heridos, sin zozobras, sólo despliegue uniformado y de civil, oficial, no parecía casual, sino que llegaron todos juntos, algo planeado para entrar por sorpresa; eso significaba un operativo sin respuesta armada, que eran muy comunes, sólo resistencia física, corridas, escapes o demoras por otras circunstancias. El PRT-ERP quería y tenía que saber qué pasó. Los primeros días empecé a hacerlo, y a partir del día siguiente por varios más, pasé en horas del día por un sendero lleno de árboles entre los edificios que eran linderos a las vías y a Segurola y terminaba, justamente en Segurola, Nueva York y la barrera de las vías. Al primer y segundo día de pasar, detrás de la casa, casi en la salida había un policía federal uniformado cerca del paredón, cosas tiradas y desparramadas, papeles rotos, muchos, maderas, utensilios, de todo desparramado por un radio que abarcaba el paredón y el caminito de tierra que serían tres metros a la redonda; en los días siguientes, la misma situación, algún policía de civil, algún patrullero en la calle; a la semana, ninguna vigilancia. Me iba acercando (como vecino curioso) viendo restos de prensa militante, apuntes, papeles...".

Aquella misma noche los militares convocan a Antonio Cifre que ha alquilado el departamento a Ruben Morresi. Antonio le dice a su hijo Claudio, que tiene solo 13 o 14 años, que se vista y vaya con él. Cuando llegan a Avenida Segurola, Claudio ve la calle llena de policías y militares y recuerda que el pasillo estaba destruido. Sin embargo, los militares dejan que entre al departamento solo a su padre.

Los hechos ocurridos aquella noche, por el intenso volumen de disparos y por la severidad del enfrentamiento, suscitan mucho clamor. Tanto es así que los periodistas se abalanzan al lugar para obtener información y los diarios difunden enseguida la noticia.

El vespertino *La Razón* del 14 de septiembre, en un artículo titulado “*Procedimientos Antisubversivos con bajas para los extremistas*”, dice que, durante la noche, militares y policías han efectuado un operativo antisubversivo en Segurola casi esquina Nueva York, junto a las vías de la estación de ferrocarriles de Villa Devoto, y que el hecho ha provocado una fuerte alarma entre los residentes que han escuchado muchos disparos de armas de fuego. Según el periodista, el operativo ha empezado un poco antes de la medianoche, ha terminado en la madrugada del 14 de septiembre, y se ignora si hay víctimas o detenidos.

El diario *Clarín* del miércoles 15 de septiembre (N° 10968), pág. 4, titula “*Abaten a 8 extremistas*”. En la nota se sostiene que fuentes de la Policía han revelado que por lo menos dos extremistas, un hombre y una mujer, han muerto en el intento de resistirse a un procedimiento cumplido en el barrio de Villa Devoto donde, en torno a las 23.00 hs. de la noche del 13 de septiembre, los vecinos del lugar habían oído fuertes disparos en las cercanías de la zona de Segurola y Nueva York. A continuación, según el diario, se ha sabido que el procedimiento de represión se ha llevado a cabo en un departamento ubicado en la calle Segurola N° 3881, en el segundo piso, y que en ese lugar, las Fuerzas de Seguridad han encontrado resistencia por parte de elementos subversivos y ha surgido un intercambio de disparos en el cual dos personas, un hombre y una mujer, han muerto.

Dos días después, el viernes 17 de septiembre, el diario *Clarín*, N°10970, pág. 2, vuelve de nuevo a la noticia y a dar información general e imprecisa, sea del lugar donde se ha desarrollado el procedimiento represivo, sea acerca del número de personas asesinadas o heridas. La crónica periodística se titula “*Ultimaron a otros once extremistas*”, y el periodista señala que, según el Comando de Defensa N°4, durante los dos operativos desplegados en Villa Devoto en la capital, y en Olivos en la Provincia de Buenos Aires, han muerto siete terroristas.

El comunicado oficial del Ejército afirma que los enfrentamientos se han producido contra miembros de las dos “organizaciones declaradas ilegales” y que, durante uno de ellos, un suboficial ha sido herido.

Han pasado solamente algunas horas después de terminado el operativo. Eduardo Merbilhaá ya está en la calle, pero probablemente todavía no sabe nada de lo que ha sucedido durante la noche, o bien, después de haberlo sabido, decide de todas formas encontrarse con alguien para enterarse de los pormenores de lo ocurrido en Segurola.

Alrededor de las 14.00 hs. del 14 de septiembre, llama por teléfono a Alicia para decirle que regresará a casa por la tarde. Con estas palabras, en verdad, le comunica que está

yendo a la reunión de la Juventud Guevarista. Es el último contacto de Merbilhaá con el mundo, porque a partir de ese momento empieza su desaparición.

Tres horas más tarde, en torno a las 17.00 hs., Alicia se encuentra con una compañera que forma parte de la inteligencia del PRT que le dice: "... *me imagino que Alberto no ha ido a la reunión de la JG porque la casa de la Juventud Guevarista Nacional ha sido tomada...*". Alicia, desconcertada por la noticia, le cuenta a la compañera de que la "ante cita" del 13 de septiembre ha fracasado pero que Alberto había decidido ir igual a la reunión.

La información suministrada por Alicia demuestra claramente que las reuniones de la Mesa Nacional de la Juventud Guevarista se hacían en Avenida Segurola 3881.

En las horas sucesivas, Alicia y el PRT comprenden que Merbilhaá ha sido secuestrado, pero no saben absolutamente nada y no conocen ni siquiera el lugar donde lo secuestraron.

Intuyen que la captura de e está relacionada con el operativo de Segurola, y consideran que puede haber sido apresado en el momento en el que estaba por entrar al edificio en el que debía reunirse la Mesa Nacional de la Juventud Guevarista. Sólo muchísimos años después será posible descubrir una pieza de verdad.

Eduardo Cagnolo cuenta que, en Campo de Mayo, Merbilhaá le confiesa haber sido capturado el 14 de septiembre de la misma manera en la que el 19 de julio ha sido secuestrado Domingo Menna: también él se había dirigido a una "cita envenenada".

Entonces, es el mismo Merbilhaá quien aclara que no es secuestrado mientras entra en Avenida Segurola, sino que es "entregado" a los militares por un militante de la Juventud Guevarista o del PRT, casi con seguridad por la misma persona que ha proporcionado la información que ha servido para atacar la vivienda.

La familia Morresi recibe una visita inesperada el mismo día 14 de septiembre. Elsa Madeo, la madre de "Quique", y su hija Elba están en su casa en Villa Pueyrredón. Se presenta un hombre que no conocen. Es Antonio Cifre, el dueño de la Sociedad Inmobiliaria Cifre, acompañado por su hijo Claudio. Dice que trae malas noticias porque, aquella noche, ha habido un operativo militar en Villa Devoto, en el departamento que Ruben le había alquilado a su inmobiliaria. No sabe lo que le ha pasado al chico, pero explica que ha entrado en el departamento y ha visto una mamadera. Por esta razón, le pregunta si Ruben tiene un hijo.

Los Morresi, por lo tanto, son los primeros en enterarse de que el hijo ha estado implicado en este operativo de seguridad, descubriendo, al mismo tiempo, que Ruben se había ido a vivir a Segurola y que ha sido él quien ha alquilado el departamento.

Lógicamente saben que no tenía hijos y que Susana había interrumpido su embarazo en el mes de agosto.

Inmediatamente, Elio Morresi y su yerno van a Villa Devoto tratando de reunir información. Un militar vestido de civil y que vigila la entrada del edificio, los para y los aleja con estas palabras:

- *“Por favor, no vuelvan más porque tengo la orden de identificar a todos los que vengan a hacer preguntas”*

Apenas algunos días después de los hechos ocurridos aquella noche, Elsa es protagonista de un episodio singular. Hoy recuerda que un hombre, casi seguramente un militar que, en todo caso, no estaba uniformado, la conduce al departamento de Morresi. Ella no ve sangre porque la casa está completamente limpia y ordenada. Entra incluso en el baño donde, por el suelo, han quedado algunos ovillos de lana. En las paredes ve marcas inconfundibles de balas, como si los dos jóvenes hubieran tratado por última vez de defenderse encerrándose en aquella habitación. El hombre le dice a Elsa que la noche del ataque ellos, los militares, estaban siguiendo a los chicos desde la zona de Villa del Parque.

El recuerdo de nuestra testigo es preciso, pero la circunstancia parece verdaderamente inusual, porque los represores argentinos, ciertamente, no tenían la costumbre de informar a las personas sobre los operativos de seguridad realizados, ni mucho menos se preocupaban por mostrar los lugares donde había comenzado la desaparición de alguien o donde se había producido una ejecución, como en aquella casa.

También los padres de los otros chicos, al cabo de pocos días, comprenden que sus propios hijos han estado implicados en el operativo de Avenida Segurola.

Cinco días más tarde de lo sucedido en la noche del 13 al 14 de septiembre, Jorgelina Domínguez, la madre de María Eugenia López Calvo “Cecilia”, recibe una llamada anónima. Una voz femenina le anuncia, con absoluta seguridad, que a su hija, implicada en un operativo militar efectuado en la intersección de la calle Nueva York con Avenida Segurola, la han matado. Petrificada por la noticia, le pasa el teléfono a su hijo Jorge que le pregunta a la chica quién es y si pueden encontrarse. Pero en ese momento se interrumpe la conversación.

Después de la llamada, Jorge se dirige a la zona del hecho y, desde afuera, ve el departamento. Un vecino cruza unas palabras con él y le dice que una mujer se ha tirado por la ventana y la han matado. Sólo algunos días después Jorge López Calvo, gracias a la ayuda de un amigo de la familia que trabaja en la Policía en Buenos Aires, logra obtener una audiencia con el Jefe de la Comisaría 45 de Villa Devoto, que corresponde a

la jurisdicción de Avenida Segurola y de todo su barrio. El Comisario le muestra a Jorge la cuerda que usaron los chicos para escaparse del departamento. Luego especifica que María Eugenia no ha muerto y que ni siquiera ha sido capturada. En efecto, sostiene que la han seguido y cercado, pero ha conseguido escapar escabulléndose por las calles de Villa Devoto hacia la estación de ferrocarriles.

Casi inmediatamente, también la familia Sant'Angelo descubre que Norberto ha estado implicado en el operativo. Una mujer le cuenta a sus amigas lo que ocurrió en Villa Devoto. María Garofalo escucha estas palabras e, inmediatamente, tiene el presentimiento de que su hijo se hallaba en el lugar. Alberto Sant'Angelo busca una primera confirmación y se encamina a la redacción del diario que había publicado la noticia. Por consiguiente, llega rápidamente a Avenida Segurola para obtener información. Se lleva consigo una fotito del hijo (los militares se habían llevado casi todas durante el allanamiento del 29 de marzo), y se la enseña a algunas personas. Se entera de que dos jóvenes han sido asesinados, pero Norberto sigue vivo porque alguien reconoce la cara del chico de la fotografía y asegura que ha sido apresado.

El 28 de septiembre, también la familia Sant'Angelo recibe una llamada anónima. Alguien le comunica a sus padres que Norberto ha sido capturado, el 14 de septiembre, en Avenida Segurola, en el cruce de la calle Asunción con la calle Nueva York.

La voz anónima cuenta la verdad. Seguramente es un compañero de "Toni" Sant'Angelo que, de hecho, tiempo antes, le había dicho a los familiares que alguien se presentaría si le hubiera pasado algo. Por otro lado, los militantes del PRT-ERP y de la Juventud Guevarista sentían el deber de avisarle a la familia de un compañero secuestrado o muerto por los militares.

Hacia mediados del mes de octubre, ocurre otro episodio insólito. Los Sant'Angelo van siempre a la fiambrería de la familia Ortega ubicada en las cercanías de su hogar. Un día, mientras Alberto, María y Claudia se encontraban en el negocio, se presentan un hombre y una mujer que le preguntan al dueño si conoce a los padres de Norberto Daniel Sant'Angelo. Alberto y María enseguida se presentan e invitan a la pareja a continuar la conversación en la casa de ellos. Los desconocidos son los padres de un chico, compañero de militancia de Norberto, que no ha sido capturado por los militares. Tienen noticias que se refieren a "Toni". María los invita a que cuenten la verdad, inclusive la más dura.

El hombre y la mujer explican que, al principio, estaban yendo a verlos para comunicarles que "Toni" estaba muerto, pero, pocas horas antes han sabido que en realidad está detenido y que se encuentra en Campo de Mayo. Alguien lo ha visto

torturado, golpeado y totalmente desfigurado, pero aún con vida. Por eso, antes de que sea demasiado tarde, tienen que presentar urgente un recurso de *Hábeas Corpus*.

Alberto Sant'Angelo, en los años siguientes, sigue relacionándose con esta pareja, cuyo hijo logrará salvarse escapando de Argentina para refugiarse en Noruega o Suecia.

En los meses de octubre y noviembre de 1976, se crea un cortocircuito de noticias que, con el pasar de los días, se vuelven cada vez más confusas, empezando incluso a contradecirse unas con otras.

Según *Estrella Roja* del 18 de octubre de 1976, a más de un mes de lo acaecido en Avenida Seguro, en un artículo titulado "*Han muerto revolucionarios ... ¡viva la revolución!*", le rinde homenaje a los jóvenes guevaristas caídos durante el procedimiento represivo. Sin embargo el órgano del ERP, por lo menos en parte, suministra información errónea que contrasta con la recibida por la familia Sant'Angelo.

Estimando que todos los chicos de la Juventud Guevarista han sido asesinados durante el operativo policial, *Estrella Roja* anuncia la muerte en combate de cuatro jóvenes y suministra no sólo los nombres de guerra de cada uno, sino además el cargo político por ellos ocupado en la organización juvenil del PRT. La revista le rinde homenaje a "Toni", encargado político de la Universidad de Buenos Aires y miembro del Comité Regional de la Juventud Guevarista en la capital, a "Cecilia", encargada política de la Facultad de Filosofía, Psicología y Bellas Artes, a "Quique", encargado político de la Facultad de Arquitectura, y a "Lía", encargada de la propaganda en la Facultad de Arquitectura.

El órgano del ERP declara que el comunicado oficial emitido sobre lo ocurrido es falso porque no es verdad que haya habido un enfrentamiento armado entre los chicos y los militares. Los jóvenes, conforme a la revista, estaban armados solamente de una moral revolucionaria inquebrantable. Incluye que el ERP ha llevado a cabo una investigación sobre los hechos y ha reunido algunos testigos que hablan de una versión diferente a la mantenida por los represores. Dado que el despliegue de la Fuerzas de Seguridad era imponente, los jóvenes presentes en el departamento del segundo piso no han sido agarrados de sorpresa y, desde el balcón, habían empezado a lanzar copias de *El Combatiente* y de *Estrella Roja*. Mientras los militares disparaban contra ellos, los jóvenes gritaban:

«*Viva el ERP... Viva el PRT... Viva la Juventud Guevarista... Gloria al Comandante Santucho... Muerte a la dictadura militar argentina... A vencer o morir por la Argentina*».

Según la revista, "Toni" y "Cecilia" se han tirado por un balcón y han llegado a la calle, donde los han matado. Mientras tanto, "Lía", en el balcón, desafiando a los que le disparaban, enardecía a las personas agrupadas en las cercanías del edificio (de hecho,

los vecinos del edificio habrían sido obligados a salir de sus departamentos), señalando a los represores como los verdaderos asesinos del pueblo y alentando a la gente a que los enfrenten con las armas para empezar la resistencia.

Transcurridos otros diez días, el 30 de octubre, Jorgelina, la madre de “Cecilia”, recibe otra llamada anónima. Reconoce la voz de la chica, es la misma que ha llamado en septiembre, pero esta vez le da una noticia exactamente opuesta: “Cecilia” está viva y ha tratado de escaparse, pero la han agarrado.

Jorgelina expresa todo su asombro por la contrariedad de la noticia, pero la chica le contesta que, lamentablemente, al principio habían recibido una noticia equivocada.

Entre la segunda quincena del mes de septiembre y la primera del mes de octubre, el partido de Santucho, después de haber recabado alguna información, está convencido de que todos los chicos de la Juventud Guevarista han sido asesinados en Avenida Seguro. Por este motivo, una joven guevarista o una mujer del PRT- ERP le comunica a la madre que “Cecilia” ha muerto. Esta información errada continúa circulando hasta la publicación de la edición de *Estrella Roja* del 18 de octubre. Solamente después de esta fecha, el PRT-ERP recibe avisos diferentes y descubre que “Cecilia” y “Toni” están vivos y se encuentran en Campo de Mayo.

Las primeras noticias acerca de la detención de Norberto Sant’Angelo y de María Eugenia López Calvo son publicadas en el periódico “*Resistencia*” (órgano estudiantil de la Juventud Guevarista de la Universidad de Buenos Aires) del 19 de noviembre, y en “*Juventud Rebelde*” (órgano oficial de la Juventud Guevarista) del 20 de noviembre, en un artículo titulado “*26.000 desaparecidos. ¿Dónde están?*”. En él se dice que el PRT y la JG se encuentran en condiciones de afirmar, por primera vez, que en Campo de Mayo están presos Domingo Menna, Liliana Delfino y Eduardo Merbilhaá junto a los compañeros D’Angelo (tal vez José Alberto D’Angelis), Testa (Aníbal Carlos Testa), de la Secretaría Nacional de la Juventud Guevarista, Sant’Angelo y López, de la Regional de Buenos Aires.

Luego, también el órgano del ERP rectifica la noticia suministrada el mes anterior.

La edición N°88 del lunes 29 de noviembre de 1976 de *Estrella Roja* publica una precisión sobre lo sucedido en la zona de Seguro y Nueva York, bajo el título “*Una aclaración necesaria*”. La revista escribe que, en su número del 18 de octubre, se había rendido homenaje a “*cuatro compañeros de la Juventud Guevarista que, en un enfrentamiento contra el enemigo, habían tenido un comportamiento verdaderamente heroico*” y que había sido anunciada la muerte de Norberto Sant’Angelo “Toni”, María Angélica López “Cecilia”, Roberto Marrasini “Quique” y Susana Beatriz Porta “Lia”. Sin

embargo, prosigue la redacción, noticias más precisas, posteriores a las de octubre, demuestran que en realidad los jóvenes muertos durante el enfrentamiento son sólo Roberto Marrasini y Susana Beatriz Porta y que, en cambio, Norberto Sant'Angelo y María Angélica López resultan heridos en sus intentos por romper el cerco, y en aquel momento se encuentran en manos del enemigo.

El artículo contiene algunos errores evidentes sobre los nombres de los chicos (María Angélica López es María Eugenia López Calvo y el compañero "Quique" Roberto Marrasini es en realidad Ruben Osvaldo Morresi) pero la rectificación, realmente necesaria, cuenta la verdad de los hechos ocurridos el 14 de septiembre: "Toni" y "Cecilia" se encuentran en Campo de Mayo.

El PRT-ERP poseía la sofisticada red del servicio de Inteligencia mediante la cual, desde hacía mucho tiempo, había "infiltrado" al Ejército y a las Fuerzas de Seguridad. Incluso, desde los primeros años de 1970, el PRT había organizado una estructura clandestina, "*Fuerza Enemiga*", que agrupaba a todos los jóvenes que estaban por cumplir el servicio militar. Estos chicos suministraban información y desempeñaban otras tareas de interés para el PRT.

Esta red persistía después del golpe, pese a la durísima represión y a la pérdida de muchos militantes, como confirma Luis Mattini, secretario general del PRT después de la muerte de Santucho.

Sin embargo, según Mattini, el partido, después de marzo de 1976, logra recabar información acerca de la situación en Campo de Mayo con extrema dificultad, por el hecho de no existir una verdadera red de infiltrados en el centro de exterminio.

Asimismo recuerda que, cuando llegaron las primeras noticias sobre la liberación de Patricia Erb, el PRT le encarga a Fernando Chávez "Federico", el marido de Ana María Guevara, la hermana del Che, que hable telefónicamente con Patricia que se encuentra en Estados Unidos, y entonces la joven confirma haber visto en Campo de Mayo a algunos dirigentes del PRT.

Una información puntual e inédita es la que proporciona Abel Bohoslavsky "León", histórico referente cordobés del PRT, que estaba estrechamente vinculado con Domingo Menna y que después trabajó con Eduardo Merbilhaá y con su mujer Alicia en el Frente Internacional.

Abel cuenta que: "*...a mí la información de que Mingo vivía me la dio Eduardo Merbilhaá, antes de darme la misión de ir a Italia a encontrar a los viejos Menna (Irma y Pánfilo), sin decirme de dónde venía la información....Era a finales de agosto de 1976 (yo viajé el 2 de septiembre). Tanto lo recuerdo que yo le dije que propusiéramos un "canje" de Mingo por*

algún disidente soviético, tal como había ocurrido recientemente con el canje del secretario del PC chileno, Luis Corvalán, por un tal Bukovskij (en realidad el cambio Luis Corvalán-Vladimir Bukovskij se produjo en Zúrich, el 18 de diciembre de 1976, pero ya desde hacía mucho tiempo la comunidad internacional conocía el acuerdo estipulado entre los soviéticos y los chilenos). Merbilhaá se me cagó de risa, diciendo que jamás el PCUS iba a mover un dedo por un dirigente del PRT...".

En agosto 1976, Abel fue designado responsable de Comunicaciones Internacionales del PRT y Eduardo Merbilhaá le encomendó la misión de ir a Italia. El propósito del viaje era doble: traer un dinero del PRT que estaba en Italia y tratar de encontrar a los padres de Mingo, Irma Ferrara y Pánfilo Menna, que se suponía estaban en Italia porque habían viajado días antes o después del 19 de julio.

Así Abel recuerda aquel viaje: *"Ni Alberto ni nadie sabían en qué lugar de Italia estaban. Y me dijo que ese dato lo tendrían en tres o cuatro días más y que me lo iban a pasar por teléfono. Esa comunicación se haría así: Alberto le iba a dar la dirección al Sopa Guidot. El Sopa se la iba a dar a una amiga en común, cuyo teléfono yo conocía. Establecimos el día y la hora en que yo llamaría. En Roma, solo me dio un contacto telefónico con Gastón, nuestro compañero que era responsable de nuestro frente internacional en Europa. Fui solo. Volé por Alitalia. Llegué al día siguiente. De Fiumicino tomé un bus para Roma Termini. Ahí conseguí unos cospeles para llamar desde algún teléfono público. Llamé y por suerte Gastón estaba (¡él no sabía que yo viajaba!). Se sorprendió lógicamente y me dijo que lo esperara. Llegó y nos fuimos a tomar un ómnibus para su casa. Me preguntó a qué venía y cuando le dije lo del dinero, me dijo que no podía ser tan rápido, porque ese trámite llevaba más tiempo, quizás más de una semana. De los viejos Menna él no sabía nada...En un departamento de Lungo Tevere Testaccio 28, creo que en un cuarto piso, nos recibió Ana María Guevara...Un día apareció otro compañero del PRT, un viejo arquitecto, Molina, que estaba desde hacía poco en Italia...Por fin llegó la llamada y el dato fue así: Via Aia Falchetta Palena Chieti...Había otra compañera partidaria, Susana, que vivía en Italia desde hacía mucho tiempo. Como ella conocía bastante el país, dijo que debíamos viajar a Chieti y lo haríamos en su auto. Yo aproveché para contactar a un compañero de Córdoba, con quien habíamos compartido equipo en el frente de Sanidad. No sé cómo conseguí su teléfono en Milán y planificamos que él viniese a Roma y me acompañase en el viaje. Quedamos con Susana que yo viajaría en tren de Roma a Chieti y ella en auto y nos encontrábamos en la estación de allí. Yo me encontré con el compañero "milanés" en Roma Termini y tomamos el tren. En Chieti nos encontramos con Susi. Preguntó ella por esa dirección. Y resulta que... ¡no era allí! Era en un pueblito llamado Palena, en la provincia de*

Chieti. Viajamos unos cuantos kilómetros por hermosos caminos de montaña. Llegamos a la tal Palena, un pueblito con una calle central que era la ruta y las casas a ambos lados. Paramos en una estación de servicio. Susi preguntó por la Vía Aia Falcheta... ¡y era esa, la propia ruta! Entonces preguntó si sabían algo por algunos argentinos visitantes. Y la respuesta fue otra maravillosa sorpresa: "Gli argentini, gli argentini". Y nos señalaron una casa a unos 200 o 300 metros más adelante, del otro lado de la ruta. La descubrimos al instante. Yo me bajé, crucé la ruta, me acerqué a la casa, golpeé y... ¡otra sorpresa, apareció Pánfilo en la puerta! Imagínense la emoción. Apareció Irma. Ellos no lo podían creer, que yo los encontrase en un recóndito lugar del Abruzzo. Entramos todos. Nos presentaron al dueño de casa, un hermano de Irma y a su familia. Inmediatamente nos invitaron a comer. Irma y Pánfilo nos contaron cómo habían salido del país después del 19 de julio. Ellos se enteraron de la caída de Mingo y Ani por los diarios. Tenían ya sacados los pasajes para su anhelado regreso a Italia (se los había sacado Mingo) y decidieron viajar a pesar de no saber nada del destino de Mingo y no tenían contacto con nadie más del partido para saber algo. Ni siquiera con su hija Raquel (Rina) que estaba en la clandestinidad. En medio de un dolor del que nunca nadie se puede recuperar totalmente, la alegría de este reencuentro fue también muy grande. Pánfilo nos contó que tenía un hermano en Roma. Les propusimos llevarlos inmediatamente a Roma en el auto y aceptaron. Comimos varias veces tremendas picadas italianas. Salimos muy tarde, viajamos varias horas de noche, charlamos sin parar. Llegamos a Roma de madrugada... Un domingo, Ana María y Gastón me llevaron en tren a Napoli, a un festival de "l'Unità", el diario del Partido Comunista Italiano, donde debían desarrollar actividades de relación múltiples para recabar solidaridad con la causa del pueblo argentino contra la dictadura, la solidaridad con el PRT y la denuncia de ya miles de desaparecidas/os. Se sumaron al viaje, dos abogados cordobeses que yo conocía: Martín Federico, el Tino, que era del PRT, y Gustavo Roca, veterano abogado de presos políticos desde hacía muchísimos años antes, que integraba la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU), que en Argentina funcionaba clandestinamente. De regreso a Roma, Gastón dedicó sus días a la gestión de conseguir el dinero, por lo que tuvo que viajar. Pasados unos días, Gastón consiguió nuestro dinero, es decir 100 mil dólares, y Ana María se encargó de hacerme el "berretín", en una maleta de cuero y gamuza, con un excelente trabajo de costurera. Tomé el avión y recuerdo que llegué a Buenos Aires un domingo. Antes de bajar del avión tuve un susto. De golpe, uno de los pilotos entró en la cabina de pasajeros y gritando en italiano, entendí que decía que nadie podía bajar. Después de muchos minutos, charlando con otros pasajeros, parecía que a alguien le habían robado 700 dólares. Empecé a

transpirar. Porque yo tenía en el bolsillo... ¡700 dólares!...No supimos qué pasó, pero la policía no subió. Bajamos. Estaba rodeado de militares en fajina. Pasé tranquilo la aduana con el regalo y el dinero que llevaba, delante de las narices de los militares. Me tomé un ómnibus de línea (el 86) en el aeropuerto de Ezeiza y llegué a mi casa caminando con... los dos regalos (el visible y el otro). Con mi compañera, estaba el Sopa, esperándome. Ahí me cuenta que Alberto había caído. Ninguno de ellos dos supieron lo que yo traía oculto. Se lo entregué a Alicia unos días después...”.

Desde el mes de agosto, por lo tanto, el PRT posee información acerca del destino de Domingo Menna, pero solamente a continuación, entre los meses de octubre y de noviembre de 1976, el partido de Santucho se entera de las noticias precisas suministradas por Patricia Erb y, por medio de ella, tiene la certeza de la detención de algunos de sus dirigentes (a los que se les sumará a partir del 14 de septiembre Merbilhaá), y de la de algunos jóvenes exponentes de la Juventud Guevarista, entre ellos “Cecilia” y “Toni”

La confirmación de esta plausible hipótesis se deduce por otro episodio importante que sucedió en el mismo período. El órgano del PRT *El Combatiente*, en su edición N°239 del miércoles 27 de octubre de 1976, revela que son falsas las noticias filtradas, hasta aquel momento, por el Ejército y por los organismos de prensa. Domingo Menna no ha muerto el 19 de julio, ya que algunos testigos lo han visto en Campo de Mayo con Liliana Delfino y Eduardo Raúl Merbilhaá.

Las revelaciones de Patricia permiten al PRT y a la Juventud Guevarista tener la confirmación de que algunos de sus propios dirigentes y militantes, considerados muertos, están aún vivos.

Según nuestra investigación, es improbable que Silvia Zugazti, llamada “Vera”, haya llamado por teléfono a la madre de “Cecilia” cinco días después del secuestro, el 18 o 19 de septiembre. Seguramente no es ella quien ha telefonado a la familia Sant’Angelo el 28 de septiembre. Sabemos que Patricia Erb, llevada a Campo de Mayo tras su captura, encuentra a “Vera” en el primer galpón, en “El Campito”, el mismo lugar en el que también ve a “Toni”.

Los militantes del PRT-ERP, como ha sostenido *Estrella Roja*, indudablemente condujeron una investigación sobre los hechos de Villa Devoto y la misma se entrelazó con la conducida sobre la desaparición de Merbilhaá. Aún así, es improbable que puedan haber recurrido sólo al testimonio de personas que habían presenciado la acción de los militares, puesto que para alguien ajeno, era peligroso acercarse y pedir información sobre lo sucedido. De cualquier manera, los testigos del enfrentamiento, es decir las

personas que vivían en la zona de Avenida Segurola, obviamente, no conocían la identidad de los jóvenes muertos o capturados en aquella circunstancia, especialmente la de “Cecilia”, “Toni” y “Lía”. Por consiguiente, antes de publicar el homenaje aparecido en la revista del 18 de octubre, seguramente el PRT-ERP reunió información de los militantes que conocían las identidades de los jóvenes guevaristas presentes en Avenida Segurola y que, sobre todo, sabían que aquella noche los cuatro jóvenes se hallaban en aquel departamento.

Existe una pista concreta que confirma que la vivienda de Segurola era usada no sólo por los cuatro chicos, sino también por otros militantes, o sea, era la base de la Juventud Guevarista en un período terrible como el de aquellos primeros meses que le siguieron al golpe del 24 de marzo.

El biberón que Antonio Cifre ve en el departamento no es ciertamente usado por los cuatro chicos. A lo mejor, ha sido dejado momentáneamente u olvidado por una pareja de militantes con un recién nacido que frecuentaba la casa alquilada por Morresi.

Es imposible establecer la identidad del chico morocho, que, de noche, según Elsa, llega al edificio y entra al departamento de Ruben y Susana. Tal vez, pueda tratarse realmente de Norberto Sant’Angelo que había modificado su propia fisonomía, y que por entonces tenía el pelo de color castaño oscuro.

El edificio de Avenida Segurola 3881, por unos treinta años, ha conservado las marcas evidentes del enfrentamiento de septiembre de 1976. Hace unos diez años, una reforma ha borrado para siempre esas marcas dejadas en las paredes del edificio, de los cientos de balas disparadas contra los jóvenes guevaristas.

XIV

Campo de Mayo, en los años setenta, era una enorme extensión de unas 5.000 hectáreas situada al norte de Buenos Aires, a unos 30 kilómetros del centro de la ciudad, donde se cruzan la Ruta Provincial N°8 con la Ruta Provincial N°23. Es la más importante guarnición militar argentina.

Ya en 1975, durante el gobierno de Isabelita Perón y López Rega, el Ejército comenzó a transformar Campo de Mayo en uno de los más importantes centros de detención clandestinos del país. Tanto es así que los primeros casos de desaparición ocurren en aquel lugar, mucho antes del 24 de marzo de 1976.

Roberto Quieto “El Negro”, dirigente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y luego exponente de primera línea de la Conducción Montonera, fue capturado el 28 de diciembre de 1975 y, según diversos testimonios, estuvo detenido en Campo de Mayo.

Sucede lo mismo con el “Comandante Pedro” del ERP, Juan Eliseo Ledesma, apresado el 7 de diciembre de 1975 en las vísperas del ataque a la guarnición del Ejército en Monte Chingolo. Llevado a Campo de Mayo, fue asesinado algunos días después.

Estos no son, lógicamente, los únicos casos de desaparición en los meses previos al golpe.

En marzo de 1976, el área militar ya está activa, lista para recibir millares de presos políticos y para poner en práctica el exterminio de todos los que, en los años siguientes, transitarán por ese campo de concentración.

Según los estudios realizados después de la vuelta de la democracia, los prisioneros en Campo de Mayo serán alrededor de 5.000. Sólo unos pocos lograrán sobrevivir.

Entrando en aquel lugar, los detenidos pierden su propia identidad, porque a cada uno de ellos se le asigna un número, que a partir de ese momento sustituye completamente cualquier otro dato de identidad personal. Nombres, apellidos, apodos y nombres de guerra son suprimidos. Los carceleros llaman al prisionero solamente por el número que se le ha asignado y, si el detenido no contesta o lo olvida, lo golpean o lo castigan de alguna otra forma.

En Campo de Mayo, como han testimoniado Patricia Erb y otros sobrevivientes, las prácticas inhumanas de tortura son innumerables.

El detenido es golpeado con bastones y, a veces, hasta le rompen los huesos. La cabeza del detenido es sumergida hasta el borde de la asfixia en el agua o en excrementos. Y sobre todo torturado con la picana, aplicándola en las partes más sensibles de cuerpo, como los ojos, boca, fosas nasales, genitales, pies y manos. Para provocarle un dolor más

intenso, el prisionero es atado a una cama metálica electrificada, y los torturadores le echan agua para aumentar la potencia de la corriente y aumentar el dolor.

Cuando el prisionero, después de la tortura, es llevado de nuevo a su lugar, está siempre en un estado de semi-inconsciencia.

Son muy frecuentes los episodios de abusos sexuales de prisioneras, incluso de chicas adolescentes. Pero los torturadores abusan sexualmente también de los varones.

Muchas veces, los presos de Campo de Mayo no resisten la violencia sufrida y mueren en el centro de detención. En la gran mayoría de los casos, sin embargo, cargados en un avión y anestesiados con una inyección de Paranoval o Ketalar , son arrojados aún con vida en el Río de la Plata o en el Atlántico.

En Campo de Mayo funcionaron cuatro centros de detención: El Campito, La Casita, La Prisión (verdadera) y el Hospital Militar, el lugar donde dan a luz decenas de mujeres presas en el campo de concentración, inclusive las provenientes de otros centros de detención. Después del parto, los militares se apropian del recién nacido para ocuparse de él ellos mismos, o entregarlo a familias cómplices de los represores.

Los genocidas argentinos vuelven a practicar un método que había revestido un alto valor ideológico para los fascistas españoles, que lo habían utilizado por mucho tiempo después de la victoria de Francisco Franco en 1939. Con el aporte activo de curas y monjas de la Iglesia Católica, por muchísimo tiempo, hasta los años Sesenta, los franquistas “sustrajeron” miles de niños a los republicanos y a los antifascistas.

Como en España, aquel gesto criminal continúa revistiendo el mismo significado ideológico en Argentina. No alcanza con matar a los padres y a las madres. La apropiación de un neonato sirve para impedir a las futuras generaciones que puedan contaminarse con las ideas de sus padres. Los hijos, de esta forma, jamás serán subversivos.

Según el testimonio de Víctor Ibáñez, ex Sargento del Ejército Argentino que prestaba servicio en Campo de Mayo en 1976, El Campito no es sólo el más importante centro clandestino de detención del país, sino también el peor de todos, el principal campo de exterminio organizado por el Ejército en el territorio argentino.

La decisión de destinar esta área para lugar de exterminio de miles de opositores no es casual porque esa zona ofrece múltiples posibilidades. Ante todo, garantiza una plena libertad de movimiento porque se ubica fuera de la zona urbana, y siendo área militar estratégica, está muy vigilada. Además, El Campito se encuentra a poquísima distancia de la pista de aterrizaje de Campo de Mayo, lo que asegura un eficaz traslado de presos en los aviones del Ejército, en un viaje que los conducirá a la muerte.

Todos los sobrevivientes recuerdan, efectivamente, haber escuchado siempre el ruido de helicópteros y de aviones que despegan y aterrizan.

En los relatos de los pocos sobrevivientes de Campo de Mayo, los detenidos recuerdan dos galpones, en los cuales estaban alojados los secuestrados. Uno de estos servía, antes, para acuartelar a los soldados durante las maniobras que se desempeñaban en las zonas cercanas y era llamado “Los Tordos”, mientras que el otro había funcionado, en el pasado, como lugar para hacer trabajos de carpintería dentro del centro usado por el Ejército.

Cuando Patricia Erb “Cindy” ha sido apresada, le vendan los ojos y la cargan en un auto. El viaje dura más o menos una hora y, una vez llegada a Campo de Mayo, quitadas las vendas, le ponen una capucha. A Patricia le asignan el número 510.

Empieza a ser torturada sólo al día siguiente, después de haber sido conducida a la llamada “casa de la tortura”. Dentro del “*primer galpón*”, ve a todos encimados a las paredes, agachados en el suelo y encapuchados, alrededor de 80/100 prisioneros.

“Cindy” se encuentra en la parte derecha de la estructura y, frente a ella, reconoce a Domingo Menna, encadenado y con marcas evidentes de la tortura extrema a la que ha sido sometido. Menna es mantenido a cierta distancia de los demás prisioneros.

Este es el testimonio que Patricia nos ha concedido para nuestra investigación:

“Fue un momento de gran felicidad reconocer a Domingo Menna y saber que estaba vivo. Era una figura importante del partido, el número dos después de Santucho, y yo, como todos, pensaba que estaba muerto porque esa era la noticia que habían dado los periódicos. Para nosotros era un ejemplo y yo, que también lo había conocido, recuerdo sobre todo los momentos en los que leíamos sus editoriales en la revista del partido. Su presencia en Campo de Mayo fue importante porque, cuando podía, daba información y nos sostenía. Allí adentro éramos casi todos jóvenes y él, más grande, tenía una actitud paternal con nosotros. Creo que su presencia me ha ayudado a no dar ninguna información, porque Menna era una fuerza...”

En el mismo galpón encuentra a sus compañeros de militancia, a “Vera”, a “Toni” y a “Cecilia”, quedándose allí casi hasta su liberación.

Este lugar hospeda a los prisioneros apenas llegados a Campo de Mayo y que, por lo tanto, tienen que padecer las primeras sesiones de tortura para forzarlos a que revelen pronto todo lo que saben sobre la actividad política y sobre la identidad de sus propios compañeros. Aquí, por consiguiente, los militares practican las más devastadoras técnicas de tortura a sus prisioneros.

Los militares argentinos se doblegan al pedido estadounidense de liberación de la chica nacida en Minnesota. Así, el penúltimo día de su permanencia en “El Campito”, Patricia es trasladada al “*segundo galpón*”. Ve a unas 150 personas, pero los detenidos no están encadenados, como en la primera estructura, y las prácticas de tortura en ellos son menos intensas y frecuentes. Se queda sólo un día en este ambiente donde encuentra a María Rosaria Grillo y consigue intercambiar con ella solamente algunas palabras.

En los campos de concentración está prohibido hablar con los otros detenidos. La capucha tiene que estar siempre bajada completamente y el prisionero no puede quitársela o levantarla si no está autorizado. Si se lo sorprende con la capucha alzada, es golpeado duramente y contra él son ejercidas vejaciones de todo tipo.

No obstante, en algunos momentos del día – cuando se reparte la comida o bien si son llevados al baño o a la ducha o, en cualquier caso, cuando los militares están distraídos y no controlan en modo obsesivo a los detenidos – el prisionero se levanta la capucha hasta la altura de los ojos, mira alrededor y, si ningún carcelero lo está observando, puede cruzar algunas palabras con los compañeros que están al lado. Ni bien el prisionero se dé cuenta de la llegada de un guardia, se baja la capucha y el diálogo termina.

En una situación de este tipo es donde ocurre un brevísimo cruce de palabras entre Patricia e “Irene”. Patricia la recuerda toda concentrada sobre la suerte de Venancio, aún sometido a tortura, está angustiada porque no sabía si “Cholo” seguía vivo. Rosaria le revela a su compañera que está embarazada, si bien de poco tiempo. Tiene temor de que los carceleros puedan descubrirlo.

A decir verdad, según Patricia, el embarazo no es visible a un observador desprevenido, y por ello, no es sencillo darse cuenta de que la prisionera espera un hijo. A finales de septiembre de 1976, Rosaria Grillo va, más o menos, por el segundo mes de embarazo y Patricia retiene, hasta hoy, que los carceleros no podrían notar que su compañera estuviera encinta.

Todavía alcanzan a intercambiar algunas palabras, pero luego deben bajarse de nuevo la capucha y se dejan de comunicar para siempre, reiterándose una a la otra que habrían continuado siguiendo la directiva que Domingo Menna les había impartido a los militantes perretistas en Campo de Mayo: hablar con los militares y decirles sólo cosas que ellos ya saben y que eran, por lo tanto, absolutamente inútiles.

Al día siguiente, Patricia sale de Campo de Mayo. Ha sido la última persona que ha visto con vida a María Rosaria Grillo.

Cuando comprende que será dejada en libertad, Patricia trata de memorizar el mayor número posible de caras y nombres para contar, una vez liberada, que ha visto a aquellas personas presas en Campo de Mayo. Empieza a hacerlo enseguida, en la cárcel de Villa Devoto, en Buenos Aires, encomendándole a otras mujeres detenidas mensajes para comunicar afuera.

Tan pronto como llega a Estados Unidos, denuncia lo que está pasando en Argentina. Se presenta a las organizaciones de Derechos Humanos y a la Iglesia Menonita tratando de sensibilizar a los miembros del Congreso de Estados Unidos. Escribe a puño y letra una declaración y la entrega a las autoridades estadounidenses.

Escribe que, en Campo de Mayo, están detenidos María Rosaria Grillo y su marido; Eduardo Raúl Merbilhaá “Alberto”; Domingo Menna y su pareja Ana María Lanzillotto “Ani”, que está embarazada; Liliana Delfino, la pareja de Santucho; la “Gringa” Barberis, es decir, Elena Cristina Barberis, y Aníbal Carlos Testa.

Patricia lo conoce como “Kung Fu”, otros lo llaman “El Cordobés” porque viene de la ciudad de Córdoba. Testa, según Patricia, tiene un rol directivo en el Frente Universitario.

Ani Lanzillotto y Liliana Delfino no se hallaban en su mismo galpón y no estaban juntas con los demás compañeros. Efectivamente, un día, mientras es llevada a las duchas, sus compañeras le señalan a dos mujeres que vienen de otra dirección, o sea, no están en la cola de las detenidas del primer galpón.

Ella no las conoce, así que algunas prisioneras, entre ellas “Cecilia”, le dicen que son las parejas de Santucho y de Menna y que ambas están embarazadas. Ella las puede ver fugazmente: Ani tiene la panza muy grande, parece que le falta poco para dar a luz.

La escena ha despertado la curiosidad de las prisioneras. De hecho, Patricia y sus compañeras comentan entre ellas que en el campo de concentración existe una división autónoma en la cual se vigilan a las mujeres durante el embarazo.

En Campo de Mayo, Patricia encuentra a María Eugenia López Calvo “Cecilia”, a un hombre que se apellida D’Angelo y a otros prisioneros de quienes sólo puede mencionar sus nombres de pila o de guerra: Silvia, Juan Carlos, Cristina, Osmar, Lila, Augusto, Pancho y Graciela.

La chica que se llama Silvia seguramente no es Silvia Zugazti porque Patricia conoce a esta última por su nombre de guerra: “Vera”.

Los detenidos D’Angelo y Silvia podrían ser los dos militantes de la Juventud Guevarista secuestrados pocos días antes de la captura de Patricia, el 11 de septiembre de 1976 en Buenos Aires, es decir la pareja José Alberto D’Angelis-Silvia Beatriz Sánchez.

Conforme a la lista institucional cumplimentada por la Secretaría de Derechos Humanos argentina, existen dos desaparecidos que se apellidan D'Angelo.

El primero, Alfredo Gustavo, estudiante de Arquitectura de 22 años, que es secuestrado el 26 de marzo de 1976 en Córdoba y, por lo que resulta en los juicios penales, es probable que haya sido detenido en el campo de concentración "La Perla" en Córdoba.

El segundo, Julio Raúl, estudiante de Arquitectura de 20 años, militante montonero, que ha sido apresado el 4 de julio de 1976 en una zona de Lomas de Zamora, Provincia de Buenos Aires, pero que, el mismo día, ha sido conducido a Buenos Aires, a un lugar ubicado entre la Avenida Corrientes y la Avenida 9 de Julio, y ha sido asesinado. Su cuerpo lo encontrarán ya que los militares lo habían enterrado en una tumba anónima en el Cementerio de la Chacarita.

Es muy posible, entonces, que el prisionero D'Angelo sea, en realidad, José Alberto D'Angelis, dirigente de la Juventud Guevarista, y que la detenida Silvia sea su mujer, Silvia Sánchez.

El prisionero "Pancho" podría ser el joven Manuel Carlos Cuevas, de 18 años, obrero de una fábrica textil, secuestrado en su lugar de trabajo el 13 de septiembre de 1976, en el barrio de Flores en la Capital Federal.

En la lista de prisioneros elaborada en 1976 y en las contenidas durante los años posteriores, Patricia Erb nunca ha incluido el nombre de "Quique", Ruben Osvaldo Morresi, ni el de "Lia", es decir Susana Beatriz Porta.

Otro valioso testigo de los hechos ocurridos en Campo de Mayo es Eduardo Jorge Cagnolo, nacido en 1952, que en 1976 está cumpliendo el servicio militar en el Batallón de Intendencia 601 "Antonio del Pino". Eduardo Jorge es un "colimba". Por culpa de una delación hecha por un camarada suyo a sus superiores, lo acusan de ser un "izquierdista".

Cagnolo es secuestrado de inmediato después de la victoria de Jimmy Carter en las elecciones presidenciales norteamericanas, el 2 de noviembre de 1976, como escribe en su libro "Recuerdo de un soldado conscripto". En una declaración para nuestra investigación, hoy confirma que ha entrado en "El Campito" el 3 de noviembre de 1976 y que también él ha sido llevado al *primer galpón*.

En su libro narra que ha encontrado aún con vida a Domingo Menna, siempre encadenado y con marcas de salvajes torturas en el cuerpo, pero nunca ha visto a su compañera, Ana María Lanzillotto.

En el *primer galpón*, Eduardo Cagnolo conoce al prisionero Roberto Ardito, capturado el 12 de octubre de 1976, junto a su mujer Atlántida Como Velasco y a su hermana Nélida Ardito.

El 11 de noviembre de 1976, Menna es *trasladado* hacia la muerte.

Dos días más tarde, el 13 de noviembre, los carceleros se llevan a Cagnolo al *segundo galpón*, donde encuentra a Eduardo Raúl Merbilhaá. Como Menna, sigue con vida a pesar de haber sido secuestrado dos meses antes, el 14 de septiembre de 1976. Merbilhaá es un dirigente de primer orden del partido de Santucho, y por eso los militares todavía no lo han matado, esperando como han tratado de hacer con Domingo Menna, que “Alberto” finalmente se convenza de suministrar información a los torturadores.

En el *segundo galpón*, Cagnolo conoce a Ricardo Ramón Punch, miembro de la Juventud Peronista de Santa Fe, detenido desde el 18 de octubre de 1976, a la física Susana Flora Grinberg, secuestrada el 17 de octubre de 1976, a Jorge Oshiro, apresado el 10 de noviembre de 1976, a Alberto Pargament, atrapado el 10 de noviembre de 1976, y a María Adelaida Viñas, presa desde el 19 de septiembre de 1976.

Cuando Cagnolo y Merbilhaá hablan entre ellos de Domingo Menna, “Alberto” considera que Ana María Lanzillotto, que se encontraba en el *segundo galpón*, ha sido asesinada mientras aún estaba embarazada. La información, como hoy sabemos con seguridad, es falsa, porque la pareja de Menna da a luz un hijo y solo después la matarán.

En el mes de marzo de 2016, las *Abuelas de Plaza de Mayo* anuncian haber encontrado “*al nieto 121*”, el hijo robado a Lanzillotto después del parto en el campo de cautiverio. Maximiliano, según la partida de nacimiento, es el hijo natural de otras personas y su nacimiento ha sido anotado como que se ha producido en agosto de 1976. En realidad, ha nacido hacia finales de septiembre y principios de octubre de 1976.

Hoy sabemos, además, que no ha sido dado a luz en Campo de Mayo, sino en un lugar situado a un costado de la ruta 205, a metros del cruce con la autopista Ricchieri, muy próximo al aeropuerto internacional de Ezeiza. Casi seguro el centro clandestino de detención llamado “La 205”.

La muy reciente identificación del hijo de Ani Lanzillotto arroja nueva luz incluso sobre la suerte de Liliana Delfino. La pareja de Santucho, dentro del campo de concentración, está junto a la mujer de Menna, pero no junto a otros prisioneros. El motivo de esta disposición no parece ser debido al nivel político de las dos mujeres, aunque Liliana Delfino sea miembro del Comité Central del PRT y Ani sea responsable de la Escuadra Especial del ERP. Por otro lado, uno de los más importantes dirigentes del partido de

Santucho, Domingo Menna, está junto a otros prisioneros en un mismo galpón. La razón decisiva parece ser de otra naturaleza: tanto Ani como Liliana están embarazadas.

Si los militares han hecho nacer al hijo de Domingo Menna, es probable que lo mismo hayan hecho con el hijo de Santucho. “Apropiarse” del hijo del hombre más buscado de Argentina, el símbolo de la subversión que querían extirpar, constituía para los terroristas de Estado un objetivo irrenunciable. Después de haber capturado y asesinado al padre, la victoria sobre el PRT-ERP sería todavía más completa si hubiesen criado al hijo del Comandante Santucho en un ambiente familiar en el que habría sido educado según los valores de los genocidas.

Es posible, por lo tanto, que Liliana Delfino haya alumbrado durante su detención, a finales de 1976 y principios de 1977.

Algunos años más tarde, en 1983, esta hipótesis será reforzada por las palabras del ex Inspector de la Policía Federal Rodolfo Peregrino Fernández, ex ayudante del General Albano Harguindeguy en el Ministerio del Interior. Proporcionando una amplia declaración ante la Comisión Argentina de Derechos Humanos, recuerda que bajo las órdenes del Subcomisario Walter Acosta, en los primeros meses de 1976, ha sido construido un campo de concentración en las cercanías de la Ruta 205 con la autopista Ricchieri, campo al que llamaban “La 205”. El campo estaba destinado, especialmente, para recibir a las prisioneras que tenían que dar a luz o a detenidos con estado precario de salud. Allí se habían efectuado muchos partos, y el mismo Acosta le dijo a Peregrino Fernández que había sabido que, en ese lugar, la pareja de Santucho había tenido un bebé.

Cagnolo permanece en el campo de concentración hasta el 28 de noviembre, día en el cual es liberado y vuelve a la unidad militar en la que estaba haciendo la “*colimba*”.

De todas las personas que Patricia Erb ha visto en “El Campito”, Cagnolo encuentra todavía con vida únicamente a Merbilhaá y a Menna.

No se acuerda haber encontrado a María Rosaria Grillo, a Venancio Domingo Basanta, a Elena Cristina Barberis, a Aníbal Carlos Testa, a María Eugenia López Calvo, a Norberto Daniel Sant’Angelo y a Silvia Mabel Zugazti ni los prisioneros que se llaman D’Angelo, Silvia, Juan Carlos, Cristiana, Osmar, Lila, Augusto, Pancho y Graciela. Tampoco Cagnolo, como la Erb, encuentra a Ruben Morresi y a Susana Porta.

Durante nuestra investigación, Cagnolo nos confirma que no ha visto, en Campo de Mayo, a los militantes de la Juventud Guevarista de Buenos Aires capturados a mediados de septiembre de 1976. No podemos afirmar en absoluto que los jóvenes guevaristas ya estén muertos en el mes de noviembre. El prisionero no tiene,

efectivamente, la posibilidad de ver las caras de todos los compañeros de detención. En la mayoría de los casos, logra intercambiar alguna palabra con los prisioneros más cercanos al lugar donde se encuentra, con los encargados de traer la comida o con los que prestan atención médica, y también, con los prisioneros que han comenzado a colaborar con los represores, los “*quebrados*”, que tiene una mayor libertad de movimiento.

Sin embargo, los testimonios de Patricia Erb y de Eduardo Cagnolo, detenidos en el mismo campo de concentración, en dos diferentes y muy cercanos periodos (segunda quincena de septiembre y por todo el mes de noviembre), parecen demostrar que en la etapa subsiguiente a la liberación de Patricia Erb – en consecuencia, a partir de los primeros días de octubre hasta los primeros días de noviembre – los militares habían “*trasladado*” a muchos prisioneros que estaban en “El Campito”.

Domenico Menna (desde el 19 de julio hasta el 11 de noviembre) y Eduardo Merbilhaá (desde el 14 de septiembre hasta el 28 de noviembre, día en que Cagnolo fue liberado), permanecen con vida por un tiempo más prolongado con respecto a los demás compañeros de detención, por tener un destacado rol político. Para el Partido Millitar es fundamental tener en sus manos a dos miembros destacadísimos del PRT. En julio de 1976 Domingo Menna es el encargado de Organización del PRT, número tres en la escala jerárquica del partido, después de Santucho y de Benito Urteaga; así como, en septiembre de 1976, luego de la caída del 19 de julio, Merbilhaá es el dirigente más importante después de Luis Mattini.

Como declaran los sobrevivientes, los militares intentan incesantemente obtener información y colaboración de parte de Menna y de Merbilhaá, pero no lo lograrán.

A lo mejor, la suerte de Rosaria Grillo es análoga a la de sus otros compañeros de detención. Su embarazo no es visible y, tal vez, los carceleros de Campo de Mayo nunca sabrán que “Irene” espera un bebé. De todas maneras, no existe, en los campos de concentración clandestinos, una norma férrea e ineludible según la cual toda prisionera embarazada, no importa lo que suceda, tenga que seguir con vida para dar a luz. La historia de aquellos años pone de manifiesto, efectivamente, que los terroristas de Estado mataron a muchísimas chicas y mujeres que esperaban un hijo.

“El Campito”, a la par de cualquier otro centro de detención, no puede recibir un número ilimitado de detenidos. En septiembre de 1976, los dos *galpones* contienen a unas 250 personas. El número de secuestrados en los primeros meses después del golpe de Estado es elevadísimo y los represores no tienen ningún tipo de interés en mantener con vida a los prisioneros. Se necesita vaciar sistemáticamente los pabellones y hacer entrar a los

nuevos prisioneros antes de empezar con las prácticas de tortura. Todas las fuentes históricas, fundadas en gran parte por los relatos de los sobrevivientes, coinciden en que la duración media de permanencia con vida dentro de un campo de prisioneros puede ir de 15 días a un mes a lo sumo.

Sometidos, en el primerísimo período, a sesiones intensas de tortura, los prisioneros deben revelar todo lo que los torturadores quieren saber. Una vez transcurrida aquella etapa, los arrestados ya no son útiles y son conducidos a los vuelos de la muerte.

A veces existen excepciones. Cagnolo conoce a una detenida que, en algunas ocasiones, llega para revisar y curar a los prisioneros que entran heridos o que, durante la detención, contraen enfermedades o han sido destrozados por las torturas. Incluso el prisionero gravemente herido puede ser útil y al principio se lo cura para evitar su muerte, para luego ser torturado con la finalidad de sacarle información.

Entre los protagonistas de nuestra investigación, así fue también para “Toni” y “Cecilia”, heridos de bala durante sus capturas e inmediatamente llevados al campo de concentración.

La prisionera que en aquel período cumple función de médico, según Eduardo Cagnolo, es, con toda probabilidad, Marta Graciela Eiroa “Yoli”, una montonera secuestrada el 15 de mayo de 1976, seis meses antes de la captura del “colimba”. Para el sobreviviente, el 11 de noviembre, día en que se hace el “traslado” de Menna hacia la muerte, la misma suerte le toca también a esta prisionera. Las cosas sin embargo no parecen haber sido exactamente de esa manera. Según algunos testimonios, “Yoli” no ha sido asesinada en noviembre.

La primera fuente de noticias sobre Eiroa proviene de la familia de Silvia Mónica Quintela, también ella montonera, capturada el 17 de enero de 1977 y que estando en prisión da a luz un bebé en Campo de Mayo. Muchos años después, el hijo de Silvia Quintela es recuperado por las Abuelas de Plaza de Mayo. La captura de la madre se produce gracias a una trampa organizada por los militares que le envían a la militante montonera un mensaje de parte de Graciela Eiroa “Yoli”. Después de haberlo recibido, Silvia se dirige a una cita cerca de la Estación Florida, pensando en participar en un encuentro clandestino entre militantes de la misma organización. En ese momento, varios hombres bajan de tres autos Ford Falcon, la apresan y se la llevan a Campo de Mayo.

De acuerdo con otro importante testimonio, “Yoli” sigue viva también en los meses siguientes a la captura de Silvia Quintela. Juan Carlos Scarpati, oficial montonero, es capturado el 28 de abril de 1977 después de resultar herido y conducido a Campo de

Mayo. Consigue escaparse de un modo rocambolesco en septiembre de 1977, y en los años sucesivos, cuenta que ha sido curado justamente por Graciela Eiroa “Yoli”.

Mientras Eduardo Cagnolo está casi por ser liberado, en Campo de Mayo entra una prisionera uruguaya militante del PRT, Griselda Fernández, nombre de batalla Maria, número 63 en el Campito (su esposo, el uruguayo José Pedro Callaba Piriz, el también militante del PRT, sigue desaparecido).

Griselda, que sobrevivirá al campo de concentración, es secuestrada el 24 de noviembre de 1976 y permanece en Campo de Mayo hasta el 18 de febrero de 1977.

Ha dado su testimonio en algunos procesos celebrados en Argentina y ha recordado los nombres de algunos de sus compañeros de detención. Entre los cuales, el nombre de María Viñas, el de “Yoli” y el de los hermanos Nélide y Roberto Ardito, pero no el de muchas otras personas indicadas por Cagnolo.

Como Cagnolo, Griselda también nos confirma que no ha visto, en Campo de Mayo, a los militantes de la Juventud Guevarista de Buenos Aires capturados a mediados de septiembre de 1976 ni a los dirigentes del PRT Menna, Merbilhaá, Delfino y Lanzillotto.

Silvia Zugazti es detenida en Campo de Mayo en septiembre de 1976. Sin embargo, después de esta fecha se producen algunos eventos completamente singulares y el testimonio que nos brinda su hermana Marisa introduce una escena inesperada.

En noviembre de 1976, una mujer que vive al lado de la familia Zugazti le comunica a los padres de la chica que, en Avenida Corrientes y Libertad, en el centro de Buenos Aires, se ha encontrado con Silvia y la ha saludado. Cuando cuenta el episodio, los padres le explican a la mujer, que no sabía nada, lo que realmente le estaba pasando a la hija. Una semana más tarde, la mujer la encuentra de nuevo, esta vez en el barrio donde vive la familia Zugazti. La chica está acompañada por unas personas que la controlan y que no le permiten hablar por mucho tiempo. La mujer igualmente se acerca a Silvia e intercambia algunas palabras con ella. La chica, en forma apresurada, le dice que está bien y le manda un beso y saludos a su familia. Luego, por un largo tiempo, los familiares no sabrán más nada.

Durante el verano de 1976/77, también la hija de una prima de Abelardo Zugazti dice que ha visto a Silvia en la ciudad de Mar del Plata.

Marisa Zugazti, hoy como ayer, está convencida de que la vecina de casa ha contado la verdad y que realmente ha hablado con la hermana. Ella considera, y nosotros con ella, que a Silvia le ha pasado lo que les ha sucedido a otras chicas y mujeres prisioneras en los centros de detención. Los militares, en algunas situaciones, deciden andar por ahí

llevándose consigo una prisionera, incluso parando en un bar o en un restaurante, en lugares públicos.

A veces los verdugos hacen cosas todavía peores. Obligan a la prisionera a acompañarlos a su propia casa para apropiarse de dinero u objetos. Otros testimonios narran otros casos en los cuáles los represores pasan el fin de semana en la vivienda de la prisionera, usando la casa como si fuera propia.

El terror, obviamente, induce a las familias a aguantar todo lo que sea y a satisfacer cualquier pedido de la persona de la cual depende la vida de la prisionera. A Silvia Zugazti posiblemente le ha pasado lo mismo.

Durante nuestra investigación ha aflorado que Silvia estaba embarazada, circunstancia que la familia siempre ha ignorado. De todas formas, si fuera verdad que en agosto, según lo narrado por “Gabriela”, la joven militante de la Juventud Guevarista estaba embarazada de cuatro o cinco meses, es raro que luego, en los siguientes meses, “Marcos”, Marisa Zugazti y la vecina no notaron de ninguna forma su embarazo.

No conocemos la suerte de “Alfredo”, el chico que acompañó a Silvia a la casa de “Gabriela” y que ya acompañaba a Silvia a las reuniones de la JG en la facultad de Ciencias Económicas, antes de las caídas de marzo de 1976. El rostro de Alfredo no figura en las fichas de los desaparecidos de la facultad y, por lo tanto, casi seguro que no fue secuestrado durante los años de la dictadura civico-militar. Según el recuerdo de los militantes que lo conocieron era alto, tenía bigotes y manejaba una camionetita gris.

Mientras los jóvenes guevaristas están presos en Campo de Mayo, afuera los acontecimientos se suceden frenéticamente.

La intensa labor diplomática de los estadounidenses produce los resultados anhelados. El 29 de septiembre de 1976, a las 13.53 hs., un comunicado confidencial sale de la Embajada de Buenos Aires hacia el Departamento de Estado. Según la nota diplomática, en torno de las 13.00 hs. del día 28 de septiembre, funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino informan a los representantes consulares norteamericanos que Patricia está sana y salva y que será llevada a la Jefatura Central de Policía de Bella Vista, una pequeña ciudad de la provincia de Buenos Aires. El funcionario estadounidense Conoff ha encontrado a Patricia, el mismo día, en las oficinas de la Comisaría, y los dos han podido hablar a solas en un despacho sin la presencia de policías argentinos.

Según Conoff, Patricia, a pesar de todo, se ve en discretas condiciones físicas y de ánimo y no parece llevar marcas evidentes de violencia ejercida sobre ella. Siempre, conforme al comunicado, la chica le ha contado al funcionario que ha sido sometida a un intenso interrogatorio y que ha sido torturada con instrumentos eléctricos. Sin embargo, no ha sufrido violaciones o acoso sexual durante su detención en Campo de Mayo y el interrogatorio al que ha sido objeto se ha centrado sobre su actividad política por haber sido, hasta un mes antes, miembro activo de la Juventud Guevarista. A Conoff, en las oficinas de la Comisaría de Bella Vista, le ha sido reiterada la comunicación ya enviada a la Embajada: dentro de poco, Patricia será deportada de Argentina.

Antes de ser deportada, Patricia Erb es trasladada a la cárcel de Villa Devoto donde permanece por tres días, en aquella época la cárcel más importante de la Capital que incluía un sector femenino. Finalmente, escoltada por un militar, es subida a un avión directo a Lima y, desde la capital peruana, llega a Estados Unidos.

Una nota, en los primeros días de octubre de 1976, le comunica al Departamento de Estado que el pastor Erb le ha informado a la Embajada que Patricia se encuentra en aquel momento en Washington, para testimoniar sobre su período de detención en Argentina a los senadores del Congreso norteamericano y demás políticos.

Después de la denuncia de Luigi Grillo en las oficinas de la Comisaría 39, un Inspector de la Policía, al día siguiente del operativo de seguridad, declara haber llevado a cabo todo tipo de investigación para localizar a las víctimas del secuestro, a los autores y el posible lugar de detención, pero que no ha obtenido resultados positivos. Han pasado

solo pocas horas de la denuncia de Luigi Grillo y prácticamente la Policía ya ha concluido su investigación.

Recibidos los recursos de *Hábeas Corpus*, el juez les escribe a los órganos policiales y a las altas esferas de las Fuerzas Armadas para que comuniquen si poseen información sobre la privación ilegítima de la libertad de Rosaria y de Venancio. El 16 de septiembre de 1976, un funcionario, por orden del Jefe de la Policía Federal, le contesta al juez que, en la Comisaría 39 de Buenos Aires, es decir la de Avenida Olazábal, existe un expediente titulado "Privación ilegítima de la libertad" tratado por otro juez nacional de primera instancia, en el que resultan identificados Venancio Domingo Basanta y Maria Rosaria Grillo, domiciliados en Olazábal 5125.

La respuesta es tan descaradamente ambigua que Venancio Joaquín Basanta recurre nuevamente al magistrado, quejándose de cómo la nota no ha excluido claramente que los dos jóvenes fueran arrestados por aparatos del Estado. El juez entonces vuelve a dirigirse a la Policía Federal el 27 de septiembre de 1976. Otro funcionario le comunica que, consultados todos los organismos dependientes, puede notificar formalmente que los dos jóvenes no han sido detenidos.

El 17 de septiembre de 1976 se le vuelve a comunicar al juez, por disposición del Ministerio del Interior, que el Poder Ejecutivo Nacional no ha dispuesto medidas restrictivas de la libertad en relación a Venancio Basanta y a Maria Rosaria Grillo.

El 29 de octubre de 1976, el juez, después de haber recibido una serie de peticiones del padre de Venancio, le remite el expediente judicial al procurador fiscal, es decir al Ministerio Público Fiscal.

El 2 de noviembre de 1976, el expediente es enviado al procurador fiscal que, a su vez, el 4 de noviembre de 1976, le escribe al juez que el informe recibido sobre la posibles detenciones de Venancio y de Rosaria no han arrojado ningún resultado y que, por lo tanto, es inútil proseguir la acción judicial promovida. El juez se tiene que adaptar.

Dos meses más tarde, una nota de la Policía Federal del 22 de diciembre de 1976 señala que la labor sobre los hechos ocurridos el 14 de septiembre no ha dado ningún resultado.

El 16 de marzo de 1977, a casi seis meses del inicio de la desaparición, Venancio Joaquín Basanta le escribe una carta al Ministro del Interior. Recuerda todo lo ocurrido hasta aquel momento y termina la carta con estas palabras:

"Señor Ministro, la capacidad de paciencia y de fe de quien le escribe son signos tangibles de los largos seis meses de martirio y de humillación sufridos, pero aún confío en la salvación del país mediante la actual inevitable presencia política de las Fuerzas Armadas.

Como hombre democrático que ha militado en la Unión Cívica Radical, partido al que he tenido el honor de representar en la función pública [...] pueden dar testimonio sobre mis sentimientos y mi conducta no sólo muchos compañeros de mi misma fe política, sino también adversarios políticos que han escuchado mi opinión en la defensa de los derechos del hombre, de las instituciones, de la democracia y de la bandera argentina que he jurado defender. Perdóneme Señor Ministro por mi emoción...pero no admito ser menos argentino que nadie...sobre todo en este momento en el que le estoy pidiendo recibir la comprensión de los gobernantes de la Nación la cual se inspira en los más puros sentimientos sanmartinianos y belgranianos. Con la esperanza de poder ser recibido y de poder quedar a su disposición...”

También los familiares de Laura Noemí Creatore y de Carlos Capitman prosiguen la búsqueda de los chicos. El Ministerio del Interior le comunica al juez que Laura y Carlos han sido liberados, el 10 de septiembre de 1976, en cumplimiento del Decreto 1907 emitido el día anterior, y cuyos nombres aparecen en una lista de 62 personas dejadas en libertad desde lugares imprecisos de cautiverio. Después de una nueva investigación del juez, el 10 de diciembre de 1976, el Comando del Primer Cuerpo del Ejército comunica no encontrarse en condiciones de suministrar información sobre las circunstancias de la liberación. En conclusión, los militares señalan que los dos chicos han sido liberados la noche del 9 de septiembre en la Comisaría de Ciudadela, pero que les es imposible entregar la copia del recibo de los efectos personales devueltos a los dos chicos porque el mismo ha sido destruido durante un atentado.

Francisco Capitman dice que, en junio y septiembre de 1977, recibe dos notas firmadas por el General Guillermo Suárez Mason, Comandante del Primer Cuerpo de Ejército, en las cuales se afirma que resulta imposible saber qué suerte han corrido los dos chicos después de ser liberados en septiembre de 1976. Aún en junio de 1978, el Ministro del Interior sigue confirmando que los dos chicos están libres y, por lo tanto, no pueden naturalmente figurar en las listas de desaparecidos que la organizaciones por los Derechos Humanos están difundiendo. Dicha información es reiterada por el Poder Ejecutivo en marzo de 1980.

Después de muchísimo tiempo del secuestro, en 1979, el gobierno le comunica a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos que Laura y Carlos han recuperado la libertad el 10 de septiembre de 1976, en Ciudadela, y que han abandonado el país dirigiéndose en avión al aeropuerto de Carrasco Montevideo en Uruguay, en el vuelo 310 de la Compañía Aérea Austral. Sin embargo, la Compañía Aérea Austral se rehúsa a

facilitarles información a los padres sobre los chicos y, a continuación, especifica que las listas de pasajeros han sido destruidas.

A través de una investigación personal, los familiares no localizan ningún elemento que pueda confirmar la llegada de los chicos a aquel aeropuerto. La misma Comisaría de Ciudadela, lugar de la supuesta liberación de los jóvenes, comunica que no posee ninguna información debido a un atentado que ha destruido la documentación.

En una denuncia al juez, Francisco Capitman asevera que no sólo en el caso de Laura y de Carlos, sino también muchísimas otras veces, el gobierno argentino ha comunicado que las personas liberadas de la prisión se han ido del país en vuelos de la Compañía Austral. Hipostatiza, por consiguiente, que la compañía aérea está controlada por el gobierno militar, hipótesis respaldada por testimonios según los cuales el mismo Suárez Mason ha revestido un rol directivo en la empresa.

Los familiares de los chicos de Avenida Segurola nunca recibirán una respuesta oficial de las autoridades pese a las muchas denuncias y a los prolongados esfuerzos por obtener, aunque más no sea, noticias parciales acerca de la suerte de los jóvenes.

Los padres de Morresi tratan desesperadamente saber algo incluso en el ambiente militar. Consiguen hablar con un Capitán del Ejército que les dice solamente estas palabras lapidarias sobre lo ocurrido en Segurola:

“Dos arriba, dos abajo”,

como diciendo que dos chicos siguen vivos y dos están muertos.

La familia Morresi jamás sabrá con seguridad si a Ruben lo han matado, y siempre continuará, aunque hayan pasado cuarenta años, abrigando la esperanza de que de alguna manera se haya salvado.

Algunos meses después de aquellos acontecimientos, Claudia Sant'Angelo vuelve a caminar por las calles de Villa Devoto. En las paredes del barrio aparecen algunas pintadas que rememoran los hechos pasados en Avenida Segurola: *“Honor y gloria a Morresi que murió fusilado”*. Estas pintadas, que están impresas en los muros por casi un año, son una prueba ulterior de lo que les sucedió a Ruben y a “Lía”.

“Toni” era un dirigente de primera plana de la Juventud Guevarista de Buenos Aires. Su captura provocó un vacío político que fue imposible colmar. Alberto Sant'Angelo se había criado en una familia que simpatizaba y votaba por la Unión Cívica Radical. Decide, por entonces, dirigirse a Raúl Alfonsín, abogado y prestigioso dirigente radical. Va a su estudio en Avenida Santa Fe al 1600 y ahí prepara el primer recurso de *Hábeas Corpus* para Norberto. Pasan pocos días y Alfonsín le comunica a Alberto que el recurso ha sido rechazado.

Sant'Angelo, entonces, le pide a Alfonsín que presente otro recurso. Tras haberlo presentado, Alfonsín le dice al padre de Norberto que esta vez no puede seguir el expediente procesal. Ha sido amenazado de muerte justo por causa de los recursos preparados para muchos familiares de desaparecidos. El dirigente radical le aconseja por lo tanto a Alberto que se dirija a la *Liga Argentina por los Derechos del Hombre*.

Los familiares de los chicos reiteradas veces son engañados o despistados.

El Comandante de la Comisaría 45 de Villa Devoto le comunica a Jorge López Calvo, el hermano de "Cecilia", que todos los sobrevivientes de Avenida Segurola se han escapado, inclusive su hermana. Miente desvergonzadamente no sólo porque ninguno de los cuatro chicos ha conseguido escaparse, sino también porque los policías de Villa Devoto han participado en el asesinato de "Quique" y de "Lía" y en la captura de "Toni" y de "Cecilia". Estos dos últimos, mientras se desarrolla el coloquio en la comisaría, ya se encuentran en Campo de Mayo.

Algunos hombres del Ejército y de la Policía les dicen de modo informal a los padres de "Lía", haberse dado cuenta una semana después de lo ocurrido en Avenida Segurola, que el operativo en Villa Devoto ha sido cumplido por el personal de la Comisaría 48 y no por el de la Comisaría 45. Uno de ellos, en las semanas posteriores, le comunica a la madre de "Lía" que le entregarán el cuerpo de la chica, pero esto nunca sucederá.

Hacia finales de 1978, un hombre que pertenece a la SIDE, Secretaría de Inteligencia del Estado, mintiendo, le comunica a Alberto Sant'Angelo que "Toni" aún está vivo y que se encuentra detenido en Trelew, base militar al sur del país. El padre se presenta ante el clero. El 10 de diciembre de 1976 se reúne con el nuncio apostólico Pío Laghi, con el Monseñor Graselli y el Cardenal Raúl Primatesta. De ellos nunca conseguirá respuesta alguna.

La misma suerte tienen las denuncias de los familiares de "Quique" y de "Vera", a quienes nadie les responderá.

El 17 de noviembre de 1976, la madre de "Cecilia", Jorgelina Edelmira Domínguez, le escribe una carta al Ministro del Interior, General Albano Harguindeguy, indicándole ya haber denunciado la desaparición de su hija a la Policía Federal, al Comando del Ejército, a la magistratura y, además, haberse dirigido hasta la Prefectura Naval, después de que en el río Luján han sido encontrados los cadáveres de dos mujeres. Hipotetiza que la desaparición de su hija esté relacionada con el operativo antisubversivo cumplido por el Comando de la Zona 4 de Villa Devoto, y afirma que, por deducción, posiblemente su hija ha sido herida y apresada por hombres del Ejército, o bien

asesinada; y que por ello las llamadas telefónicas anónimas han sido hechas para ocultar su desaparición.

Así, con amargura, termina su carta:

“Comprendo la gravedad de la situación, pero, animada sólo por mis sentimientos, quisiera ser capaz de obtener información sobre la suerte de mi hija a dos meses de los hechos”.

Jorgelina nunca recibirá respuesta alguna de Harguindeguy, y pasados casi tres años, el 8 de marzo de 1979, remitiéndole una carta al Coronel San Román, Director General de Seguridad Interior del mismo Ministerio, le solicitará la información que no había recibido y que nunca recibirá.

En 1984, Carmen Alonso de Porta, la madre de “Lía”, le escribe una carta conmovedora a la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, organismo instituido por el Presidente Raúl Alfonsín. Tildando a los militares que la habían engañado de cobardes, y con estas palabras describe a “Lía”:

“Mi hija, como persona, era una grande, muy valiosa...una idealista”

Las familias de los desaparecidos viven en un clima de terror y no pueden pedir abiertamente que vuelvan a la vida las personas secuestradas. El terrorismo de Estado ha creado una condición generalizada de miedo que obliga a estar en silencio. Cuando esto no alcanza, los genocidas recurren a las intimidaciones directas y hacen desaparecer incluso a aquellos que se han negado a ceder al miedo.

Alberto Sant’Angelo, como muchísimos familiares de desaparecidos, pide que, en familia, nadie hable de lo que está pasando realmente. Hay que decirles a los demás que “Toni” se ha ido a vivir a Perú con sus tíos, que se ha recibido y que su familia está esperando su regreso.

Su hermana Claudia, en su testimonio para nuestra investigación recuerda:

“Me he criado con el miedo de no poder hablar porque todo el mundo me decía que no podía hablar... para protegerme mis padres me anotaron en la Universidad privada de Belgrano... era una época tremenda y todos los que seguían la Universidad eran militares... incluso, he estudiado con el hijo del General Bussi y con la hija del General Ruiz y un día, estudiando en su casa, me dijo que el padre hacía las leyes contra la subversión...no podés imaginar lo que he pasado...”.

Durante los años de la dictadura, Italia se limita a emitir débiles solicitudes de información sobre la suerte de los italianos desaparecidos. Se trata, en casi la totalidad de los casos, de “notas verbales” que la Embajada Italiana de Buenos Aires le hará llegar al Ministerio del Interior de la República Argentina.

Como recuerda Enrico Calamai, Cónsul italiano en Buenos Aires en aquellos años, en su libro *Niente asilo politico* (Ningún asilo político), en los procedimientos de las relaciones diplomáticas, las notas verbales representan la forma de comunicación más amable que un país pueda expresar en sus relaciones con otro Estado. En definitiva, no tienen ningún peso político. Y, en realidad, todas quedan siempre sin respuesta de los argentinos.

La Embajada Italiana pide gentilmente información sobre los italianos Ana María Lanzillotto y Domenico Menna y el Ministerio de Relaciones Exteriores, invariablemente, como en cualquier otro caso, responde con cortesía: “*no se tienen noticias de estas personas*”.

Los órganos diplomáticos remitirán la enésima nota verbal en la que declaran que Elena Cristina Barberis de Testa, ciudadana argentina, es hija de italianos y, por lo tanto, según nuestras leyes, también ella es ciudadana italiana. La nota reitera que Elena ha sido secuestrada, junto a su marido Carlos Aníbal Testa, el 11 de septiembre de 1976, por hombres armados vestidos de civil, en el domicilio de Alejandro Magariños Cervantes en Buenos Aires.

El 31 de octubre de 1982, el osado periodista del “Corriere della Sera” Giangiacomo Foà, escribiendo en el diario milanés, denunció que, desde hace muchos años, en la caja fuerte de la Embajada de Italia de Buenos Aires se conservaban 297 expedientes de desaparecidos italianos en Argentina y que era escandaloso no haber reaccionado, con todas las fuerzas posibles, para salvar la vida de nuestros compatriotas, o por lo menos para pretender saber la verdad acerca de la suerte que han corrido.

Leyendo la larga lista publicada por Foà, encontramos los nombres de Helena Barberis (Elena Cristina Barberis “la Gringa”), Laura Creature (Laura Noemi Creatore “Julia”), Liliana Delfino, Maria Rosaria Grillo de Basanta, Ana M. Lanzillotto de Menna, y el de Eduardo Merbilhaá Cortellezzi (por vía materna, “Alberto” descendía de la familia Cortellezzi, emigrada del municipio de Campione de Italia). La lista estaba bastante

incompleta y no incluía, por ejemplo, los nombres de los italianos Domenico Menna, Norberto Sant'Angelo ni el de Ruben Morresi.

El 3 de noviembre de 1982, la agencia de noticias italiana ANSA hace saber de un listado de 30 niños, italianos o hijos de italianos, nacidos durante el encarcelamiento de sus madres y también ellos desaparecidos, entre los años 1975 y 1979. El registro ha sido presentado, en los meses anteriores, por la organización Abuelas de Plaza de Mayo al Papa Juan Pablo II y al Presidente de la República Sandro Pertini. En el documento incluso aparece el nombre del hijo de Domenico Menna y de Ana María Lanzillotto.

El 7 de diciembre de 1983, cuando solo faltan algunos días para la asunción de Raúl Alfonsín como Presidente, el Consulado Italiano de Buenos Aires presenta a la magistratura una instancia de *Hábeas Corpus* concerniente a 45 italianos desaparecidos en Argentina. En la lista figuran los nombres de Maria Rosaria Grillo, Ana María Lanzillotto, Domenico Menna y el de Laura Creature (Laura Noemí Creatore). El Cónsul italiano aclara que la medida se refiere a las personas que poseen únicamente la ciudadanía italiana, y que la lista no incluye a aquellas con doble nacionalidad o de origen italiano.

En resumen, la República italiana espera el fin de la dictadura para comenzar a reclamar justicia para sus propios ciudadanos.

Luigi Grillo, como muchos familiares de las víctimas del terrorismo de Estado, en la extenuante y vana búsqueda de su hija, después de haber presentado recursos de *Hábeas Corpus* y de haberse dirigido a las autoridades militares y de policía argentinas, le pide ayuda a las autoridades consulares y diplomáticas italianas y a la Iglesia Católica. Nunca recibe respuesta, así como ninguna información obtiene el padre de Venancio Domingo Basanta.

Luigi Grillo subraya que la hija es ciudadana italiana y que entonces la República italiana tiene que ocuparse de su desaparición. La prima de Rosaria, Mena Zabberoni, cuenta que en Argentina su tío busca a la hija incluso por los cementerios, de la Capital y del Gran Buenos Aires, y que siempre le pregunta a los guardianes si alguien ha enterrado a una chica menuda, rubia, de 25 años.

A Luigi le angustia la idea de haber provocado él mismo, involuntariamente, la captura y la desaparición de su hija. Con el paso de los años, cuenta su sobrina Mena, piensa que la suerte de su hija ha sido, después de todo, marcada también por el hecho de que antes de aquel 14 de septiembre de 1976, él se había dirigido a las autoridades consulares italianas en Buenos Aires para obtener el pasaporte de Rosaria y hacerla salir

cuanto antes. Piensa que su activismo de aquellos días ha llamado la atención de los militares y de los policías argentinos y que éstos, en cierto modo, han recibido o recabado información útil para secuestrar a Rosaria gracias al trámite burocrático iniciado en el Consulado.

En 1981, Luigi Grillo le pide ayuda a un parlamentario italiano, el Senador democristiano Onorio Cengarle. Cengarle le escribe al Subsecretario del Estado de Asuntos Exteriores Mario Fioret, que el 7 de octubre de 1981 le responde que no hay novedades en relación con la situación que el Ministerio ya le había comunicado, el pasado 28 de enero de 1981, a un familiar de Maria Rosaria y al Secretario General de la Presidencia de la República, que habían pedido la intervención del Ministerio de Exteriores. Fioret escribe que la joven Grillo aún está desaparecida y que el Ministerio del Exterior argentino no posee ninguna noticia.

Muchos años más tarde, Luigi Grillo se vuelve a presentar en el Consulado General de Italia en Buenos Aires. El 23 de febrero de 1994, declara que los responsables de los secuestros de Rosaria y de Venancio se han llevado de su vivienda muchos objetos de valor, pero que, cuando había ido a la Policía, no consiguió denunciar el robo porque ha sido amenazado e inducido a callar este hecho. Cuenta que ha presentado varias denuncias a las autoridades argentinas y al Consulado italiano, sin haber obtenido jamás una respuesta, y reitera que, aun vistiendo de civil, los hombres armados que entraron en su casa llevaban puestas boinas de lana, que él sabía bien son las usadas por la Policía Federal.

Luigi Grillo comparte su lucha con los hombres y las mujeres organizados en la Asociación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas y Gremiales, dirigida por la ítalo-argentina Lita Boitano, asociación que agrupa a muchos familiares de las víctimas con ciudadanía o de origen italiano.

Viaja muchas veces a Italia, quedándose en Nápoles y yendo a Roma, casi siempre acompañado por su sobrina Mena Zabberoni. En la capital italiana, trata de encontrarse con los exiliados argentinos llegados a nuestro país después del golpe, a finales de 1976 y principios de 1977, para preguntarles si habían encontrado a una chica rubia llamada Maria Rosaria Grillo.

A finales de los años ochenta, gracias a las fuertes presiones ejercidas por el grupo de familiares de las víctimas del terrorismo de Estado, empiezan en Italia las primeras investigaciones judiciales sobre la desaparición de los ciudadanos italianos durante el período del terrorismo de Estado. Los familiares de las víctimas le piden al Estado que

celebre juicios contra los responsables de los secuestros, de las torturas y de los asesinatos de jóvenes ciudadanos italianos o de origen italiano. Todas las investigaciones son realizadas por la magistratura romana.

Mena Zabberoni nos relata que muchas veces en aquellos años, a finales de los ochenta y principios de los noventa, acompaña a su tío a Piazzale Clodio, sede de las autoridades judiciales romanas, para permitirle a Luigi Grillo que dé su propio testimonio ante los magistrados italianos. Serán muchas las jornadas de larga espera en Piazzale Clodio, pero Luigi nunca logrará hablar con los jueces de instrucción ni prestar declaración.

El 21 de octubre de 1991, tiene que encontrarse a uno de los procuradores fiscales titulares de la investigación, y por este motivo ha llevado consigo toda la documentación que poseía sobre los secuestros de su hija y de su yerno. Espera todo el día en el Palacio de Justicia, pero finalmente no lo reciben. Amargado, le escribe una carta al magistrado explicándole estar sentido por no haber podido contar personalmente los hechos y que, por medio de su abogado de aquella época, Marcello Gentili, había de todos modos enviado la documentación y aclaraciones sobre el caso. Concluye su breve carta con estas palabras: *“En el juicio que se celebrará en Italia deposito mis últimas esperanzas de que se haga justicia sobre la desaparición de mi hija”*.

Aquella esperanza se frustrará y Luigi Grillo nunca más se encontrará con ningún magistrado.

También su cuñado, desde Nápoles, escribe cartas, dirigidas al Ministerio de Relaciones Exteriores y a la Iglesia Católica, en las que les pide a las instituciones que se ocupen del asunto de una joven italiana secuestrada en tierra argentina. La Iglesia Católica nunca le responde al cuñado de Luigi Grillo, mientras que el Ministerio de Relaciones Exteriores le envía notas burocráticas en las cuales, en el fondo, afirma que la República italiana tendrá en cuenta la comunicación recibida y nada más.

En los últimos años las condiciones de salud de Luigi Grillo van empeorando, y ya no quiere volver a Argentina, el país que le ha matado a su hija. Quiere morir en Nápoles.

En 1996, mientras está en Nápoles con su mujer y sus hijas, su salud se agrava rápidamente y no le permiten volver a Buenos Aires. Muere el 20 de octubre de 1996. Su mujer y sus hijas deciden no llevarlo a Argentina y lo sepultan en el cementerio de su barrio natal, Barra.

No había conseguido saber nada acerca del destino de su hija ni el de su yerno, sin importar que hayan pasado veinte años del secuestro del 14 de septiembre de 1976.

En 1998, el diario “*Il Mattino*” de Nápoles publica un artículo titulado “*De Barra a Buenos Aires*”, dedicado a la historia de Maria Rosaria Grillo. Después de haberlo leído, Mena Zabberoni le escribe una carta a la redacción del diario en la que dice que le había parecido leer la historia de una chica napolitana anónima emigrada y no la verdadera vida de su prima. Rosaria, dice Mena, era en cambio una chica que “...*ha dado su vida por la libertad en que creía*”.

Sólo a finales de los años noventa será posible obtener un fragmento de verdad para alguna de las personas recordadas en estas páginas.

La labor investigativa permite descubrir cuál ha sido el destino del secretario de la Juventud Guevarista desaparecido el 29 de marzo de 1976.

“El Negro” Ortiz no ha sido asesinado durante el ataque a la reunión del PRT. Permaneció en prisión por más de 40 días en un campo clandestino de detención y lo mataron el 12 de mayo de 1976. Su cuerpo fue enterrado en una tumba NN. Solo en 2006 los antropólogos forenses identifican con certeza sus restos.

Después el ataque a la quinta La Pastoril, el cuerpo de María Elena Amadio fue sepultado, secretamente, en el cementerio de Moreno y fue identificado y recuperado en 2004.

XVII

El análisis de los secuestros de los jóvenes guevaristas de Buenos Aires demuestra que, entre ellos, existe una línea única y una misma dirección represiva.

Los hechos se producen en zonas diferentes de la ciudad: Floresta, Villa Urquiza y Villa Devoto. Los procedimientos, sin embargo, son evidentemente coordinados entre ellos porque el objetivo es la captura simultánea de dirigentes y militantes de la Juventud Guevarista que no solamente se conocen entre ellos, sino que además han desempeñado juntos actividades políticas y, muchísimas veces, se han reunido colectivamente.

Todos adheridos al Frente Universitario y luego a la Juventud Guevarista, que por años se han encontrado para hacer política en la casa de Laura Creatore y de Rosaria Grillo, dentro de la Universidad y en otros sitios. Los secuestros ocurren en la misma noche, con diferencia de poquísimo tiempo uno del otro.

Al promediar el día 13 de septiembre, una Unidad del Ejército, miembros de la Policía Federal y de la Comisaría de Villa Devoto comienzan el operativo en Avenida Segurola, donde se hallan Ruben, Susana, María Eugenia y Norberto. Casi conjuntamente, alrededor de la medianoche, el Ejército y la Policía Federal hacen irrupción en la casa de los Erb, secuestrando a Patricia. Finalmente, hacia las 4.00 hs. de la madrugada, la Policía Federal y el Ejército llegan a Avenida Olazábal.

El comunicado oficial difundido por el Comando de Defensa de la Zona 4 del Ejército, sobre el procedimiento en Avenida Segurola, señala que el mismo ha sido conducido por las Fuerzas Conjuntas, es decir por el Ejército y la Policía Federal.

Muy probablemente a los mismos cuerpos de seguridad se les debe atribuir la responsabilidad del secuestro de Eduardo Raúl Merbilhaá, en la tarde del 14 de septiembre, por la estrecha conexión que existe entre la desaparición de Alberto y el operativo contra la Juventud Guevarista, hechos que no pueden dejar de ser adjudicados, en principio, a una única delación.

Serán hombres de la Policía Federal – así se presentan ante el portero del edificio – los que ponen patas arriba la vivienda de Rosaria y Venancio en el centro de Buenos Aires. La Policía Federal llevará a cabo el allanamiento, en Ramos Mejía, de la casa de los Basanta.

Unos meses antes, el 28 de marzo de 1976, el Ejército y la Policía Federal han secuestrado a Laura Noemí Creatore y a sus tres compañeros de la Facultad. Luego, en los meses posteriores, han intentado secuestrar, en vano, a Rosaria y a Venancio.

En Avenida Olazábal, junto a los policías, también hay muchos militares del Ejército Argentino, según un testimonio prestado a Luigi Grillo por una vecina de casa.

Los diferentes operativos son, por consiguiente, el producto evidente de una acción planificada y emprendida por el Ejército y la Policía Federal. Después de los resultados obtenidos en los meses pasados, es entonces el 14 de septiembre de 1976 cuando los genocidas le agregan otra pieza al plan de exterminio de militantes del PRT.

La Juventud Guevarista sufre otro durísimo golpe, casi decisivo. El mismo día, secuestran a su encargado nacional, se descubre la base donde se reunía su asamblea nacional y, por último, es capturado además el miembro del Buró político del PRT que se encarga del Frente Juvenil.

Apenas transcurridos dos meses, el 16 de noviembre de 1976, el Servicio de Inteligencia de la Prefectura Naval redacta la nota confidencial N° 18/76 sobre la Juventud Guevarista.

Para los analistas, el último encargado de la Juventud dentro del PRT ha sido Merbilháa y apuntan que la Juventud Guevarista ha recibido duros golpes, en especial por la pérdida de varios dirigentes nacionales.

La Juventud Guevarista se halla en una situación de reorganización y de repliegue, y trata de reavivar su propia acción sobre todo en el frente estudiantil, particularmente en las escuelas secundarias y en las fábricas. Según el Servicio de Inteligencia, la organización quiere introducirse con mayor fuerza en el ambiente de los jóvenes que, a los 18 años, van a cumplir el servicio militar y a reemplazar a los miembros que han caído o son pasados al enemigo. Los militares estiman que la Juventud Guevarista desmantelará sus aparatos más grandes y que tratará, lo más posible, de compartimentar la acción de los militantes que operan en la clandestinidad.

Según una publicación firmada por Jorge Negre, aparecida en el web, existe un importante documento de Inteligencia Militar, el informe N° 17/77 del mes de junio del 1977.

El informe, sobre la Juventud Guevarista, detalla que, en febrero de 1977, se reunió su Mesa Nacional, bajo el nombre de Rodolfo Ortiz "Horacio", donde se trazó el estado paupérrimo de la organización, tras la caída de tres miembros de su dirección en septiembre de 1976 (incluido su secretario general).

El informe nunca fue publicado y no se puede hacer una evaluación del documento. Pero, si el informe existe y tiene este contenido, casi seguro se refiere a la caída de los chicos de la Juventud Guevarista en Avenida Segurola el 14 de septiembre de 1976 y

parece confirmar la información sobre el cargo que tenía Norberto Sant'Angelo, es decir responsable nacional de la Juventud Guevarista.

XVIII

La lista de verdugos y la de los que fueron sus cómplices es larguísima. No obstante, al cabo de 40 años de aquellos sucesos, aún está considerablemente incompleta y, con muchas probabilidades, quedará por siempre así.

En la enorme mayoría de los casos, permanecen sin identificar centenares de personas que participaron materialmente en los procedimientos de secuestro, encarcelamiento, tortura y asesinato de prisioneros. La identificación de aquellos que pertenecían a los “*grupos de tareas*” es una labor sumamente difícil. No tenían identidad ni señas distintivas. No usaban sus propios nombres sino apodos o nombres de guerra.

Los familiares de las víctimas u otros testigos de los sucesos ocurridos, difícilmente podían y pueden identificarlos. Muchos de estos familiares y testigos hoy ya no viven.

En las historias contadas en estas páginas es realmente arduo identificar a las personas que secuestraron a los jóvenes guevaristas durante la noche del 13 al 14 de septiembre de 1976 y a las que, luego, los custodiaron, torturaron y por último los mataron. Sin embargo, en esta historia, algunos rostros son inmediatamente reconocibles.

Estos son los de aquellos que tenían una responsabilidad directa de mando, en el Ejército y en la Policía Federal, en septiembre de 1976. Fueron estas las entidades que condujeron todos los operativos y a ellos se les tiene que atribuir los secuestros y muertes de los jóvenes. Otros rostros son los de aquellas personas que no secuestraron, no torturaron ni mataron, pero sus manifiestas complicidades permitieron a los genocidas llevar a cabo el exterminio.

La documentación que concierne a los jóvenes guevaristas de Buenos Aires demuestra, como ha pasado en casi la mayoría de los casos de desaparición, que el Poder Judicial fue un engranaje esencial del terrorismo de Estado. Los fiscales y los jueces, estos últimos formalmente independientes del Poder Ejecutivo, fueron condescendientes, encubridores o cómplices. La magistratura estaba totalmente vinculada a esta guerra sucia y esto es una demostración más del componente civil de la dictadura militar y el carácter de guerra civil de la llamada *guerra sucia*.

Los recursos de *Hábeas Corpus*, presentados al juez después de la desaparición de un pariente, tendrían que haber salvaguardado las libertades fundamentales de cada individuo. Esos servían para pedirle al juez que emitiese una orden para impedir o poner fin inmediatamente a un arresto ilegal o una detención arbitraria, o para que exigiese que la persona compadeciera enseguida ante un juez o que se formulase una acusación en su contra.

En los años de dictadura, los magistrados no desempeñaron ninguna actividad investigativa y los jueces, burocrática e inútilmente, se limitaron a escribirles a las autoridades militares y de seguridad para saber, por los mismos represores, si una persona había sido arrestada o se encontraba detenida en aquel momento.

Naturalmente – salvo excepciones en contados casos en los que el Poder Ejecutivo de la Nación declaraba que una persona estaba presa –, las respuestas eran indefectiblemente negativas.

En definitiva, esta fue la única función que el Poder Judicial realizó tras haber recibido las denuncias de los familiares. Así, el auto de procesamiento, basándose en las informaciones suministradas por los mismos terroristas de Estado que habían cumplido el secuestro, se cerraba sin resultado final.

Es sabido que muchos diarios y otros medios de comunicación han sido fervientes partidarios del Estado terrorista, y que muchos de ellos fueron cómplices o aquiescentes con las atrocidades que se estaban cometiendo. No sabemos la identidad de los periodistas que, en septiembre de 1976, escribieron los artículos acerca de los hechos ocurridos en Avenida Seguro porque las notas son anónimas. Éstos publicaron sólo las noticias difundidas por los comandos militares y de Policía que habían consumado el operativo y, entonces, representaron lo ocurrido en Villa Devoto como los genocidas querían que fuera representado.

En resumen, contribuyeron a ocultar la verdad de una acción policial clandestina, ilegal, brutal y criminal efectuada con el único objetivo de asesinar o capturar jóvenes y conducirlos a un campo de concentración clandestino. Ellos llevan el peso de la responsabilidad por no haber contado la verdad, de haber difundido noticias del Partido Militar y de haber ayudado, de esta manera, al terrorismo de Estado.

Jorge Rafael Videla, en septiembre de 1976, era el Comandante del Ejército y el Presidente de la Junta Militar que había asumido al poder en el mes de marzo.

La zona de Campo de Mayo estaba ubicada en un territorio que era competencia del General Carlos Suárez Mason, Comandante del Primer Cuerpo del Ejército. Campo de Mayo estaba bajo jurisdicción del Comando de Institutos Militares encabezado, en 1976, por el General de División Santiago Omar Riveros, juzgado y condenado, en Argentina y en Italia, por crímenes de lesa humanidad. Lo seguían, en escala jerárquica, el General de Brigada Fernando Humberto Santiago y uno de los represores más feroces de aquellos años, el Coronel Fernando Ezequiel Verplaetsen, Jefe de Inteligencia de Campo de Mayo, quien se ocupaba a diario del funcionamiento del mismo. La administración de “El Campito” estaba en manos del Teniente Coronel Jorge Vosso “Victor”.

Albano Harguindeguy, antes Jefe de la Policía Federal durante la Presidencia de Isabelita Perón, era Ministro del Interior y tenía bajo su órbita a la Policía Federal.

Edmundo René Ojeda, en septiembre de 1976, era el Jefe de la Policía Federal. Había alcanzado la cumbre de la institución después del atentado con bomba efectuado por los Montoneros, el 2 de julio de 1976, en el Comedor de la Superintendencia de Seguridad Federal, en la calle Moreno, en la ciudad de Buenos Aires, episodio que provocó la destitución del General Arturo Amador Corbetta. La Policía Federal fue uno de los principales pilares del sistema represivo destinado al genocidio.

El Jefe de la Comisaría 39 con jurisdicción en la zona de Villa Urquiza, que la tarde del 14 de septiembre de 1976 recibe la denuncia de Luigi Grillo y que, probablemente, amenaza al padre de Rosaria para que no revelase que los secuestradores eran también ladrones, era el Comisario Daniel César Carballo. Según la tarea investigativa realizada por investigadores argentinos, en la Comisaría 39 funcionaba, en aquellos años, un centro clandestino de detención.

El Oficial de Policía que, el 15 de septiembre de 1976, prestó una declaración de conveniencia asegurando que nada había demostrado los secuestros de Maria Rosaria Grillo y de Venancio Basanta, se llamaba Raúl Molina Taboada, tenía 23 años y prestaba servicio en la Comisaría 39. Si hubiese contado la verdad, tendría que haber declarado que la Comisaría 39 de Buenos Aires, en realidad, había sido avisada por la Policía Federal que durante la noche del 13 al 14 de septiembre se llevaría a cabo a cabo un procedimiento antisubversivo en Avenida Olazábal 5828, puesto que ninguna maniobra represiva se cumplía sin antes haber informado al órgano de seguridad competente.

La fuerza policial presente en el territorio, obviamente, tenía que saber por adelantado que el grupo, compuesto por hombres armados vestidos de civil que irrumpirían en una vivienda, estaba constituido por colegas y no por otras personas. La información era absolutamente necesaria porque, muchas veces, los ciudadanos alarmados y asustados llamaban por teléfono enseguida a la Comisaría de la zona. Los policías entonces podían contestar que, en una calle determinada, se estaba realizando un operativo de seguridad. En septiembre de 1976, la Comisaría 45 de Villa Devoto, seguramente implicada en el operativo de Avenida Seguro, estaba bajo las órdenes de Alfredo Jorge López. Probablemente es él la persona que proporcionó información falsa o para despistar a Jorge López Calvo.

El oficial que, el 27 de septiembre de 1976, por disposición de René Ojeda le escribe a un juez comunicándole que la Policía Federal no contaba con ninguna noticia relativa a las

detenciones de Maria Rosaria y de Venancio, era el Comisario Inspector Ignacio Pappalardo, Jefe del Departamento de Actuaciones y Depósitos.

El Comisario Jorge Eduardo Noren, Segundo Jefe de la División Seguridad Personal, era en cambio la persona que, el 15 de diciembre de 1976, escribió una nota certificando que las investigaciones sobre los destinos de los dos jóvenes no había producido ningún resultado y que, por lo tanto, enviaba los expedientes a los Tribunales.

A su vez, el Oficial que el 22 de diciembre de 1976, cuando recibió la nota, la transmitió al juez era el Comisario Francisco Pablo Rissolt, Jefe de la División Tribunales.

El fiscal federal que le impartió al juez la disposición de cerrar, con prontitud, la investigación sobre los secuestros Grillo-Basanta se llamaba Ricardo Reto. Eduardo Francisco Marquardt era el juez que recibió los recursos de *Hábeas Corpus* presentados por Venancio Joaquín Basanta, quien tuvo la oportunidad de hablar con las autoridades policiales y con las de las Fuerzas Armadas, y que por último, el 5 de noviembre de 1976, cuando ni siquiera habían transcurrido dos meses del secuestro, adaptándose a las disposiciones recibidas por el fiscal Reto, ordenó el cierre de la investigación. Marquardt era el yerno del General Ibérico Saint Jean, Gobernador de facto de la Provincia de Buenos Aires después del golpe de Estado hasta el 1981. Saint Jean ha sido procesado por crímenes de lesa humanidad.

El juez estaba ciertamente muy unido al régimen de Videla. Tanto que, en 1977, es quien ordena los arrestos del ex dictador General Alejandro Lanusse y de los demás miembros de la Junta Militar de los primeros años setenta.

En años más recientes, sobre Marquardt fueron efectuadas investigaciones para cerciorarse de su responsabilidad por las desapariciones de Gonzalo Abel Carranza y de Juan Petigiani.

Sobre su persona ha prestado declaraciones muy severas Patricia Walsh que, justo a él, en junio de 1977, le presentó un recurso de *Hábeas Corpus* en beneficio de su padre, el célebre periodista Rodolfo Walsh asesinado por los militares.

El Teniente Coronel Justo Jacobo Rojas Alcorta, de la Dirección General de Asuntos de Policía e Información, era el agente que, por disposición del Ministerio del Interior, el 17 de septiembre de 1976 le comunicó a Marquardt y a su secretaria Celia Vásquez de Etchichury que, hasta las 16.08 hs. de aquel día, el Poder Ejecutivo de la Nación no había impartido medidas para privarles de la libertad a Venancio y a Maria Rosaria.

El juez penal de la ciudad de Morón que se encargaba de la denuncia presentada por Venancio Joaquín Basanta se llamaba Rogelio March.

El Comisario Mayor Juan José Giachino, Director General de Asuntos Judiciales, fue la persona que, el 16 de septiembre de 1976, por órdenes de Ojeda, le escribió a Marquardt diciéndole que la Comisaría 39 había comunicado que, en su jurisdicción, existía un dossier relativo a los secuestros Grillo-Basanta asignado al juez nacional de primera instancia Práxedes Sagasta.

El otro funcionario del Ministerio del Interior que recibió la carta de la madre de María Eugenia López Calvo era el Coronel Vicente Manuel San Román, Director General de Seguridad Interior. Es el mismo funcionario que firmó la nota oficial en la que se aseguraba que el Ministerio no poseía ninguna información sobre el destino de Laura Carlotta, la hija de Estela. Su nombre figura en la documentación del CONADEP por tareas desempeñadas en los centros clandestinos que operan en la ciudad de La Plata.

Rafael Sarmiento era el juez que se ocupó de los recursos de *Hábeas Corpus* presentados tras el secuestro de Laura Creatore. El juez federal que recibió la denuncia por la desaparición de “Quique” y que, el 13 de agosto de 1979, denegó el recurso de Elio Morresi, se llamaba Ramón A. Montoya. El juez de instrucción que adoptó una análoga decisión, en septiembre de 1980, se llamaba Carlos Bourel.

El juez de instrucción que, el 15 de octubre de 1976, rechazó el recurso de *Hábeas Corpus* presentado a favor de María Eugenia López Calvo se llamaba Diego Peres. Una decisión igual ha sido tomada por el juez de instrucción Héctor Grieben el 5 de octubre de 1976.

Los jueces que, con el paso de los años, desde 1976 hasta 1983, fueron titulares de los expedientes abiertos a continuación de las denuncias presentadas por Alberto Sant’Angelo se llamaban Ocampo, Vaccaro, Nerio Bonifati, José I. Garona, Guillermo Rivarola, Anzoátegui y José Nicasio Dibur.

Los militares que, unos meses después de la captura de Norberto Sant’Angelo, el 29 de marzo de 1977, se encontraron con su padre Alberto y lo engañaron, diciéndole que no tenían ninguna información sobre su hijo, eran el Suboficial Mayor Asunción Manuel Nemillo y el Coronel Ruarte.

XIX

Desde hace cuarenta años, Laura Noemí Creatore, Maria Rosaria Grillo, Venancio Domingo Basanta, Ruben Osvaldo Morresi, Norberto Daniel Sant'Angelo, María Eugenia López Calvo, Susana Beatriz Porta, Silvia Mabel Zugazti y Eduardo Raúl Merbilhaá están desaparecidos.

Ningún represor o cómplice suyo ha sido, hasta hoy, condenado por los hechos que, según las convenciones internacionales y los jueces argentinos, tendrían que ser calificados como crímenes de lesa humanidad.

Estos crímenes son el secuestro, la tortura y la desaparición temporal de Patricia Erb, y el secuestro, la tortura, la desaparición y el asesinato de los demás jóvenes guevaristas y de "Alberto Vega".

Jorge Rafael Videla ha muerto antes de que llegase a su conclusión el proceso en el que estaba imputado por la desaparición de Ruben Morresi.

Solamente en el caso de Laura Creatore, los jueces argentinos han dictaminado, en 2009, una condena a cadena perpetua a Jorge Olivera Róvere, General de alto rango del I Cuerpo del Ejército. No obstante, aún siguen impunes muchos otros responsables de su detención y muerte. Según la información obtenida por el PRT-ERP y divulgada por Norberto Sant'Angelo, Laura Creatore ha sido asesinada en la masacre de Fátima ocurrido el 20 de agosto de 1976. Esta noticia, muchísimos años más tarde, ha sido confirmada por un ex miembro de los Servicios de Inteligencia del Ejército, Juan Carlos Ambas, que ha declarado que a Laura Creatore y a Carlos Capitman los mataron en ese lugar.

Han sido identificados sólo 20 de los 30 cuerpos descubiertos en Fátima (específicamente, los antropólogos todavía tienen que atribuirles una identidad segura a dos mujeres), y vale la pena, por lo tanto, continuar investigando esta matanza así como continuar investigando a la Comisaría de Haedo, el último lugar donde Laura Creatore fue vista con vida.

Según la reconstrucción contenida en las páginas de este libro, es posible que Rosaria, Venancio, Norberto y María Eugenia, presos en Campo de Mayo, después de haber sido largamente torturados y sometidos a enormes sufrimientos, en octubre de 1976 hayan sido cargados en un avión y, aún con vida, arrojados al Río de la Plata o al Atlántico.

De los cuatro, únicamente Rosaria todavía podría haber quedado con vida por unos meses. Si no la mataron junto a sus compañeros porque estaba embarazada, dio a la luz

en abril de 1977, en el Hospital Militar de Campo de Mayo o en otro centro clandestino de detención y, enseguida, los militares la asesinaron.

El hijo de Rosaria y de Venancio hoy tendría unos cuarenta años, la misma edad del hijo de Domenico Menna y de Ana María Lanzillotto, e incluso del hijo que, probablemente, nació del vientre de Liliana Delfino durante su detención.

Silvia, casi con seguridad, permaneció con vida por más tiempo, según el creíble testimonio de la vecina de casa de los Zugazti. También ella, no obstante, ha sido asesinada. No sabemos nada del paradero del bebé que, en julio de 1976, estaba gestando ni conocemos, aún hoy, la identidad de su novio, Alfredo.

No sabemos nada del secuestro de Merbilhaá, ni siquiera el lugar donde fue agarrado por los mismos militares que habían secuestrado u asesinado los jóvenes de Avenida Segurola.

Ruben Morresi y Susana Porta fueron ultimados por los terroristas de Estado que asaltaron la vivienda de Avenida Segurola 3881. Sus cuerpos nunca fueron entregados a sus familias.

En los años de terrorismo de Estado, los genocidas, casi siempre, se liberaban de los cuerpos de las víctimas enterrándolos en descampados y sin ninguna indicación, dentro de las áreas militares o en cementerios municipales en los que las personas eran secretamente sepultadas en tumbas anónimas, tumbas NN.

Los cuerpos de Ruben y de Susana podrían estar enterrados en el Cementerio de la Chacarita o en el Cementerio de San Martín, es decir en lugares próximos a la zona de los homicidios.

El Cementerio de San Martín, fundado en el Ochocientos, es el lugar en el que se sepultaron también los cuerpos de las personas fusiladas durante la *Revolución Libertadora*.

No está ubicado en la ciudad de Buenos Aires sino en la provincia. Pero es el cementerio más cercano a Avenida Segurola.

Existe una pista concreta que conduce al Cementerio de San Martín. Al finalizar la dictadura, el diario *La Razón* del 30 de diciembre de 1983 escribió que un senador de la Provincia de Buenos Aires, Sirio Augusto Gómez, había denunciado que en el Cementerio de San Martín, en el mes de mayo de 1976, han sido enterrados, en fosas comunes, varios cadáveres no identificados.

Algunos empleados del cementerio confirmaron la versión mantenida por el senador. Los certificados de defunción de estas personas daban fe que las causas de deceso se debían

a enfermedades cardíacas pero, abriendo los féretros, se descubrían restos de jóvenes, mujeres embarazadas y adolescentes que presentaban heridas de bala. Los terroristas de Estado que efectuaron aquellas sepulturas en mayo de 1976, seguramente continuaron haciéndolo incluso en los meses y años siguientes.

Conclusión

Al término de la tercera guerra servil, en el 71 a.c., las legiones del Cónsul romano Marco Licinio Craso enfrentaron y derrotaron al ejército de Espartaco. Todos los combatientes que no habían muerto en batalla fueron ajusticiados.

Según el historiador Appiano, alrededor de 6.000 espartaquistas – desnudos, como lo ordenaban las leyes romanas – enfrentaron el suplicio de la crucifixión. Fueron exhibidos, como advertencia para todos aquellos que tenían ánimo de rebelarse, a lo largo de la Vía Appia, entre Capua y Roma.

Pero la tierra de la Vía Appia, mezclada con la sangre de los derrotados, germinó nuevas semillas y, a pesar de la matanza, la Roma imperial y esclavista ya no fue la misma.

Fueron unas 5.000 personas las que enfrentaron el suplicio en el más infame campo de concentración de los terroristas de Estado argentinos. Los tormentos que sufrieron fueron aún más atroces que los que los romanos les reservaban a los esclavos rebeldes.

Y los genocidas argentinos, incluso, como en el 71 a.c., volvieron a practicar los métodos de los antiguos romanos, como empalar y crucificar los prisioneros. Eso ocurrió al sacerdote Nelio Rougier Martín “don Gringo”, militante del PRT-ERP, asesinado, por crucifixión, en el centro clandestino de detención Escuelita de Famailá, a Tucumán, cuando gobernaba Isabelita Perón.

Pero también la tierra de Campo de Mayo, como la de la Vía Appia, mezclada con la sangre de los jóvenes guevaristas de Villa Urquiza y de Villa Devoto, germinó nuevas semillas y, a pesar de la matanza, Argentina no se convirtió en lo que los genocidas habían imaginado.

Postfacción

Una huella en la memoria

por Diego Ortolani Delfino*

Leer “El Minuto”, de Pino Narducci, en las circunstancias en que lo he leído, dejará seguramente una huella indeleble en mi memoria, una más en esa larga cadena de huellas de las experiencias que uno, habiéndole tocado en suerte cierta trayectoria vital, no puede evitar, y de las que tiene que hacerse cargo por los senderos que van trazando. Senderos que se bifurcan y luego vuelven a confluir, a veces coherente, otras caprichosamente; a veces de modo elegido, otras de modo indecible. El signo, el valor de nuestra subjetividad y sus decursos resultan de los intrincados entrecruzamientos implícitos, y de las inevitables elecciones vitales que debemos tomar en sus encrucijadas. En ellas la conciencia, el razonamiento, la lucidez, son fundamentales, pero no menos esenciales son la voluntad, la fe, las fuerzas del corazón y aquellas elementales de un cuerpo que, insospechadamente, así como una vez decaen, otras se reactivan.

Leer este libro entonces, en una situación precisa, no puede no dejar una huella. Llegué a Napoli por una feliz serie de circunstancias, que me portaron en definitiva a encarar una investigación sobre ese laboratorio de creatividad sociopolítica que es la ciudad ahora mismo, plena de la actividad bullente de los movimientos políticos, sociales y culturales que la hacen erupcionar de un modo tan interesante, algunas de cuyas experiencias pude compartir. Encontrarme, conocer y comenzar una amistad con Pino y sus compas napolitanos, en estas circunstancias, no puede sino haber acrecentado la alegría de todos esos encuentros, que seguramente nacen de las afinidades electivas y que, como decía Spinoza, incrementan la potencia del existir.

Quizás estas circunstancias, y las fuerzas (personales y colectivas) que las traman, sean las que propicien que, entre todos los sentimientos y pulsiones que estas páginas evocan (épica y drama, admiración y dolor, aliento y circunspección), tiendan a primar aquellas vitales y alentadoras. En ese sentido, un primer agradecimiento, a los contextos de lectura y sus protagonistas, por ese sopro de aliento vital.

Una parábola se traza casi por si sola entrecruzando estas experiencias, el libro de Pino y la evocación de ese bellissimo film de Francesco Patierno que es “Naples 44” (que tuve ocasión de ver, con mi familia, junto a Giuseppe Klain, otro amigo napolitano y compañero de ruta de Pino). Porque si en una ciudad así de devastada por el fascismo y la guerra como la que muestra el filme, la potencia y el ingenio popular se mantenían

vivas incluso en aquellas durísimas circunstancias, y las reencontramos (todo lo cambiadas y devenidas que se quiera) en las acciones y pasiones de los movimientos napolitanos contemporáneos, las esperanzas de que hay vida después de la tragedia se actualizan.

También nosotros en Argentina y en América Latina tuvimos nuestros Naples 44, nuestra devastación, y también nosotros hemos redescubierto la potencia de los movimientos y de la rebeldía después del dolor (o incluso en el dolor, como se ve en el libro, por ejemplo en el aliento inolvidable del Gringo Menna a sus compas, en aquellas terribles circunstancias). Pensar y sentir lo que surge del entrecruzamiento de estas parábolas, de estas posibilidades, es toda una inspiración, compleja y simple a la vez.

En una reseña sobre el libro “Los doblados”, de Ricardo Ragendorfer, sobre los agentes de la inteligencia militar infiltrados en la guerrilla, el columnista se preguntaba cual podía ser el valor de un libro, otro más, de los ya casi incontables que se han escrito sobre los 70 argentinos. Después de tanta tinta, y tanto tiempo, qué interés puede suscitar un libro más ahora. En ese caso, lo encontraba en esto y lo otro, en el tono, en la maestría de la escritura, en sus rejuegos con el asunto (el enfoque) bastante novedoso del tema, en su voluntad de memoria y reactualización. Si nos preguntamos lo mismo sobre “El Minuto”, surgen muchas razones. Seguramente una no menor es aquella de recordar la historia de los 70 argentinos al lector italiano, la del genocidio pero también la de las luchas y sus potencias. Pino y sus compañeros vienen desarrollando una sostenida labor de rescate de la memoria histórica, un aporte (invaluable como lo son todos, los pequeños y los grandes) a la lucha contra la impunidad y el olvido, a través de páginas en internet, de exposiciones, de proyecciones, de la promoción de un Día oficial italiano por la memoria de las y los desaparecidos argentinos de origen italiano. Creo que este libro condensa y relanza toda esa actividad. Lo dicho: un aporte muy valioso, que esperamos trascienda y se disemine, por medio de esa potencia perviviente de la lectura, de la reflexión y la emoción que suscita. Por supuesto, ojalá ese efecto se multiplique por medio de la traducción y la circulación entre nosotros, lectores latinoamericanos.

Se ha escrito ya (pero vale recordarlo aquí), sobre la singularidad de la lucha argentina por la memoria, la verdad y la justicia. Esa lucha, en su inigualable extensión e insistencia, ha nutrido las fuerzas para la apertura de las brechas en la dominación que nos legó el terrorismo de Estado, ha estado en la base de las emergencias populares que han cuestionado ese dominio, devenido neoliberalismo en la posdictadura, y por su ejemplaridad no tiene parangón casi en la historia contemporánea, por lo cual ha sido y

sigue siendo una inspiración universal. Creo que de alguna manera este libro viene a inscribirse en esos afanes, y a su modo y según sus posibilidades, a alentarlos.

Porque se verá que este libro, hablando de la trayectoria vital de una ragazza napolitana guevarista y perretiana, no habla sólo de ella, sino también de las vidas de sus compañeros y compañeras, de las luchas de su generación y de su época. No es sólo una denuncia y un clamor por verdad y justicia (irrenunciables y siempre necesarios), sino también evocación de las potencias de aquellas luchas. Siento que en este libro se despliegan la habilidad y los recursos de un investigador como Pino, y a la vez también un sentido compromiso histórico y afectivo con los protagonistas, con sus sueños y esfuerzos revolucionarios.

Recuerdo cuando era pequeño y veía, en las paredes de mi casa del exilio cubano (que ya no sería luego exilio sino segunda patria), los posters de los comités italianos de solidaridad con las víctimas del terrorismo de Estado argentino. Las primeras palabras que conocí y aprendí del italiano (unas pocas) las vi en esos posters. Luego sabría que la solidaridad italiana con las luchas argentinas contra la impunidad, por la denuncia del genocidio y todo ello, había sido casi única en su intensidad (si bien insuficiente ante la indiferencia oficial del Estado italiano). Sabría que muchas veces, en muchos otros contextos, hubo desconocimiento u olvido del drama argentino, y que fue en Italia donde la solidaridad fue más activa. Creo que este libro prolonga de alguna manera aquella solidaridad inolvidable pero poco conocida, sobre lo cual espero que estos esfuerzos contemporáneos la desempolven y contribuyan a darle su merecido lugar en nuestra historia.

Con todo lo que cuesta hablar desde lo personal frente a una lectura como esta, no puedo dejar de sentir y expresar una gran emoción por la mención de mi madre, Liliana Delfino, del Robi Santucho, del “tío Alberto” (Eduardo Merbilhaá) y de otros familiares y presencias de mi más tierna infancia, más que hermanados con María Rosaria y sus compañeros en los sueños y los sacrificios. Como lo estuvo también mi padre, Luis Ortolani, recientemente fallecido pero fiel siempre a esta historia dura y luminosa a la vez. En un momento especial del cruce de la historia con lo personal (una vez más, y en varios sentidos ahora de manera nuevamente conmocionante), me cuesta dejar este sentimiento de lado.

Hay algo específico en este libro que se insinúa y que puede resguardar un interés particular. En la historización sobre los 70 se ha escrito sobre cuestiones tan interesantes, por ejemplo, como aquellas de en qué modo, en la vida cotidiana de las organizaciones revolucionarias, en sus espacios y tiempos concretos (las casas

clandestinas, las escuelas de formación, las relaciones sociales e interpersonales, etcétera), se ensayaban formas de vida (la cuestión del “hombre nuevo”), una producción de subjetividades emancipadas de modo performático, se diría, y varias cuestiones de interés similar. No sin tensiones éticas, morales y afectivas de todo tipo, también. En ese sentido, el tema de la juventud, ese modo de ser social que emerge con fuerza en los 60 y los 70, poniéndose a sí misma como categoría sociológica y teórica incluso -de manera similar a los estudiantes-, planea sobre estas páginas y deja varias hebras que seguir y pensar. Los protagonistas de esta historia no eran sólo militantes revolucionarios, eran también jóvenes militantes de los 60 y los 70.

En su obra “Formas de vida: el arte moderno y la invención de sí”, Nicolás Bourriaud, con respecto a la evocación, al recuento y la historización de las vanguardias artísticas del siglo XX, de sus decursos críticos y revolucionarios (desde el asunto de la puesta en cuestión del lugar de la institución arte y sus formas, hasta el enunciado de la identificación del arte con la vida, como una praxis transformadora indiscernible de la vida, tan en diálogo con aquel otro del hombre nuevo), se pregunta por qué valor puede tener tal evocación en una época en la cual el capitalismo tiende a subsumir al arte en la lógica mercantil/neoliberal, a tornarlo mero gadget publicitario, repetición al infinito de invenciones ingeniosas que parecen no tener capacidad crítica casi, ingeniosidades para las que la historia de las vanguardias funcionan como un catálogo de estériles sugerencias y guiños. Bourriaud se responde que es en la evocación misma de las preguntas de las vanguardias, de la historia vivida y enraizada de las cuales surgieron, de las potencias críticas y creativas que pusieron en juego y laten en esa historia, donde asoma el valor de tal recuento, operación que habilita siempre un diálogo genuino con el presente, a condición de que este inspire el soplo crítico y revolucionario de tal historia, y no lo deje morir. Probablemente algo similar nos podamos preguntar con respecto a las vanguardias políticas, parte de cuya historia (en un contexto preciso), de sus sueños y sus tragedias, se evoca en estas páginas. Quizás ese sea en una medida el sentido de las bellas palabras de Eduardo Galeano que nos recuerda Pino, sobre nombrar y traer de vuelta.

Mucho se ha discutido en Argentina, debates que con distintos énfasis y tonos se han dado de modo similar en tantos otros contextos latinoamericanos, sobre los problemas de estrategias y tácticas políticas de las vanguardias revolucionarias de los 70. Algunos de aquellos debates (que nos acalararon tanto a tantos, en los 70 y también después) hoy son inactuales y estériles. Otros conservan probablemente su actualidad. Frente al estado actual de nuestro mundo, en todo caso, hay algo fundamental de esos debates

que se reactualiza casi solo, aquello de la posibilidad de la transformación profunda de una realidad injusta que está en estado prácticamente de catástrofe civilizatoria. La vida no es sólo revolución, como nos cuentan las mismas historias de María Rosaria y sus compañeros, plenas de humanidad, de alegrías y desventuras cotidianas, sencillas y vivaces como las de cualquier ser humano. Pero también puede serlo, nos dicen quizás, nombradas y traídas -como quería Galeano- por este libro. Otra cosa es cuáles pueden ser sus caminos hoy, pero nombrar y traer permite recordarlo. De modo que el aniquilamiento, ese específico y razonado objetivo del genocidio, que el libro enfoca con avisada mirada, no se consume definitivamente.

Gracias a su autor y a sus colaboradores por este empeño, por entretejer unos hilos que unen a Napoli, a Italia, a Argentina, a América Latina.

*Diego Ortolani Delfino es hijo de dos importantes dirigentes del PRT, Luis Ortolani y Liliana Delfino, desaparecida en 1976. Exiliado con su familia adoptiva Santucho ese mismo 1976 en Cuba, a los 6 años, creció en la isla compartiendo la suerte del pueblo y la revolución cubana. Se licenció en Biología en la Universidad de La Habana. En 1993 retornó al sur y participó en las luchas contra la impunidad y por la memoria, militando en las agrupaciones Hijos y en la Comisión Funa en Chile. También participó en otros ámbitos activistas, colaborando en Argentina con el Colectivo El Mate, la Cátedra Libre Ché Guevara de la UBA, con el colectivo de investigación militante Situaciones y la editorial Tinta Limón, así como en Chile con diversos espacios militantes. Actualmente vive en Santiago de Chile con su familia, escribe y colabora con redesactivistas.

Índice

Prefacio

Introducción a la edición en italiano

Introducción a la edición en castellano

Prólogo

Cap. I Avenida Olazábal

Cap. II Nápoles - Buenos Aires

Cap. III Años tempestuosos

Cap. IV “Cholo”, el ERP, Tucumán

Cap. V El Minuto

Cap. VI Los jóvenes del Frente Universitario

Cap. VII Lucha a los subversivos

Cap. VIII Grupos de tareas

Cap. IX El secuestro de “Julia”, la clandestinidad

Cap. X Desde marzo hasta septiembre

Cap. XI El secuestro de “Cindy”

Cap. XII El secuestro de “Irene” y de “Cholo”

Cap. XIII Avenida Segurola

Cap. XIV El Campito

Cap. XV La búsqueda

Cap. XVI La batalla por la verdad

Cap. XVII Un solo hilo

Cap. XVIII Verdugos y cómplices

Cap. XIX Una hipótesis

Conclusión

Postfacción

Documentos y testimonios

Testimonios al autor de Patricia Erb, Jorge Eduardo Cagnolo, Griselda Fernández, Claudia Sant'Angelo, Marisa Zugazti, Victoria Cincotta, Mena Grillo, Anna Grillo, Néstor De Giorgi, Mena Zabberoni, Gabriel Bari, Adriana Creatore, Elsa, Margarita Merbilhaá, "Marcos", Julio Santucho, Luis Mattini, Abel Bohoslavsky, Carlos Gabetta, Silvia Hodgers, "Gabriela"

Testimonio a Victoria Cincotta de Claudio Cifre

Documentos entregados al autor por Jorge Enrique López Calvo, Sandra Bolo, Elisa Marta Basanta, Claudia Sant'Angelo, Marisa Zugazti, Victoria Cincotta, Mena Grillo, Mena Zabberoni, Adriana Creatore, "Marcos" y Carlos Somigliana

Decretos del Presidente de la Nación Argentina N° 261 del 5 de febrero de 1975 y N.os 2770, 2771 y 2772 del 6 de octubre de 1975

Directivas del Comando General del Ejército argentino del año 1975

Correspondencia confidencial de septiembre de 1976, desclasificada en 2006, intercambiada entre la Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires y el Departamento de Estado-Washington sobre el secuestro de Patricia Erb

Declaraciones de Patricia Erb de 1976, después de su liberación y regreso a Estados Unidos

Correspondencia mantenida, entre 1976 y 1983, entre la Embajada de Italia en Buenos Aires y el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Argentina

Recursos de *Hábeas Corpus*, denuncias y declaraciones judiciales de Luigi Grillo, Venancio Joaquín Basanta, Alberto Clemente Sant'Angelo, Marisa Zugazti, Adriana Creatore

Documentos judiciales sobre los secuestros de Rosaria Grillo y de Venancio Domingo Basanta

Informe 18/76 del Servicio de Inteligencia de la Prefectura Naval sobre la Juventud Guevarista

Documentos sobre le actividades, en Italia y en Argentina, de Luigi Grillo en los años '80 y '90

Legajo de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos sobre el secuestro de Laura Noemí Creatore y de Carlos Capitman y documentos del juicio penal contra Jorge Olivera Róvere

Ediciones de los diarios mexicanos "*El Sol de México*" del 17.9.1976 y "*Excelsior*" del 16.9.1976

Ediciones de los diarios argentinos "*La Opinión*" del 25 de septiembre de 1976; "*Clarín*" N° 10968 del 15 de septiembre de 1976 y N° 10970 del 17 de septiembre de 1976; "*LaRazón*" del 14 de septiembre de 1976 y del 30 de diciembre de 1983

Ediciones del órgano del ERP "*Estrella Roja*" del 18 de octubre de 1976 y del 29 de noviembre de 1976

Ediciones del órgano del PRT "El Combatiente" N° 201 del 28.1.1976, N° 210 del 31.3.1976 y N° 239 del 27.10.1976

Edición del órgano de la Juventud Guevarista "*Juventud Rebelde*" del 20 de noviembre de 1976

Edición del órgano estudiantil de la Juventud Guevarista de la Universidad de Buenos Aires "*Resistencia*" del 19 de noviembre de 1976

El Diario del Juicio, N° 24, 5 de noviembre de 1985

Carta de Jorgelina Edelmira Domínguez al Ministro del Interior Albano Harguindeguy del 17 de noviembre de 1976

Ernesto Guevara, "*El hombre nuevo*", marzo de 1965

Ernesto Guevara, "*Mensaje a la Tricontinental*", 16 de abril de 1967

Jorge Negre, "*Retirada estratégica de las conducciones guerrilleras: el ERP*", 1 abril de 2016

Rodrigo Solorzano, "*La cúpula del PRT-ERP se encontraba sesionando*", 9 de abril de 2010

"*La Izquierda Diario*", entrevista a Ricardo Ragendofer, 21 de agosto de 2016

"*El Naciente*", "*Patricia Walsh dio testimonio en la megacausa ESMA III*", 17 de marzo de 2013

"*Tercera Información*", "*Juicio ético y político a los jueces cómplices de la dictadura argentina*", 13 de octubre de 2010

Giorgio Foà, "*Argentina: sono 297 i desaparecidos italiani*", *Corriere della Sera*, 31 de octubre de 1982

Mario Antonio Santucho, "*El general militante*", *Revista Crisis*, 22 de junio de 2016

Legajos de los juicios N.os 2047, 2023, 2034 y 2043 sobre Campo de Mayo, Tribunal Oral de San Martín

Legajos del juicio N°19.581 del Juzgado Federal de Mercedes sobre la Masacre de Fátima

Declaración testimonial de Rodolfo Peregrino Fernandez a la Comisión Argentina de Derechos Humanos-CADHU el 8 de marzo de 1983

Declaración testimonial de Héctor Ricardo Arias Annichini, 15 de octubre de 2010

Declaración testimonial de Griselda Fernández al Tribunal de San Martín, 17 de noviembre de 2014

Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos, Archivo en cemla.com

Informes de la inteligencia norteamericana, FBI y CIA, desclasificados en abril 2019, sobre el PRT-ERP y la caída de Villa Martelli del 19 de julio de 1976

Bibliografía y filmografía

- Svetlana Aleksievic, *“La guerra non ha un volto di donna”*, 2015, Bompiani.
- Percy A. Allum, *“Potere e società a Napoli nel dopoguerra”*, 1975, Einaudi.
- Fernando Almirón, *“Campo Santo. Los asesinatos del Ejército en Campo de Mayo”*,
www.elortiba.org
- Pola Augier, *“Los jardines del cielo. Experiencias de una guerrillera”*, Revista Sudestada
- AAVV, *“I Tupamaros in azione. Testimonianze dirette dei guerriglieri”*, 1971, Feltrinelli
- AAVV, *“Le reaparece”*, Stampa Alternativa
- AAVV, *“Memorie del buio”*, Sperling & Kupfer, noviembre de 2008
- Oswaldo Bayer, *“Patagonia rebelde”*, Eléuthera, 2009
- Abel Bohoslavsky, *“Biografías y relatos insurgentes”*, Sísifo num. 1, noviembre de 2011
- Abel Bohoslavsky, *“Los Cheguevaristas. La Estrella Roja, del Cordobazo a la Revolución Sandinista”*, 2016, Imago Mundi
- Luis Brunetto, *“La caída de Mario Roberto Santucho y las hipótesis de una tragedia que marcó el destino del PRT”*, entrevista, El Furgón, 19 de julio de 2019
- Jorge Eduardo Cagnolo, *“Recuerdos de un soldado concripto”*, Revista Sisifo, diciembre de 2012, Editor SITOSPLAD.
- Enrico Calamai, *“Niente asilo politico. Diplomazia, diritti umani e desaparecidos”*, 2003, Feltrinelli.
- Pilar Calveiro, *“Poder y desaparición”*, 1998, Colihue, Buenos Aires.
- Vera Carnovale, *“Los combatientes. Historia del PRT-ERP”*, 2011, Siglo Veintiuno Editores
- Daniel Cecchini-Alberto Elizalde Leal, *“La CNU. El terrorismo de estado antes del golpe”*, Dos Perros Ediciones, octubre de 2016
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, *“Nunca Más”*, 1984.
- Comisión por la Reconstrucción de la Memoria de la Facultad de Ciencias Económicas-U.B.A., *“La Rotonda de la memoria”*, por Eduardo Gurucharri, 2007.
- Julio Cortázar, *“Fantomas contro i vampiri multinazionali”*, 2006, DeriveApprodi.
- Daniel De Santis, *“A vencer o morir. Historia del PRT-ERP. Documentos”*, 2010, Editorial Nuestra América
- Daniel De Santis, *“La historia del PRT-ERP por sus protagonistas”*, 2010, Editora Guevarista, Buenos Aires
- Eduardo Luis Duhalde, *“El Estado terrorista argentino”*, 2014, Colihue, Buenos Aires
- Rolo Diez, *“Il ritorno di Vladimir Ilic”*, 2000, Tropea Editore
- Rolo Diez, *“Il passo della tigre”*, 2003, Tropea Editore

Rolo Díez, *“Vencer o morir: lotta armata e terrorismo di stato in Argentina”*, 2004, Il Saggiatore.

Carlos Gabetta-Rodolfo Richter, *“Enemigos: dos protagonistas reflexionan hoy sobre la violencia de los 70”*, Eudeba, Buenos Aires, 2018

Eduardo Galeano, *“Parole in cammino”*, 2006, Sperling& Kupfer Editori

Raymundo Gleyzer, *“Ni olvido ni perdón: 1972, la Masacre de Trelew”*, 1972, documental

Ernesto “El Che” Guevara, *“La guerra di guerriglia”*, 1971, Feltrinelli

Grupo Mascaró Cine Americano, *“Gaviotas Blindadas. Historias del PRT-ERP”*, largometraje en tres partes, 2006/2008

Aldo Getino, *“Buscamos vida. Los crímenes del Ejército argentino en Campo de Mayo”*, 2013, documental

Eric J. Hobsbawn, *“Viva la Revolución. Il secolo delle utopie in America Latina”*, 2016, Rizzoli

Stanley Kubrik, *“Spartaco”*, 1960, film

Pablo Llonto, *“La noble Ernestina”*, 2007, Editorial Punto de Encuentro

Luther Blisset, *“Q”*, 1999, Einaudi

Luis Mattini, *“Hombres y mujeres del PRT-ERP”*, 1990, Editorial Contrapunto

Luis Mattini, *“Los Perros. Memorias de un combatiente revolucionario”*, Ediciones Continente

Pino Narducci-Abel Bohoslavsky-Diego Ortolani Delfino, *“El secreto mejor guardado de la dictadura”*, PuroChamuyo Cuadernos de Crisis, mayo de 2019

Omar Neri, Fernando Krichmar, Mónica Simoncini, *“Seré Millones”*, película, 2014, Mascaró Cine

Gustavo Plis-Sterenber, *“Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina”*, 2003, Editorial Planeta

Gillo Pontecorvo, *“La batalla de Argel”*, 1966, film

Pablo Pozzi, *“Por la sendas argentinas. El PRT-ERP. La guerrilla marxista”*, 2004, Imago Mundi

Ricardo Ragendorfer, *“Los doblados. Las infiltraciones del Batallón 601 en la guerrilla argentina”*, 2016, Editorial Sudamericana

Marie-Monique Robin, *“Escuadrones de la muerte. La escuela francesa”*, 2003, documental

Julio Santucho, *“Los últimos guevaristas. La guerrilla marxista en la Argentina”*, Edición B

Marcela Santucho, *“Mario Roberto Santucho. Mi padre el revolucionario místico”*, Editorial Dunker

Mario Antonio Santucho, *“Bombo. El reaparecido”*, 2019, Editorial Seix Barral

Maria Seoane, *“Todo o nada. La historia secreta y pública de Mario Roberto Santucho, el jefe guerrillero de los años Setenta”*, 2011, Editorial Sudamericana

María Seoane-Vicente Muleiro, *“El Dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla”*, 2016, Editorial Sudamericana

Maria Seoane, *“El enigma Perrotta”*, Sudamericana, 2011

Patricia Verdugo, *“Salvador Allende. Anatomía de un complotto organizado dalla CIA”*, 2007, Dalai, Milano

Agradecimientos

A Vera Port y Giuseppe Klain, que siempre me acompañan en esta investigación

A Claudia Sant'Angelo, Victoria Cincotta, Marisa Zugazti, Adriana Creatore y Araceli Basolo, familiares y amigos de los desaparecidos de la Juventud Guevarista, que han aportado una contribución decisiva a la investigación y que comparten conmigo la búsqueda de la verdad

A Julio Santucho y Diego Ortolani Delfino, por la ayuda constante que he recibido para reconstruir los acontecimientos narrados en el libro

A Abel Bohoslavsky, por la revisión histórica del libro y porque es mi fuente permanente de informaciones sobre la experiencia del partido de Santucho

A todos los muchos ex militantes del PRT-ERP y de la Juventud Guevarista que encontré durante mis viajes a Buenos Aires, por los recuerdos de los '70 que me dieron, los dolorosos y los alegros



Siempre he sostenido que es importante informar que el genocidio produjo 30.000 asesinados/desaparecidos, alrededor de 8.000 presos políticos encarcelados, unos 500 hijos robados por los militares a las madres detenidas y un incalculable número de exiliados.

Pero, sin embargo, solas, las cifras no logran transmitir el sentido real de la tragedia.

Cada número de estas cifras desmedidas, en realidad, corresponden a una persona, a un hombre o a una mujer con un nombre y una vida, carne viva, sangre y sudor en el momento del suplicio.

Por eso creo que es importante, en la investigación histórica y en la transmisión de la memoria, lograr que aflore y contar la vida de las personas, devolverles un nombre y una identidad a cada uno de esos números, que conozcan quiénes eran esos chicos y chicas, que surjan del olvido - como un día me dijo uno de los testigos encontrados en la investigación - historias por todos olvidadas.